Herta Müller

El rey se inclina y mata

En *El rey se inclina y mata* Herta Müller se cuestiona su propia escritura y los condicionamientos históricos y políticos a los que ésta se halla sometida: la dictadura rumana de Ceausescu, donde creció y donde se forjó su conciencia lingüística y política hasta su exilio en Berlín. Asimismo, el lenguaje constituye el centro de todas sus reflexiones: el lenguaje como instrumento de poder y de represión, pero también como posibilidad de resistencia y de autoafirmación frente al poder totalitario. Parte esencial de esta reflexión está formada por los recuerdos de su infancia y de su familia, de esa familia cuya lengua era el alemán. Surge así el perfil, tan definido como impactante, de una experiencia vital bajo el régimen totalitario a la que la autora responde, muy consecuentemente, con una obra literaria que ha merecido el Premio Nobel.

Herta Müller

El rey se inclina y mata

ePub r1.0
Titivillus 25.01.17

Título original: *Der König verneigt sich und tötet*
Herta Müller, 2003
Traducción: Isabel García Adánez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Cada lengua tiene sus propios ojos[1]

En la lengua de mi pueblo —así me lo parecía de niña— todo el mundo a mi alrededor disponía de las palabras para aplicarlas directamente a las cosas que designaban. Las cosas se llamaban justo como lo que eran y eran justo como se llamaban. Un acuerdo cerrado para siempre. Para la mayoría de la gente no había ningún resquicio entre palabra y objeto a través del cual mirar para toparse con la nada, como si uno se escurriera de su propia piel y cayera en el vacío. Las acciones cotidianas eran instintivas, trabajo manual aprendido sin palabras, la cabeza no acompañaba a las manos por sus caminos pero tampoco tenía caminos propios, distintos. La cabeza estaba para dar soporte a los ojos y oídos, que sí hacían falta para trabajar. El dicho popular: «Tiene la cabeza sobre los hombros para que, cuando llueve, no le entre agua por el cuello» podía aplicarse a la vida cotidiana de todos. ¿O acaso no? ¿Por qué si no, cuando era invierno y no se podía hacer nada a la intemperie, cuando mi padre pasaba días y días borracho como una cuba, aconsejaría mi abuela a mi madre: «Cuando creas que no aguantas más, ponte a organizar el armario»? Trajinar con la ropa de un lado para otro y así desconectar la mente. Mi madre debía sacar sus blusas y las camisas de mi padre, sus medias y los calcetines de él, sus faldas y los pantalones de él, y volver a doblar, apilar o colgar unas prendas junto a otras. Recién reunidas, las prendas de ambos habrían de impedir que las cogorzas acabasen con el matrimonio.

Las palabras sólo acompañaban el trabajo cuando se hacía algo en grupo y uno dependía de la acción del otro. Aunque tampoco era siempre así. El trabajo más pesado, como cargar sacos, roturar o picar la tierra, segar con la guadaña, era una escuela del silencio. El cuerpo ya estaba lo bastante al límite como para perder energías hablando. Veinte o treinta personas juntas podían pasar horas en silencio. A veces, al verlos, me daba la sensación de estar

contemplando cómo la gente olvidaba lo que es hablar. Cuando terminen de darse semejante paliza trabajando, habrán olvidado todas las palabras.

Lo que se hace no requiere ser duplicado por la palabra. Las palabras entorpecen los movimientos de las manos, son un estorbo para el cuerpo… eso me era conocido. Sin embargo, la falta de correspondencia entre lo que sucede en el exterior, en las manos, y en el interior, en la cabeza, la conciencia de estar pensando algo que no debes pensar y que nadie te creería capaz de pensar… eso es algo muy distinto. Sólo pasaba cuando aparecía el miedo. Yo no era más miedosa que otros, tendría, al igual que ellos, el mismo montón de motivos inmotivados para tener miedo, motivos urdidos en mi propia cabeza, figurados por mí. Ahora bien, que el miedo sea figurado no tiene nada que ver con sus efectos; cuando uno ha de convivir con él, es un miedo igual de real que los miedos con motivaciones externas de verdad. Curiosamente, como es un miedo construido en el interior de la cabeza podría denominarse un miedo sin cabeza. No tiene cabeza porque no obedece a ninguna causa y no conoce remedio. Emil M. Cioran decía que los momentos de miedo inmotivado son los que más hondo llegan a la existencia. La repentina búsqueda de sentido, la fiebre de los nervios, el temblor del espíritu ante la pregunta: ¿qué vale mi vida? Esta pregunta se imponía sobre lo cotidiano, resaltaba frente a los instantes «normales». Yo no pasaba hambre ni tenía que caminar descalza, por las noches me acostaba en sábanas limpias y tan planchadas que crujían. Antes de apagar la luz incluso me cantaban: «Antes de echarme a dormir, / oh, Señor, alzo mi corazón hacia ti». Luego, en cambio, la estufa de cerámica junto a mi cama se convertía en una torre de agua, la que había en la linde del pueblo con el vino salvaje. Todavía no conocía el bello poema de Helga M. Novak: «El vino salvaje en torno a la torre de agua se tiñe por entero, / cuando se marchita es como los labios inferiores de los soldados». La oración que pretendía calmarme y arrullarme para dormir tenía el efecto contrario, me incitaba a darle vueltas a la cabeza. Creo que por eso tampoco entendí después —ni he entendido nunca— cómo puede la fe calmar el miedo de las personas, cómo brinda el equilibrio y ayuda a mantener los pensamientos en calma dentro de la cabeza. Porque toda oración, incluso las que se pronuncian de

corrido y sin pensar, era un caso paradigmático. Me exigía interpretar mi propia condición. El sitio de los pies es el suelo, por encima están el vientre, las costillas, la cabeza. En lo alto del todo está el pelo. Cómo va a elevarse el corazón hacia Dios a través del pelo y del grueso techo de la habitación. Para qué me cantaba mi abuela esas palabras si ni ella misma era capaz de hacer lo que requerían.

El vino salvaje se llama en dialecto «uva de tinta» porque las uvas negras tiñen las manos con unas manchas que calan en la piel y tardan días en irse. La torre de agua junto a la cama, sus racimos de tinta, negros como ha de ser el sueño profundo. Yo sabía que dormirse significa dejar que te ahogue la tinta. Pero también sabía otra cosa: quien no puede dormir es que tiene mala conciencia, algo indebido habrá hecho que le pesa en la cabeza. Así que a mí me pasaba eso, sólo que no sabía por qué. También la noche que se apoderaba del pueblo era tinta. La torre tenía controlada toda la zona, se llevaba el suelo y el cielo, y la gente del pueblo no tenía más que un pequeño punto fijo por el que orientarse. De todas direcciones se oía croar a las ranas, chillar a los grillos, mostrando el camino bajo la tierra. Y, para que nadie escapase, encerraban el pueblo en el eco de una caja. Como a todos los niños, me llevaban a ver a los muertos. Los velaban en las casas, amortajados en la mejor habitación. La gente les hacía una última visita antes de que los llevaran al cementerio. Los ataúdes estaban abiertos, las suelas de los zapatos miraban a la puerta. Entrando por esa puerta, desde los pies se daba una vuelta alrededor del ataúd y se contemplaba al muerto. Las ranas y los grillos eran sus ayudantes. Por las noches decían a los vivos cosas transparentes cuyo fin era confundirles los pensamientos. Yo contenía la respiración cuanto podía para entender lo que decían. Pero luego tomaba aire como poseída. Quería comprender pero no quería perder irremediablemente la cabeza. A quien entiende lo transparente una vez lo atrapan por los pies y se lo llevan de este mundo, pensaba yo. La sensación de estar expuesta a las fauces devoradoras del entorno en aquella caja que era el pueblo también me invadía en los estridentes días de calor en el valle, donde tenía que guardar las vacas. No tenía reloj, mi reloj era el recorrido del tren que llevaba a la ciudad. Por nuestro valle pasaban cuatro trenes diarios y hasta después del cuarto no podía

emprender la vuelta a casa. Entonces eran las ocho de la tarde. Y entonces también el cielo comenzaba a comer hierba y se llevaba el valle para arriba. Yo me apresuraba a escapar de allí antes de que eso sucediera. En aquellos largos días en un valle muy grande de un verde sin escrúpulos, me preguntaba incontables veces cuánto valía mi vida. Me hacía marcas rojas en la piel pellizcándome para ver de qué material estaban hechos aquellos brazos y piernas y cuándo querría Dios recuperar su material. Comía hojas y flores para que mi lengua se familiarizase con ellas. Quería que nos pareciéramos para que las hojas y las flores supieran lo que es estar vivo y yo dejara de saberlo. Las llamaba por sus nombres. El nombre de «cardo de leche» de verdad se correspondía con la planta espinosa de tallos llenos de leche. Pero a la planta no le gustaba el nombre, no atendía a él. Yo lo intentaba con nombres inventados: «costilla pinchosa», «cuello de agujas», nombres en los que no aparecían ni «leche» ni «cardo». En el engaño de todos los nombres inventados frente a la planta real se abría la grieta hacia la nada. Lo ridículo de hablar en voz alta con ella y no con la planta. Los cuatro trenes que pasaban llevaban las ventanillas abiertas, los viajeros iban asomados, en manga corta, yo les saludaba con la mano. Me acercaba a los raíles todo lo que podía para atisbar algo de las caras. En el tren viajaban los limpios habitantes de la ciudad, a algunas señoras les brillaban las joyas y las uñas pintadas de rojo. Tras pasar el tren, el vestido hinchado por la corriente se me volvía a pegar al cuerpo, sentía la cabeza embotada cuando de repente se paraba el viento, los ojos se me quedaban en la cara como después del aterrizaje forzoso de un carrusel volante y me dolían. Los globos oculares se me habían salido demasiado de la frente; enfriados por la corriente de aire, resultaban demasiado grandes para sus órbitas. Mi respiración era débil, tenía la piel de brazos y piernas sucia, arañada, las uñas verdes y marrones. Después de cada tren me sentía como si me hubieran dejado en la estacada, me daba asco a mí misma y así me observaba con mayor atención todavía. Entonces el cielo del valle se volvía una gran mancha azul, el prado una gran mancha verde y yo una manchita entre ambos que no contaba. En el dialecto de mi pueblo únicamente existía la palabra «sola», no como en el alemán de Alemania, que tiene dos palabras distintas: una para el que sencillamente está solo, *allein*, y otra para el que se

siente solo, *einsam*. En mi pueblo sólo existía *allein*, y lo pronunciaban *alleenig*, que rima con *wenig*, que significa «poco»… y eso es lo que era.

Así era estar en medio del campo de maíz. Mazorcas con pelo de vieja, se les podían hacer trenzas, y con los dientes rotos y amarillos… los granos del maíz. El propio cuerpo murmuraba como las hojas y era tan poca cosa como el viento vacío en el polvo. La garganta, seca por dentro de sed; en lo alto, un sol ajeno a todo, como una bandeja de las que usa la gente distinguida para servirle un vaso de agua a un invitado. Hasta el día de hoy me ponen triste los extensos campos de maíz, siempre que paso junto a campos de maíz, en tren o en coche, cierro los ojos, al instante me invade el miedo a que los campos de maíz se pongan de pie y recorran la tierra.

Yo odiaba el campo cerril que devoraba plantas y animales silvestres para alimentar plantas cultivadas y animales domésticos. Cada campo cultivado era una suerte de museo de las distintas formas de muerte, un festín de cadáveres en flor. Cada paisaje representaba la muerte. Las flores imitaban los cuellos, narices, ojos, labios, lenguas, dedos, ombligos, pezones de las personas, no daban tregua, tomaban prestadas las partes del cuerpo, amarillo cera, blanco cal, rojo sangre o azulado cardenal, y, emparejándolo con su verde, derrochaban aquello que no les pertenecía. Y luego esos colores calaban a través de la piel de los muertos como querían. Los vivos eran tan tontos que se morían por los colores, en los muertos florecían porque la carne se había rendido. Yo conocía, de haber visitado a los muertos, las uñas azules, el cartílago amarillo de los verduzcos lóbulos de las orejas donde las plantas ya han hincado los dientes, impacientes por lanzarse a su labor de putrefacción, en el centro de la habitación más bonita de la casa, sin esperar a la tumba. En las calles de aquel pueblo, entre las casas, pozos y árboles, pensaba: esto son los flecos del mundo, uno debería vivir en la alfombra, que es de asfalto y sólo está en la ciudad. No quería que me atrapara aquel panóptico en flor que derrochaba todos los colores. No quería dejar mi cuerpo a disposición de aquel voraz fuego de verano disfrazado de flores. Lo que quería era irme lejos de los flecos, irme a la alfombra, donde el asfalto que pisan tus zapatos es tan resistente que la muerte no puede atravesar la tierra

para treparte por los tobillos. Quería viajar en el tren como una dama de ciudad con las uñas pintadas de rojo, caminar sobre el asfalto con coquetos zapatitos como cabezas de lagarto, oír el seco toc-toc-toc de los pasos, como el que había oído en dos ocasiones en la consulta del médico en la ciudad. Aunque sólo conocía campesinos, no me hacía a vivir dentro del cerco de presa de las plantas, con el reflejo del verde de las hojas sobre la piel. No dejaba de pensar que el campo tan sólo me alimentaba porque habría de devorarme más tarde. Para mí era un verdadero misterio que alguien pudiera confiar su vida a un entorno que a cada paso te mostraba que eras candidato al festín de la muerte.

Era un fracaso que no me convenciera lo que hacía y que no confiara a nadie lo que rondaba por mi cabeza. Tenía que dar de sí cada momento, tanto que fuera imposible llenarlo con nada de alcance humano. Yo misma provocaba la plena irrupción de la fugacidad, era incapaz de encontrar la medida soportable de atenerme a lo común.

Escurrirse de la propia piel para caer en el vacío es exponerse del todo. Yo quería reconciliarme con el entorno y me quemaba en él, el entorno acababa haciéndome pedacitos, tantos que luego me era imposible recomponerme. De un modo incestuoso, según me parece ahora. Anhelaba una «relación normal» y me cerraba a ella porque era incapaz de dejar las cosas tal y como eran. Sobre todas las cosas, habría necesitado la paz interior, pero no había entendido cómo lograrla. Creo que, desde fuera, no se me notaba nada. Hablar de ello ni se me ocurría. Aquel avispero mental tenía que permanecer oculto. Además, en el dialecto de mi pueblo no había palabras más allá de los dos adjetivos: «vago», que se usaba relacionado con lo físico, y «profundo», que se usaba para todo lo relacionado con la mente. Yo misma tampoco tenía palabras para lo que me pasaba. Ni siquiera hoy las tengo. No es cierto que existan palabras para todo. Como tampoco que siempre pensemos con palabras. Yo sigo pensando muchas cosas que no pienso con palabras, no he encontrado palabras ni en el alemán del pueblo ni en el alemán de la ciudad, ni en rumano, ni en el alemán de Alemania, sea oriental u occidental. Ni en ningún libro. Los resquicios interiores no se corresponden con el lenguaje, lo arrastran a uno allí donde no pueden existir las palabras. A veces, lo

decisivo es aquello de lo que ya no puede decirse nada, y el impulso de hablar no resulta problemático porque uno no se detiene en ello. Creer que hablar sirve para aclarar los estados de confusión es algo que sólo he conocido en Occidente. Hablar no trae esa paz interior a la vida en el campo de maíz, como tampoco a la vida sobre el asfalto. Tampoco he encontrado más que en Occidente la convicción de que no se puede soportar lo que carece de sentido.

¿Qué se consigue hablando? Cuando se desmoronan los pilares de la mayor parte de la vida, también se caen las palabras. Yo he visto desmoronarse las palabras que tenía. Y estaba segura de que lo mismo habría sucedido a las palabras que no tenía, de haberlas tenido. Las palabras inexistentes se habrían vuelto igual que las existentes que se desmoronaban. Nunca he sabido cuántas palabras harían falta para acompañar el galope de la cabeza cuando se desboca… Un galope que al instante se escapa de las palabras halladas para él. ¿Qué palabras serían y con qué rapidez tendrían que estar listas y alternarse con otras para alcanzar a los pensamientos? ¿Y qué significaría alcanzarlos? El pensamiento habla consigo mismo de una forma completamente distinta de como hablan con él las palabras.

A pesar de todo, el deseo: «poder decirlo». Si no hubiera albergado constantemente ese deseo, nunca habría llegado a probar nombres inventados para el cardo de leche con el fin de llamarlo por su nombre verdadero. Sin ese deseo a mi alrededor no hubiera surgido el recelo como consecuencia de una cercanía fracasada.

Siempre me importaron los objetos. Su apariencia formaba parte de la imagen de las personas que los poseían, como las propias personas. Los objetos eran un componente inalienable del qué y cómo era la persona. Son la parte más externa de las personas, la que ya está separada de la piel. Y cuando viven más que sus dueños, todo lo que fue la persona ausente sigue morando en ellos. Cuando murió mi padre, el hospital me entregó sus gafas y su prótesis dental. En casa, en un cajón de la cocina, entre los cubiertos, estaban sus destornilladores de menor tamaño. En vida de mi padre, mi madre no paraba de decir que las herramientas no debían guardarse allí, que se las llevara. Después de muerto, siguieron en el cajón durante años. Entonces la presencia de los destornilladores le parecía bien a mi madre. Ya que su dueño no volvería a sentarse a

la mesa, que al menos sus herramientas compartieran cajón con los cubiertos. Las manos de mi madre eran presa de cierto recelo, pero en su sentido del orden se filtró una tolerancia más que excepcional. Si ahora mi padre pudiera volver a la mesa con nosotras —pensaba yo—, mi madre hasta le permitiría comer con los destornilladores. Luego, tampoco los cerriles albaricoqueros de la granja se reprimieron a la hora de florecer. Es curioso cómo suele distribuir uno sus sentimientos por el exterior. Los deposita sobre unos pocos objetos que, sin ningún motivo especial, resultan adecuados para poner de manifiesto el recuerdo que late en el interior de la cabeza. Y, en ese proceso, uno traza caminos indirectos. Así pues, ni la prótesis dental ni las gafas representaban la ausencia de mi padre; en cambio, lo hacían los destornilladores y los albaricoqueros. Mis ojos se dirigían a los árboles de un modo tan irracional que, al contemplarlos durante mucho rato, las ramas, cortas y aún desnudas, se parecían a los pequeños destornilladores de tal forma que llegaban a confundirse con ellos. Por entonces yo ya era adulta, y, sin embargo, los objetos y los pensamientos establecían lazos tan oscuros e inextricables como en mi infancia.

Berlín no es zona de albaricoqueros, hace demasiado frío. En Berlín nunca eché de menos ningún albaricoquero. Tiempo después, en cambio, sin buscarlo, encontré uno. Está muy cerca de un puente sobre la vía de un tren de cercanías, no es posible llegar hasta él, no es de nadie, si acaso de la ciudad. Está en la parte más baja de un terraplén y la copa es tan alta como la barandilla del puente, pero queda tan lejos que hay que inclinarse sobre ella hasta lo temerario para coger albaricoques. Yo paso junto a él cada pocos días. Para mí es un pedacito de pueblo que hubiera huido, mucho antes de mi exilio en Alemania. Es como si al pueblo le hubieran sobrado unos cuantos árboles y los árboles se hubieran escapado del jardín sin que nadie se diese cuenta. Como si a los árboles huidos les sucediera lo mismo que a las personas huidas: abandonan el lugar del peligro justo en el último momento y dan con un país medianamente adecuado, aunque luego, ya en él, les falta encontrar el lugar indicado para quedarse, así como la determinación suficiente para abandonarlo. De camino a la tienda tengo que pasar junto al albaricoquero. Cierto es que la calle tiene dos aceras y puedo evitarlo. A causa del albaricoquero, ir a la tienda ya no es

solamente ir a la tienda. La elección de un lado de la acera implica una decisión previa de visitar el albaricoquero o evitarlo. No es una decisión que me altere demasiado. Me digo: a ver cómo está hoy. O: prefiero que hoy me deje en paz. No es mi padre quien me incita a visitarlo, no es el pueblo, no es el país… no es ninguna forma de añoranza. El árbol no supone un lastre ni tampoco un alivio. Simplemente está ahí como el regusto del tiempo. Lo que cruje en el interior de mi cabeza cuando estoy cerca de él es mitad azúcar, mitad arena. La palabra «albaricoque» es amorosa; en alemán, los *Aprikosen* riman con el verbo acariciar: *liebkosen*. Tras tantos encuentros con los albaricoques, acabé componiendo un *collage* con el siguiente texto:

> Gatos de aparcamiento cinco seis pezuñas arrastran y susurran
> por los escalones como las vainas de acacia
> cuando comíamos los albaricoques torcidos y los gatos de pueblo
> hociquilargos se sentaban en las sillas en torno nuestro
> giraban como tazas de cristal sus ojos por pares
> y cuando dormían respiraban sus pelambres
> albaricoques de dulzor enrevesado dan calentura de hielo
> así que hasta hoy saludo a los gatos de aparcamiento

Obviamente, no espero del texto que sus albaricoques expliquen nada de forma inequívoca. El texto ni refuta ni corrobora qué es lo que me inquieta de la visión de los albaricoques. Más bien son los textos de otros autores, y no los míos, los que me hacen ver más claras algunas cosas. Y si para mí el azúcar es mitad arena, no es ninguna frase mía sino, a lo sumo, una de Alexandru Vona, que con su lacónico impacto poético me sirve de cierta ayuda: «Pensé en el enigma del paso acelerado de los recuerdos, que, aun siendo vastísimos, tan sólo duran unos pocos segundos, incluso cuando abarcan la duración de todo un día, o mejor dicho, lo recrean como a cámara rápida. […] En realidad, la pregunta es sencilla: ¿Adónde va el tiempo, si necesitamos tan poco para revivir lo que nos queda de él?»[2].

Los momentos en los que, por algún motivo inexplicable, no podía evitar recelar de los objetos, retornan una y otra vez. Los

objetos se repiten y me encuentran. Alexandru Vona escribe: «Los objetos cuya finalidad desconozco poseen una presencia angustiosa[3]». Desconectados de su finalidad, los sombreros tienen algo acechante; sin saberlo sus dueños, los secretos se cuelan entre el pelo y la seda del forro. Yo tampoco conozco la mayoría de esos secretos, pero siempre presiento que existen cuando veo a alguien trajinar con el sombrero. «Quitarse el sombrero» tiene poco que ver con mostrar respeto, pero mucho con «hacer frente», pues ello implica que, una vez la persona se quita el sombrero, la frente se expone al descubierto, desnuda. Cuando alguien se quita el sombrero, se muestra el sombrero por dentro: ese forro de seda blanca. Sombrero puede ser cualquier prenda para cubrirse la cabeza que tenga forro blanco. Una vez, dos hombres de los servicios secretos que entraron en la fábrica para acosarme se quitaron el gorro de piel al mismo tiempo. Al quitarse el gorro, se les quedó todo el pelo apelmazado en una especie de cresta en mitad de la cabeza. El cerebro había levantado los pelos para abandonar la cabeza… yo lo vi, se había agazapado en la seda del forro. Los dos agentes daban muestra de arrogancia y desprecio, sólo que a la vista del forro de seda blanca me resultaban patéticamente inofensivos. Yo me sentía invulnerable ante aquel brillo blanco. Podía escapar de ellos, mis pensamientos se iluminaban de audacia y ellos no se daban cuenta de qué era lo que me protegía. Se me empezaron a ocurrir pequeños poemas y los recitaba para mis adentros como si fuera leyéndolos de la seda del forro. Y sus cuellos me parecían viejos, sus mejillas ajadas… mientras aquellos dos caballeros hablaban de mi muerte, se hacía patente —aunque no debiera— que no serían capaces de hacer frente a la suya propia. Donde la seda blanca tenía recogidos mis pequeños poemas estaban amortajadas las cabezas de ellos.

Me gusta la gente con sombrero porque, cuando se lo quitan, muestran su cerebro. Y hasta el día de hoy bajo los ojos en el momento en que se quitan el sombrero. No mires, o verás demasiado. Jamás podría comprarme ningún tipo de sombrero o gorro con forro de seda blanca, me palpitan las sienes porque al instante pienso que la cabeza no puede ocultar nada al forro del sombrero; ante cualquier forro, todos sus secretos quedan al descubierto.

Puedo decir todo esto, mencionar el albaricoquero, la seda blanca de los sombreros… pero no soy capaz de explicar con palabras lo que provocan en mi cabeza. Las palabras están hechas a la medida del habla, a veces incluso cortadas con suma precisión. Y tampoco valen más que para hablar… De acuerdo, también para escribir. Ahora bien, las ramas de destornillador de los albaricoqueros y el sombrero para el cerebro tampoco los entienden las palabras. Las palabras no son capaces de representar lo que sucede en el interior de la cabeza.

Leer libros o escribir no es de ninguna ayuda. Cuando tengo que explicar por qué un libro es enjundioso y otro plano, sólo puedo remitir a la densidad de los pasajes que llevan a la cabeza a desbocarse, que de inmediato arrastran mis pensamientos allí donde no pueden existir palabras. Cuanto más densos son estos pasajes en un texto, más enjundioso es; cuanto más aguado está un texto, más plano lo considero. El criterio de calidad de un texto siempre ha sido para mí el mismo: la cabeza se me desboca sin palabras o no. Toda buena frase desemboca en la cabeza en un lugar donde aquello que desencadena habla consigo mismo de una forma que no es verbal. Y cuando digo que los libros me cambiaron fue por ese motivo. Y, aunque se afirme lo contrario en tantas ocasiones, en este sentido no hay diferencia alguna entre poesía y prosa. La prosa puede mostrar la misma densidad, aunque tenga que conseguirla con mecanismos distintos, porque lo hace a larga distancia. Bruno Ganz, que da recitales de poesía con frecuencia, dijo en una entrevista: «Claro, en poesía es posible que un verso abra un espacio gigantesco, mucho más allá de lo que el estricto sentido de las palabras acota. Y de una extraña manera se entrelaza con el siguiente verso y constantemente se abren nuevos espacios. Es decir, no es como en la prosa lineal, que sigue el hilo de una argumentación. En poesía se opera con desplazamientos, con líneas verticales y extraños movimientos. Para mí, la lírica se encuentra en un inmenso espacio, envuelta en aire. Siempre se quiere decir más, se mueve más de lo que denotan las palabras inmediatas[4]». Bruno Ganz formula con enorme acierto lo que sucede cuando te cautiva un texto. Sólo que puede suceder lo mismo con cualquier texto, con la prosa también. Y puede ser un texto perfectamente sobrio, prosaico en su sentido literal. Por ejemplo, el siguiente pasaje de

Hanna Krall: «Desde la Gestapo de Viena la llevaron a Auschwitz. Allí estuvo en cuarentena; a los tres meses, más tiempo no podía permanecer allí porque la esperaba su marido en Mauthausen, se acercó a la rampa, al Dr. Mengele, le dijo que era enfermera y pidió acompañar el transporte […]. El Dr. Mengele, distinguido, cortés, le hizo un breve examen en la misma rampa. "¿Cómo distingue usted la hemorragia arterial de la venosa?", preguntó. Eso lo sabía ella, después de todo había aprendido a cuidar enfermos de tifus en el gueto. "¿Cuántas veces por minuto respira una persona?", siguió preguntando Mengele. Eso no lo sabía ella y se estremeció. "¿Cuántas veces por minuto palpita el corazón?", preguntó el doctor como un profesor benévolo al que no le gusta suspender a sus examinandos. "Depende", respondió ella, "de si la persona tiene miedo y de la intensidad del miedo". El Dr. Mengele se echó a reír, y entonces ella se dio cuenta de que tenía los dientes delanteros un poco separados. Diastema, recordó que era el término científico que había aprendido en el cursillo de cuidados de enfermería. Ese hueco entre dos dientes se llama diastema[5]». Hanna Krall —y, en ese tono cercano al habla cotidiana, sus frases escritas transcurren con serena precisión— documenta un silencio de enorme sensibilidad. Las frases hablan al mismo tiempo que aguzan el oído, y al leerlas me transportan tan cerca de los hechos que casi resulta insoportable. Hanna Krall nos priva de cualquier comentario, su manera de recoger y organizar los hechos crea una inmediatez sin concesiones que no tarda en retumbar en nuestra cabeza. Las realidades que documenta la autora aparentemente se narran solas. Sin embargo, omitir todo comentario y mantener una presencia invisible detrás de cada frase es una muestra de la brillantez de Hanna Krall. Es una rigurosa labor de convertir la realidad en literatura sin hacer ficción, con el único recurso de la conciencia de las palabras, el orden de los hechos, las elipsis. En sus libros, Hanna Krall reconduce los hechos a la trampa de lo vivido. Otro ejemplo es Alexandru Vona. Él trabaja con contenidos de ficción. Sin embargo, su ficción suena documental. Las frases de Vona relucen de lo desnudas que están. Por ejemplo, describe el sentimiento de estar-en-casa como sigue: «… cuando entro en la habitación por la noche a oscuras, reconozco la silla porque sé que a esas horas tiene que estar ahí, (y sé que), sin embargo, no la reconocería en una

habitación ajena igualmente a oscuras… y en realidad no veo absolutamente nada». O: «La ciudad entera era como el inmóvil perfil en la sombra del vecino de butaca en una sala de conciertos». O: «Siempre atiendo más a la expresión de mi propia cara que a la de mi interlocutor y, sin embargo, difícilmente puedo decir de mí mismo mucho más de lo que se refleja en los ojos del otro[6]». Las frases de Vona incitan a la cabeza a desbocarse por su tono lapidario, sus constataciones se enajenan de su propia forma para convertirse en ejemplos paradigmáticos, y no sé cómo ni por qué. Por su apariencia, nadie creería a esas frases capaces de desencadenar en la cabeza lo que desencadenan.

Por otra parte, un texto también puede ser metafórico, estar entretejido con imágenes como la obra de Lobo Antunes, e igualmente producir ese efecto de cabeza desbocada: «Caprichos negros, rabiosas melancolías, ansias del color de las nubes que se agrandaban en el mar, cojines y cojines superpuestos, repletos de dobles mentones, de tafetán[7]», dice en su novela *Acerca de los pájaros*.

A pesar de las radicales diferencias de estilo con que escriben los tres autores que acabo de citar, todos provocan el mismo efecto en mi cabeza, me cautivan con sus frases y me desconciertan tanto que me veo de nuevo fuera de mí, obligada a operar con esas frases en mi propia vida. Una buena frase de prosa suele elogiarse diciendo que es lírica. Tal vez porque tiene entidad propia. Pero sólo se parece a una buena frase de poesía, no a un verso plano. Lo que pasa, entonces, es que dos buenas frases sencillamente se parecen. La frase: «Los pájaros, cuando mueren, flotan panza arriba en el viento[8]» es del todo natural en la prosa de Antunes. Y sólo suena como buena lírica porque también es buena prosa.

Los objetos y las palabras que designan acciones, sin llegar a las palabras existentes para procesos de pensamiento, ya encerraban trampas suficientes. Pero yo luego escapé de los flecos del mundo y me fui al asfalto, a la alfombra. Tenía quince años y llegué a la ciudad, encontré cosas completamente distintas y aprendí rumano. Al principio era difícil, primero tenía que escuchar con muchísima atención, me sentía superada. Ahora llevaba zapatitos de lagarto que hacían toc-toc-toc, pero no acababa de estar toda yo conmigo misma. Era como si de mi persona sólo hubieran quedado los dedos

de los pies para caminar por la ciudad con los zapatos de tacón. Hablaba lo menos posible. Y luego, pasado medio año, me vino casi todo de golpe, como si ya no tuviera que hacer nada, como si las aceras, las ventanillas de atención al público, los tranvías y todos los objetos de las tiendas hubieran aprendido el idioma para mí.

Cuando el entorno sólo habla la lengua que uno no sabe, uno aguza el oído hacia esa lengua con cuanto le rodea. Y si uno permanece en el lugar el tiempo suficiente, el tiempo que está presente allí aprende la lengua por sí solo. Así me pasó, mi cabeza no sabía cómo había sido. Creo que subestimamos nuestra capacidad de aguzar el oído ante las palabras. Pero escuchar es una preparación para hablar. Un día, la boca empezó a hablar por sí sola. Entonces, el rumano fue para mí como mi propia lengua. A diferencia del alemán, no obstante, las palabras abrían unos ojos como platos cuando, sin querer, las comparaba con mis palabras alemanas. Sus intrincaciones eran sensuales, osadas y arrebatadoramente bellas.

En el dialecto de mi pueblo se decía: el viento VA. En alemán estándar, el que se hablaba en la escuela, se decía: el viento SOPLA. Y a mis siete años me sonaba como si el viento tuviera que hacer un gran esfuerzo. Y en rumano se dice: el viento GOLPEA, *vîntul bate*. El sonido del movimiento se oye de inmediato cuando se dice que el viento golpea, y entonces sí que es cierto que el viento hace un esfuerzo. Tan distinto como el soplido del viento es lo contrario, cuando cesa. En alemán se dice: el viento se ha APLACADO, y eso se imagina en llano, en horizontal. En rumano, en cambio, se dice: el viento se ha PARADO, *vîntul a stat*. Es decir, se queda de pie, en vertical. El ejemplo del viento es sólo uno de los constantes desfases que se dan al referirse a la misma cosa en dos lenguas distintas. La lengua rumana veía el mundo de una manera tan distinta como lo eran sus palabras. También funcionaban de otra manera dentro del gran entramado de la gramática.

El lirio, *crin*, en rumano es masculino y en alemán, femenino. Seguro que LA lirio te mira con distintos ojos que EL lirio. En alemán trata uno con una dama lirio, en rumano con un caballero. Cuando se conocen ambos puntos de vista, en el interior de la cabeza confluyen. La perspectiva masculina y la femenina se quiebran, en el lirio se entrecruzan un hombre y una mujer. El

objeto se encuentra ante un pequeño espectáculo en su propio interior porque deja de conocerse a sí mismo. ¿Qué es del lirio en dos lenguas simultáneas? Una nariz de mujer en una cara de hombre, un largo paladar verde o un guante blanco o un cuello de camisa. ¿Huele a llegar y marcharse, o a permanecer más allá del tiempo? Del lirio indiscutido de cada una de las lenguas surge, con esta confluencia, un enigmático acontecimiento sin conclusión posible. Un lirio ambiguo tendrá el desasosiego metido en la cabeza para siempre, y por eso siempre dirá cosas inesperadas de sí mismo y del mundo. Y en él se verá siempre mucho más que en el lirio monolingüe.

De una lengua a otra se producen transformaciones. La visión de la lengua materna se opone a lo que se mira de otro modo en la lengua extranjera. La lengua materna viene dada casi sin hacer nada para ello. Es una dote que llevamos sin darnos cuenta. La lengua que llega después y de otra manera somete a juicio a esta primera lengua. En lo que hasta entonces era único y se daba por hecho se revela, de pronto, lo arbitrario de las palabras. La lengua materna deja de ser la única estación de las cosas, la palabra en la lengua materna deja de ser la única medida de las cosas. Por supuesto, la lengua materna sigue siendo inalienable en lo que significa para uno. En conjunto se sigue creyendo en su medida, aunque la mirada de la lengua nueva lo relativice todo. Uno sabe que esa medida, por arbitraria que sea, sigue siendo lo más seguro y necesario con lo que uno cuenta. Está a disposición de la boca gratis, sin necesidad de haberlo aprendido a propósito. La lengua materna está ahí de inmediato, incondicional, como la propia piel. Y es tan vulnerable como ésta cuando otros la infravaloran, desprecian o incluso prohíben. En Rumanía, quien —como yo— llegaba al entorno de la lengua nacional desde un pueblo donde la lengua hablada era un dialecto del alemán, a lo sumo con el precario alemán estándar aprendido en la escuela, lo tenía difícil. Durante los primeros dos años en la ciudad, solía resultarme más fácil encontrar la calle que buscaba en un barrio desconocido que la palabra que buscaba en la lengua del país. Mi relación con el rumano era la misma que con el dinero de bolsillo. En cuanto algún objeto de una tienda me invitaba a entrar a comprarlo, se me había quedado corto para pagar. Lo que yo quería decir tenía que pagarlo con las palabras

correspondientes, y no sabía muchas, y las que sabía no se me ocurrían en el momento preciso. Hoy, sin embargo, sé que ese proceso paulatino, ese estado vacilante que me obligaba a penetrar más allá del nivel de mi pensamiento, también me concedía el tiempo suficiente para admirar la transformación de las cosas mediante la lengua rumana. Sé que he de llamar suerte a que esto sucediera. Qué visión más distinta de la golondrina nos da el rumano con la palabra *rîndunica*, literalmente «la que se sienta en hilera». Con el nombre del pájaro ya se dice que las golondrinas se sientan sobre los alambres en apretadas hileras negras. Lo había visto todos los veranos, cuando aún desconocía la palabra rumana. Me pareció asombroso que se pudiera llamar a la golondrina con un nombre tan bonito.

Cada vez era más frecuente que la lengua rumana me proporcionara una palabra más sensual y más acorde con mi sensibilidad que mi lengua materna. No quería perderme nunca más la dualidad de las transformaciones. Ni al hablar ni al escribir. En ninguno de mis libros he escrito aún ninguna frase en rumano. Pero es evidente que la lengua rumana escribe conmigo porque pasó a ser parte de mi forma de mirar.

A ninguna lengua materna le duele que sus arbitrariedades se hagan patentes bajo la mirada de otras lenguas. Al contrario, someter la propia lengua a la mirada de otra conduce a una relación consagrada, a prueba de todo, a un amor que no cuesta ningún esfuerzo. Jamás he amado mi lengua materna porque fuera la mejor, sino porque era la más familiar.

Por desgracia, la confianza que por instinto nos inspira nuestra lengua materna se puede quebrar. Tras el exterminio de los judíos durante el nazismo, Paul Celan tuvo que vivir con la idea de que su alemán materno también era la lengua de los asesinos de su madre. Incluso ante un abismo como éste, Celan jamás fue capaz de despojarse de ella. Pues ya en la primera palabra que dijera al aprender a hablar latía esa lengua. Era la lengua que tenía arraigada en la cabeza, y así habría de ser siempre. Aun cuando esa lengua olía a las chimeneas de los campos de concentración, Celan no podía sino concedérsela a su boca en tanto balbuceo más íntimo, por más que se hubiera criado entre el *yiddish*, el rumano y el ruso, y el francés se convirtiera en su lengua de comunicación cotidiana.

Un caso muy distinto es el de Georges-Arthur Goldschmidt. Tras el exterminio de los judíos, se negó a hablar alemán y escribió en francés durante décadas. Pero olvidar el alemán no lo olvidó. Y sus últimos libros, escritos en alemán, dan muestra de tal virtuosismo que la mayoría de libros escritos en Alemania resultan muy mediocres a su lado. También puede decirse que a Goldschmidt le robaron su lengua materna durante mucho tiempo.

Muchos escritores alemanes alimentan la fe en que la lengua materna podría sustituirlo todo si se diera el caso. Aunque nunca se hayan visto en una situación parecida, dicen: LA LENGUA ES PATRIA. Los autores que tienen la patria a su disposición en cualquier momento y cuyas vidas no están expuestas a ninguna amenaza en ella me irritan con esa afirmación. El alemán que dice LA LENGUA ES PATRIA contrae la obligación de establecer un vínculo con quienes acuñaron tal frase. Y la acuñaron los emigrantes que lograron escapar de los asesinos de Hitler porque abandonaron el país. Referida a ellos, la frase LA LENGUA ES PATRIA se reduce a un mero acto de autoafirmación. Significa únicamente: «Todavía existo». LA LENGUA ES PATRIA era, para los emigrantes en un lugar extranjero donde carecían de perspectivas, un acto de consolidación de la identidad mediante los propios labios. La gente cuya patria les permite salir de ella y volver a placer no debería abusar de esta frase. Sus pies pisan suelo seguro. Saliendo de su boca, la frase barre todas las pérdidas de los exiliados. Sugiere que los emigrantes tienen la posibilidad de apartar la vista del desmoronamiento de la existencia, de la soledad y de la quiebra irremediable del concepto de lo que es natural para uno, como si la lengua materna se llevara en la cabeza cual patria portátil que lo arregla todo. Eso no es así, la lengua tiene que llevarla consigo uno mismo. Sólo se estaría sin lengua materna muerto… pero eso ya no tiene nada que ver con la patria.

La palabra «patria» no me gusta, en Rumanía la hacían suya dos categorías de dueños de la patria: por un lado, los señores del pueblo, los «caballeros de la polca suaba», expertos en juzgar sobre las virtudes ajenas; por el otro, los funcionarios y lacayos de la dictadura. Patria-pueblo como muestra de chauvinismo suabo o patria-Estado como obediencia acrítica y miedo ciego a la represión. Ambos conceptos de patria eran provincianos, xenófobos y

arrogantes. Barruntaban la traición por todas partes. Ambos necesitaban enemigos, juzgaban con resentimiento, generalizando y en actitud tajante. Ambos se creían demasiado buenos para rectificar nunca un juicio equivocado. Ambos se servían de un concepto jurídico heredado de la época nazi, según el cual los acusados de crímenes contra el Estado extienden su culpa a todos sus parientes: *Sippenhaft*. Después de mi primer libro, la gente de mi pueblo me escupía a la cara cuando se cruzaba conmigo por la calle, al pueblo ni siquiera me atreví a volver. Allí, en el pueblo, el barbero anunció a mi abuelo, un anciano de casi noventa años que llevaba décadas siendo cliente suyo, que a partir de ese momento se negaría a atenderlo. Y los campesinos de la cooperativa ya no querían compartir tractor ni carro con mi madre, la castigaban en los insondables campos de maíz, la dejaban sola por ser la madre de tan indeseable hija. Aunque por distintos motivos, se veía abocada a la misma soledad que había sufrido yo de niña. Y vino a verme a la ciudad, intentó no hacerme ningún reproche llorando, pero sí que me lo hizo cuando dijo: «Deja al pueblo en paz, ¿es que no puedes escribir sobre otra cosa? Yo tengo que vivir allí, tú no». Y los amos del Estado en la ciudad me sometieron a un interrogatorio y ordenaron a los policías del pueblo que encerraran a mi madre en el cuartel un día entero. Yo nunca dejé que mi familia se inmiscuyera en lo que escribía o decía en público. No les decía lo que hacía, y ellos no preguntaban. Quería mantenerlos al margen de los riesgos que pudiera correr y cuyo sentido, de todos modos, no comprendían. Pero de acuerdo con ese sistema de condenas extensivas a toda la familia por el que se regía el pueblo, recaía sobre ellos una responsabilidad que no tenían. Y yo me sentía culpable y no podía cambiar nada, no podía retirar ni una sola palabra ni frente a ellos ni frente al Estado. ¿Acaso era patria aquel lugar por el mero hecho de que yo conociera la lengua de las dos facciones que decían ser sus representantes? Precisamente porque la conocía, lo que sucedió fue que jamás pudimos ni quisimos hablar la misma lengua. Nuestros contenidos eran absolutamente incompatibles incluso en la frase más nimia.

Me atengo a una frase de Jorge Semprún. Está en su obra *Federico Sánchez se despide de ustedes* y capta la esencia de quien primero estuvo preso en un campo de concentración y después

exiliado en el extranjero durante la dictadura de Franco[9]. Semprún dice: «La lengua no es la patria, patria es lo que hablamos». Semprún es muy consciente de que es absolutamente fundamental que exista un mínimo acuerdo interno con los contenidos pronunciados para formar parte de una patria. ¿Cómo iba a serlo para él el español de la España de Franco? Los contenidos de la lengua materna apuntaban contra su vida. La idea de Semprún, PATRIA ES LO QUE HABLAMOS, apela a la capacidad de pensar, en lugar de coquetear con la patria en el punto más crítico de la existencia. ¿A cuántos iraníes meten en la cárcel hoy en día por una simple frase en persa? ¿Y cuántos chinos, cubanos, norcoreanos o iraquíes no se sienten en su patria ni un instante hablando sus lenguas maternas? ¿Acaso podía Sájarov tener su patria en la lengua rusa bajo el arresto domiciliario en el que vivió?

Cuando se desmoronan todos los pilares de la vida también se caen las palabras. Porque todas las dictaduras, de derechas o izquierdas, ateas o religiosas, ponen la lengua a su servicio. En mi primer libro sobre la infancia en un pueblo del Bánato suabo, la editorial rumana censuró, entre otras muchas cosas, hasta la palabra MALETA. La palabra se había convertido en una provocación porque el objetivo era crear un tabú de la emigración de la minoría alemana. Esta manera de adueñarse de palabras les venda los ojos e intenta anular el sentido común inmanente a las palabras de una lengua. Así, la lengua hablada por decreto se vuelve tan perversa como la propia humillación. Ahí no se puede hablar de patria.

En rumano, el paladar se llama CIELO DE LA BOCA, *cerul gurii*. En rumano, es una expresión libre de patetismo. En rumano siempre es posible proferir maldiciones con giros nuevos y sorprendentes. En este sentido, el alemán está prácticamente cerrado. A menudo he pensado que donde hay un CIELO DE LA BOCA en el paladar también hay mucho espacio, las maldiciones se convierten en aviesas tiradas poéticas de la amargura. Una maldición rumana lograda es media revolución en el paladar, decía yo entonces a mis amigos. Por eso la gente no alza la voz en esta dictadura, maldecir ya aplaca su rabia.

Incluso cuando ya llevaba tiempo hablando rumano con fluidez y sin errores seguía prestando oídos con gran asombro a las osadas imágenes de esa lengua. Las palabras parecían inocuas, pero

ocultaban posturas políticas con verdadera agudeza. Ciertas palabras encerraban historias enteras que se narraban sin necesidad de ser pronunciadas. El país, como suele suceder allí donde se extiende la pobreza, estaba plagado de cucarachas. Y a las cucarachas en rumano se las llamaba RUSOS, a las bombillas desnudas sin pantalla CANDELABROS RUSOS, a las pipas de girasol CHICLE RUSO. La gente corriente se posicionaba a diario contra el Gran Hermano a través de ingeniosos juegos lingüísticos peyorativos. La relación entre la palabra y su sentido permanecía oculta, con lo cual el resultado era tanto más sarcástico. Una vez que en las tiendas dejó de haber carne y sólo se podían comprar manitas de cerdo ahumadas, con pezuñas y todo, la gente las apodó ZAPATILLAS DE DEPORTE. Esta forma de expresión de alto contenido político no se prestaba a sometimiento alguno. La pobreza era el único equipamiento de la vida cotidiana. Al mofarse de los objetos de la pobreza, el sarcasmo se hacía extensivo a uno mismo. Y, al mismo tiempo, aquel sarcasmo revelaba el anhelo que lo impregnaba, y por eso también era carismático. Con excepciones: en una escuela de bachillerato preparatorio para los estudios de ingeniería ligera donde impartí clases durante un tiempo había un profesor que llamaba a sus alumnos «agregado»: «¡A ver, agregado Popescu…!». En la fábrica de maquinaria había un enano que trabajaba de recadero y llevaba los expedientes de una sección a otra, pues la fábrica tenía tres y estaban repartidas por la ciudad. Cuando llamaba a la puerta, no se le veía porque su cabeza no llegaba a asomar por el cristal. En la fábrica lo llamaban: Señor NO-TE-VEO.
O a los gitanos que habían dejado atrás la miseria de sus chabolas de barro y llegaban a fogoneros o cerrajeros en la fábrica se les apodaba con desprecio GITANOS DE SEDA.

Admirar el sentido del humor rápido y prácticamente presente en todo momento en la dictadura también implica iluminar sus descarrilamientos. Cuando el humor procede de la ausencia de perspectivas, cuando extrae su energía de la desesperación, los límites entre lo divertido y lo humillante se desdibujan. El humor necesita una chispa, un punto de inflexión del que resulta la comicidad y que sólo brilla cuando no muestra compasión alguna. Las chispas deben su brillo a lo verbal. Había gente a la que se le

ocurrían chistes a cada instante, que sacaba punta a todo, dominaba todas las variantes y combinaciones posibles, verdaderos campeones de los chistes. Pero cuando se hacen sin cesar, es fácil que los chistes degeneren en un burdo racismo. Convierten el desprecio hacia el ser humano en una forma de entretenimiento. A veces observé en algunos de esos compañeros de la fábrica capaces de contar chistes en cadena que su destreza no sólo se fundamentaba en esa chispa verbal, sino también en su actitud de mirar por encima del hombro a cuantos les rodeaban. El sentimiento de superioridad, la arrogancia que necesariamente reside en el punto culminante de un chiste, se convertía en una costumbre exenta de reflexión por completo. Los productores de chistes sufrían una enfermedad, una deformación profesional, erraban el tiro sin siquiera darse cuenta. Así pues, entre los chistes subversivos contra el Estado se colaban los chistes racistas. Se habría podido hacer una estadística con cada campeón de chistes de la fábrica para llevar la cuenta de cuántos chistes racistas caían cada equis chistes subversivos.

Lo mismo sucedía con los giros idiomáticos o con las frases hechas cuyo soniquete se queda grabado enseguida, se presenta en un formato tan cerrado que no induce a cuestionarse nada, sino que se presta a la repetición directa. También la publicidad de la economía de libre mercado se sirve del efecto chistoso de frases e imágenes. Cuando llegué a Alemania, me estremecí ante el lema publicitario de una empresa de mudanzas que decía algo como: «Con nosotros, sus muebles saldrán por patas». Para mí, los muebles con patas representaban las señales que la policía secreta dejaba en las casas a propósito. Volvía de la calle y me encontraba que la silla de la habitación se había ido a la cocina en mi ausencia. El cuadro se había caído de la pared para acabar encima de la cama, atravesando toda la habitación. Actualmente hay un anuncio en Alemania en el que se ve a una mujer con dos orificios de bala en el cuello. Del orificio inferior sale una gota de sangre. Es publicidad de internet. En otro cartel se ve un zapato de tacón pisando una mano de hombre. Yo no puedo evitarlo, me tomo las imágenes en serio, las veo como una agresión innecesaria y, por lo tanto, de lo más cruel, puesto que hiere sin motivos. Un arrogante juego con la tortura y el asesinato. Qué tendrá que ver lo bonito que sea un

zapato con pisar la mano de una persona. A mis ojos, una empresa degrada su producto al anunciarlo así. La historia de esa mano pisada que entra en juego con la imagen me impide comprarme el bonito zapato del cartel. Ya no es posible separar la mano pisada del zapato. De hecho, en mi cabeza es más grande la mano que el zapato, su recuerdo me angustia. Los colores y las costuras del zapato se me han borrado, pero la mano que pisa está grabada con total claridad. Aunque no vuelva a ver nunca el cartel, soy capaz de describir con todo detalle cómo tiene puesta la mano el hombre cuando se la pisan. No me extraña nada que mi memoria haya seleccionado una cosa y no la otra; la memoria es como debe ser: ante la brutalidad, toda belleza pierde su sentido propio, revierte en lo contrario, se vuelve obscena. Lo mismo sucede con la gente bella que maltrata a otros, con los paisajes bellos que albergan sufrimiento humano, y lo mismo sucede con los zapatos de lagarto que taconean sobre el asfalto, y eso que el toc-toc-toc de unos zapatos bonitos me vuelve loca. El anuncio del zapato me atormenta con el recuerdo de personas concretas que fueron torturadas en la dictadura y a las que vi venirse abajo. A mis ojos, el coqueto zapatito de lagarto del cartel está dispuesto a cualquier cosa. Jamás podría ser mío, no lo querría ni regalado. Nunca tendría la certeza de que ese zapato no fuera a repetir su costumbre de pisar manos sin que yo me diera cuenta.

Sólo es capaz de borrar de su mente ese anuncio quien no se plantee en ningún momento que la violencia implica daño y mutila a las personas. Imponer esta historia a un zapato no indica un refinamiento de la estética sino la infiltración de la brutalidad en lo supuestamente estético. El gran tamaño y la ausencia de palabras habladas de estos carteles publicitarios es programa diario para los ojos. En su intención de elevarlos a donde no les corresponde, los carteles calumnian a los productos que anuncian. Mientras uno espera el autobús, va por la calle con su carrito de niño o pasa con una bolsa de la compra, ese umbral tan importante —a partir de dónde una persona hace daño a otra— desciende cada día. Con el mismo silencio que los carteles, la capacidad de reconocer la brutalidad disminuye por debajo de la medida que en la sociedad civil debería mantenerla. En tanto los carteles insisten ante mis ojos, me gustaría preguntar tanto a quienes hacen los zapatos como

a quienes hacen los anuncios: ¿Podéis asumir la responsabilidad del terreno en el que os adentráis? ¿Dónde termina para vosotros el zapato de lagarto?

A diario me propongo ignorar los carteles y, sin embargo, los miro. De una manera cínica, la publicidad funciona muy bien conmigo, después de todo. Sólo que las consecuencias son las opuestas. No se cuenta con consumidores como yo, a quienes les hubiera gustado comprarse el zapato de lagarto si no estuviera comprometido por semejante anuncio. Me temo que los diseñadores de carteles no son ignorantes sino realistas: la mayoría de consumidores no piensa nada malo ante los carteles, no se pone a la defensiva, sencillamente les entran ganas de comprarse algo. Los pocos que sienten el impulso de tomar sus imágenes en serio bien pueden dejarse al margen.

Muchas veces vi que mi padre, antes de salir de casa, se escupía en los zapatos y frotaba la saliva con un trapo. Los zapatos frotados con saliva brillaban. La saliva se aplicaba también sobre las picaduras de mosquito, si te pinchabas con una espina o te quemabas o te hacías una raspadura en un codo o una rodilla. Con saliva se quitaban las salpicaduras de barro de las medias y los bajos del abrigo, o la suciedad de la cara. De niña pensaba: la saliva vale para todo. En verano da fresquito sobre la piel, en invierno está caliente. Luego leí sobre la férrea disciplina de las instrucciones de las SS y la Wehrmacht. Y al ver a mi padre escupirse en los zapatos empecé a pensar: eso lo aprendió de los nazis. Es ahí, en las cosas más insignificantes que hace por instinto, donde se demuestra que el soldado de las SS late en su interior. Para entonces ya sabía yo por amigos, que antes de empezar la carrera en la universidad tenían que servir en el ejército rumano, que en aquel desastroso ejército existía la misma fijación por los zapatos relucientes. Los soldados podían no tener balas para disparar durante las maniobras porque salían demasiado caras, pero saliva en la boca no les faltaba. Cuanta menos oportunidad de practicar el tiro tenían, más se practicaba la limpieza de los zapatos. Crema de zapatos no había en todo el país. A un amigo mío que era violista le mandaron limpiar los zapatos de los oficiales durante tres días, hasta que de tanto escupir se le quedó la garganta completamente seca y le salieron tantas ampollas en las manos que no pudo tocar la viola en varias

semanas.

Hace poco leí una cosa totalmente distinta sobre los soldados y la saliva. Peter Nádas escribe sobre la entrada de las tropas del ejército húngaro junto con las fuerzas de asalto del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968, cuando aplastaron la Primavera de Praga, y dice que «los limpiaparabrisas de los vehículos del ejército húngaro de camino a Praga no funcionaban de tantos escupitajos como caían sobre los parabrisas, y los soldados húngaros temblaban y lloraban al otro lado del cristal[10]». La saliva como arma de los civiles contra un ejército.

Cuando un niño se parecía mucho a su padre o a su madre, en el dialecto de mi pueblo se decía: «Ese niño es como un salivazo de su padre (o de su madre)». Por lo visto, la región de la que procedo tiene una relación particularmente estrecha con la saliva, de otro modo, una frase que de por sí suena ofensiva no se hubiera utilizado en un sentido objetivo e incluso amable. Claro que, en la misma región, también se dice de una persona: «Es más malo que un escupitajo». Y esa frase tan corta es el peor insulto que se le puede aplicar a nadie. Escupir y hablar guardan una relación. Como muestra el ejemplo de Nádas, se empieza a escupir cuando no hay palabras que alcancen a expresar el desprecio. Escupirle a alguien supera cualquier posible insulto verbal. Escupir es una agresión física dura.

Como en rumano, al igual que en la mayoría de lenguas romances, casi todo suena armonioso y una palabra de inmediato llama a otra que rima con ella, no había situación que no se acompañara de su correspondiente rima, su frase ingeniosa o su dicho popular. Las frases normales siempre iban de la mano de quiebros ingeniosos y caídas al nivel cómico. Al oír un chiste tenías que detenerte un instante y pensar si apropiártelo o no repetirlo jamás. «Los gitanos son personas en el fondo» se oía tantas veces como se decía en primavera: «Ahora cada día es una pata de gallo más largo», porque cada día se ponía el sol más tarde; y en otoño al revés: «Ahora cada día es una pata de gallo más corto». En todas las lenguas, la fantasía de los dichos se balancea entre la bofetada y el guante de terciopelo de las palabras.

Un conocido del sur de Alemania me contó una historia de su infancia en la Alemania de la posguerra. Los petardos que, durante

la noche de San Silvestre, tiran hasta los niños pequeños se llamaban PEDOS DE JUDÍO, en alemán: JUDENFÜRZE. Él no entendía bien la palabra y siempre los había llamado JUDOFÜRZE, creyendo que el término para el petardo tenía algo que ver con el deporte del judo. Estuvo convencido de ello hasta los diecisiete y, durante todos esos años, los llamó PEDOS DE JUDO tanto en casa como al pedirlos en la tienda. En todos esos años, ni su padre ni su madre ni ningún tendero le corrigieron nunca. Cuando se enteró de cómo se llamaban de verdad los petardos —me contó—, sintió vergüenza ante sí mismo por cada petardo prendido en cada fin de año de su vida. Su padre ya había muerto cuando él descubrió aquel nombre antisemita. Su madre aún vivía cuando me contaba esta historia, pero él seguía sin atreverse a preguntarle cómo era posible que, después de Auschwitz, ella siguiera llamando a los petardos PEDOS DE JUDÍO sin avergonzarse. Yo le pregunté por qué no era capaz de preguntárselo a su madre. Él se encogió de hombros.

La lengua no ha sido terreno apolítico nunca ni en ningún lugar, porque no se puede separar de lo que unas personas hacen con otras. La lengua siempre vive en el caso individual, hay que prestar mucha atención cada vez, como si fuera la primera, para descubrir qué tiene en mente. Este vínculo indisoluble entre la lengua y lo que se hace la convierte en algo legítimo o inaceptable, bello o feo, y también se podría decir: bueno o malo. Cada lengua, es decir, cada manera de hablar tiene sus propios ojos.

El rey se inclina y mata

A menudo me preguntan por qué en mis textos aparece tanto el rey y tan raras veces el dictador. La palabra «rey» suena suave. Y a menudo me preguntan por qué en mis textos aparece tanto el peluquero. El peluquero mide los cabellos, y los cabellos miden la vida.

En la novela *La piel del zorro*, una niña pregunta al peluquero «cuándo se moría el hombre que la había echado fuera. El peluquero se metió un puñado de bombones en la boca; cuando a un hombre se le haya cortado tanto pelo como para llenar un saco hasta los topes, dijo. Si el saco pesa tanto como el hombre, éste muere. Yo voy metiendo el pelo de todos los hombres en un saco hasta dejarlo repleto, dijo el peluquero. No peso los cabellos con la balanza, los peso con los ojos[11]».

El peluquero y el rey se unieron mucho antes de que yo conociera al dictador y antes de que empezara a escribir.

> Cuando el rey vivía se parecía a un perro y a una ternera
> y al morir tenía la corona pegada medio hiel medio melón
> bajo el pelo todas las lluvias de verano dejan sus ángeles
> reptadores
> entre los tallos del maíz cada cual un guardaespaldas
> que alguna vez estuvo donde el rey

En el pueblo perdido donde crecí no había ninguna carretera asfaltada, no había más que caminos de tierra llenos de baches. Pero el rey logró llegar hasta allí, de otro modo nunca me hubiera cruzado con él. No tenía nada que ver con los reyes de los cuentos, yo no tenía libros de cuentos. Estaba compuesto de cosas reales, reales porque eran vividas de verdad. Procedía del ajedrez de mi

abuelo, y el ajedrez tenía que ver con el pelo de mi abuelo. En la Primera Guerra Mundial, mi abuelo había sido soldado, lo hicieron prisionero y entonces se talló un ajedrez.

A los prisioneros de guerra se les caía el pelo a puñados, y el peluquero de la compañía les trataba el cuero cabelludo con jugo de hojas machacadas. El peluquero tenía una pasión: jugaba al ajedrez siempre que podía y donde podía. Se había llevado el ajedrez de su casa a la guerra. Sin embargo, en el caos del frente, al peluquero se le acabaron perdiendo siete figuras. Para jugar tenía que sustituirlas por migas de pan, plumas de pájaro, pedacitos de rama o piedrecitas. Como a mi abuelo, tras varias semanas de tratamiento, volvió a salirle el pelo, más tupido y más oscuro de lo que lo tuviera nunca, pensó una manera de darle las gracias al peluquero. Entonces se fijó en dos árboles del campo de prisioneros, el uno de una madera clara como la cera, el otro de una madera rojiza muy oscura. De esas maderas talló las figuras que faltaban y se las regaló al peluquero. Tallar las figuras las había convertido en algo demasiado íntimo para él, decía, sentía que desconocer su función sobre el tablero era como hacerles un feo. Aprendió a jugar al ajedrez. El ajedrez no sólo hizo más llevaderos aquellos largos y descorazonadores días de espera, también ofrecía algo a lo que aferrarse; ya que vivían al margen de la vida real, jugar al ajedrez al menos permitía tener la cabeza y los dedos ocupados en una alternativa de la vida. Permitía escapar del tiempo en suspenso en que se encontraban para regresar al recuerdo del hogar de antaño y, con la esperanza de volver pronto a casa, adelantar el futuro. Y esto, sin necesidad de ser verbalizado, caló en las figuras de ajedrez. El tiempo del juego te llevaba, decía mi abuelo, así no tenías que enfrentarte a él, a ese tiempo tan vacío. Recuperada la libertad al terminar la guerra, mi abuelo regresó al pueblo, e igual que para el peluquero de la compañía, el ajedrez se había convertido para él en una pasión.

La práctica que ganó tallando aquellas siete figuras y la lentitud del tiempo, decía, le habían obligado a seguir trabajando con las manos. Como los árboles siempre ofrecían madera de sobra, se hizo un ajedrez completo para él. Primero talló los peones, decía, porque antes de la guerra, en su pueblo, había sido peón en el campo y quería volver a casa y serlo de nuevo[12].

Cuando me contaba esto hacía mucho que tenía un ajedrez normal, comprado en una tienda. Con el ajedrez que había tallado él, al que le faltaban cuatro figuras, me dejaba jugar a mí. Las que más me gustaban eran las figuras de los dos reyes, el blanco como la cera y el rojo oscuro. Con el tiempo, la madera se había puesto vieja y sucia, blanco grisáceo y marrón oscuro, como la tierra reseca por el sol o mojada por la lluvia. Todas las figuras estaban agrietadas y cojas, no había dos iguales. Eso sí, los más contrahechos, panzudos y jorobados, realmente achacosos, eran los dos reyes. Se tambaleaban porque tenían la corona ladeada y demasiado grande. Durante décadas, mi abuelo pasó los fines de semana jugando al ajedrez. Como sus compañeros de ajedrez fueron muriéndose uno tras otro, empezó a jugar a las cartas los domingos para tener compañía. Pero luego volvió a tener suerte. Como todos los años, cada pocas semanas iba a visitar a su hermana, que se había casado en el pueblo vecino. Y en una de aquellas visitas conoció a un compañero de ajedrez «serio», como él decía. Desde entonces, todos los miércoles tomaba el tren hasta el pueblo vecino para jugar al ajedrez. A menudo me dejaban ir con él. Mientras que en nuestro pueblo sólo vivían alemanes, en el vecino sólo vivían húngaros. El marido de mi tía era húngaro, carpintero. Y el compañero de ajedrez serio también era húngaro. Cuando iba a jugar al ajedrez con él, mi abuelo tenía ocasión de dar rienda suelta a sus dos pasiones, pues la segunda era hablar húngaro. A mí me dejaba acompañarlo para que aprendiera húngaro mientras él jugaba al ajedrez.

El cuñado de mi abuelo, el carpintero, llevaba un mandil que era puro serrín, sólo bajo los brazos se veía la tela marrón oscuro. Y llevaba una boina de serrín y tenía las sienes y las orejas de serrín y un grueso mostacho de serrín. Hacía muebles, suelos, puertas, ventanas, cochecitos de niño con persiana de madera, hacía objetos pequeños como perchas, tablas de cortar, cucharas de cocina… y ataúdes.

Tras la caída del muro, en la prensa alemana se publicaban una y otra vez ejemplos de la regulación lingüística impuesta por el régimen en la RDA. Monstruos lingüísticos, cuando uno los repetía correctamente y en voz alta en su propia boca, sin quererlo se volvían muy cómicos, formas desvencijadas, contenidos

acartonados. «Figuras aladas de fin de año» se llamaba literalmente a las figuritas de ángeles para adornar el árbol de Navidad, «elementos triangulares», las banderitas que se agitaban ante las tribunas, «puntos de refuerzo logístico de la bebida[13]» eran las tiendas de licores. Sin embargo, había dos palabras de aquel alemán de la RDA que me resultaban familiares, me recordaban a las visitas a mi tío el carpintero. Una de ellas era el ataúd, que en alemán de la RDA se decía «mueble de tierra». La otra era el nombre de la sección de la Stasi que se ocupaba de organizar las celebraciones varias o los funerales de los peces gordos del Partido, y se llamaba «Sección Regocijo y Duelo[14]». «Figura alada de fin de año» pretendía evitar «ángel», y «elemento triangular» evitaba «banderín», pues tal diminutivo hubiese ofendido a la bandera. «Punto de refuerzo logístico de la bebida» confiere a la tienda una prestancia militar, a lo mejor los peces gordos saciaban su «sed de libertad» dándole a la botella. Con estos términos, una ideología burda y con pésimo oído crea caricaturas de palabras. En cambio, no sonaban nada cómicos a mis oídos «mueble de tierra» ni la sección de la Stasi dedicada al «regocijo y duelo». En estas composiciones se escucha el miedo a la muerte. Porque la muerte no se podía dominar por más que se alcanzara una elevada posición en el Estado, traspasaba la frontera entre la Nomenklatura y el pueblo de a pie. Y la conciencia de la muerte, a la que cada cual habría de enfrentarse individualmente y en las mismas condiciones que cualquier ciudadano de a pie, sin duda afectaba a la eternidad colectiva de la pandilla formada por los gobernantes. La eternidad se les escapaba por aquel único punto débil de su poder, donde no valía diferenciación alguna entre los héroes socialistas y los enemigos del Estado, pues a cada uno a título individual habría de tocarle sin que ni un Marx o un Lenin, o para qué hablar de un Honecker o un Mielke[15], pudieran hacer nada. En la peculiar creación lingüística marxista, «muebles de tierra» en lugar de ataúdes es como si Dios estuviera dentro y fuera, se reniega de él pero al mismo tiempo se le tiene presente. Cierto es que la «resurrección» no ha lugar, pero, con todo, se proyecta cierto consuelo en la muerte, un «después» a pesar de todo. Con su mueble de tierra, uno sigue viviendo en su salita de estar bajo tierra. Visto así, es bien lógico que a la momia de Lenin le corresponda una villa

en la Plaza Roja mientras que la gente corriente ha de apañárselas con un piso de soltero en el cementerio.

El carpintero húngaro con su mandil de serrín llevaba a la práctica la palabra «mueble de tierra» sin haber aprendido el alemán de la RDA. En la práctica de su trabajo, en su casa, el ataúd era un mueble que, cuando lo ocupaba un muerto, se enterraba. Todos los productos de su carpintería estaban revueltos, según las exigencias de espacio en el taller: podía haber un cochecito de niño terminado al lado, encima, debajo o incluso dentro de un ataúd. Allí, en su taller, la madera me mostraba todos los estadios de la vida desde el nacimiento hasta la muerte. Allí estaba representado el tiempo de una vida, en largos brazos de madera llenos de cucharas de cocina, tablas de cortar, perchas. Entre armarios, mesillas de noche, camas, sillas y mesas, los ataúdes realmente parecían algo muy común: muebles de tierra, en efecto. No encerraban ningún matiz oculto, allí estaban los objetos, todo mucho más claro que cuando se articula en palabras. No hacía falta palabrería alguna sobre la vida y la muerte, aquellos objetos eran cuanto la gente necesita para vivir y para morir.

Para mí, el carpintero era omnipotente. A mis ojos, el mundo entero era obra suya. Comprendí que el mundo no está hecho de cielos en movimiento ni de frondosos campos de maíz, sino de madera siempre igual. El carpintero podía colocar su madera ante las fugaces estaciones del año, frente a las estaciones desnudas de la tierra o frente a las frondosas. Allí tenía una muestra completa de las defunciones en forma de tablones pulidos y brillantes. Claridad meridiana en colores discretos, desde un blanco sucio hasta el marrón oscuro pasando por el amarillo miel, colores que ya no habrían de variar, tan sólo se oscurecían un punto en lugar de desplegarse como paisaje en una absurda multitud de tonalidades. Tenían una presencia muda, una sosegada determinación. No me daban miedo, al tocarlos se mantenían tan quietos que su paz se me transmitía también a mí. Mientras que las estaciones del exterior se atropellaban una a la otra y al final se devoraban, los ataúdes del taller no se tomaban libertades con la carne. Se tomaban tiempo y esperaban, para los muertos tan sólo eran su última cama, en la que podían llevárselos. El carpintero también tenía una máquina de coser y hacía el acolchado del interior de los ataúdes. «Damasco

blanco», decía, «con relleno de sombras de cepillo, como para un rey». A los largos tirabuzones que salen del cepillo de carpintero no los llamaba «virutas de madera», sino «sombras de cepillo de carpintero[16]». Me gusta esa expresión. Ya entonces me gustaba que el acolchado de los ataúdes no fuera de hojas, paja o serrín. Él sólo rellenaba los colchones con la sombra de las copas vivas de los árboles que aún quedaba en la madera y que volvía a salir de ella al cortarla. Alexandru Vona escribe en su novela *Las ventanas cegadas*: «Si se quiere descubrir la verdad hay que encontrar aquellas palabras que se han entremezclado entre tantas otras que no nos dicen nada[17]». «Sombras de cepillo» es para mí una de esas palabras.

Las sombras de cepillo crujían y tenían un olor amargo. Mientras mi abuelo jugaba al ajedrez en la veranda, yo jugaba en el taller a hacerme pelucas con las sombras de cepillo cortas. Con los tirabuzones largos me hacía cinturones, volantes y bufandas. En una caja grande había letras doradas, desprendían un penetrante olor a barniz. El carpintero componía con ellas el nombre del difunto y las pegaba sobre la tapa del ataúd. Yo me hacía con ellas anillos, collares y pendientes. Hoy en día, los tirabuzones de madera y las letras me asustarían. Pero por entonces había visto a muchos muertos que conocía bien de cuando estaban vivos, conocía sus voces y su manera de andar. Durante años supe lo que se ponían y lo que comían, cómo cavaban la tierra y cómo bailaban. Luego, un día yacían en el ataúd, y eran los mismos, sólo que ya no se movían y estaban ansiosos por recibir la última visita. Querían ser importantes una vez, recorrer el pueblo mecidos en su carroza tallada como en una veranda ambulante con música. Dios les había reclamado que le devolvieran su material, el entorno se los había comido en el transcurso de la estación. Yo apenas pensaba en ellos cuando jugaba a adornarme con las letras doradas. Admiraba a mi tío el carpintero porque se ocupaba de que los muertos tuvieran camas con tapa con nombres dorados y acolchado de damasco con sombras de cepillo, de que los llevaran a enterrar. Algunos ataúdes estaban dispuestos en vertical, en apretadas hileras pegadas a la pared, como una valla. Otros estaban en horizontal en el suelo, llenos de sombras de cepillo. Ninguna de las veces que estuve allí vi a mi tío pegar un nombre de letras doradas, coser un acolchado y

rellenarlo de sombras de cepillo, vender un ataúd. Al mediodía, la mujer del carpintero traía la comida y, para que se conservara caliente, dejaba el puchero entre las sombras de cepillo de un ataúd.

En el taller había sombras de cepillo y colchones de damasco blanco como para un rey, y sobre el tablero de ajedrez mi abuelo fruncía el ceño y rechinaba las mandíbulas. A veces él, a veces su compañero, acababan con su rey en jaque mate. Y durante el corto trayecto en el tren para volver a casa, el cielo tenía ese imponente color chillón con el que no se puede comparar nada. La luna parecía una herradura o un albaricoque colgado del cielo, las veletas de los tejados iban en dirección contraria al tren y todas parecían figuras de ajedrez. Algunas se parecían al rey. Unos días más tarde, también las gallinas que correteaban por la hierba llevaban coronas en lugar de crestas. Yo tenía que matar una gallina dos veces por semana, miércoles y sábado. Lo hacía como cualquier otro trabajo, con mano experta y con frialdad, como pelar patatas o limpiar el polvo, como una labor aprendida para toda la vida. Era trabajo de mujeres. Lo de no ser capaz de torturar a una gallina o de ver sangre no existía. Si acaso en los hombres, al afeitarse. Y muy raras veces en alguna mujer de las que —así lo expresaban— no valen para nada. Tal vez más tarde yo hubiera sido una de las que no valían para nada, por entonces sí valía.

Sólo soñaba cosas raras y todas revueltas: abro en dos la gallina y su vientre es un estuche lleno de figuras de ajedrez, rojas y azules en lugar de blancas y negras. Están muy secas y duras, seguro que se oían como una sonaja cuando la gallina aún corría por la hierba. Saco las figuras del vientre y las coloco en dos hileras según el color. Sólo hay un rey, se tambalea, se inclina. Es verde y, mientras se inclina, se vuelve rojo. Yo lo sostengo en la mano y noto cómo late su corazón. Tiene miedo y por eso le doy un mordisco. Por dentro es amarillo y blando, tiene una carne dulce como un albaricoque y me lo como.

Las cosas tenían cada una su rey, pero los respectivos reyes, allí donde aparecían, hacían señas a los otros reyes. Los reyes no abandonaban sus cosas, pero se conocían todos, confluían todos en mi cabeza y ése era el lugar donde formaban un todo. Eran un rey repartido que siempre buscaba nuevos materiales en los que vivir: el rey de la madera en el ajedrez, el rey de la hojalata en la veleta,

el rey de la carne en la gallina. El material del que están hechas las cosas adquiría, al mirarlo, ese estado de tensión última que da comienzo a la locura en la cabeza. Lo común de las cosas reventaba, lo material se tornaba personal. Entre cosas iguales surgían relaciones jerárquicas, y más jerarquías aún se daban entre yo y ellas. Yo tenía que enfrentarme a las comparaciones que había abierto y, fuera como fuese, sólo podía salir perdiendo. Comparada con la madera, la hojalata o un traje de plumas, la piel es el material más perecedero. Yo estaba expuesta sin remisión al poder del rey, a veces bueno y a veces malo.

En la casa de plumas vive un gallo
en la casa de hojas el paseo
en la casa de agua vive un lago
un conejo en la casa de pelo
en la casa de la esquina la patrulla
tira a uno por el balcón
encima del saúco
luego dirán que se suicidó
la declaración vive en la casa de papel en el moño vive una mujer

El texto de este *collage* es un reflejo tardío en respuesta a aquella maraña de cosas de la que nació el rey del pueblo, y con la patrulla en la casa de la esquina, el asesinato que en la declaración sobre el papel se falsea como suicidio, ya ha entrado en acción el rey de la ciudad. Es un rey del Estado. Mantiene a la gente en jaque en la frontera entre vivir y morir: a las personas de las que se cansa las lanza en secreto por la ventana, debajo de un tren o un coche, de un puente sobre un río, las cuelga de una cuerda, las envenena… y escenifica sus asesinatos como suicidios. Por orden suya, a los que tratan de huir por la frontera los despedazan perros de pelea entrenados para ello, y allí se quedan tirados para que después los campesinos al hacer la cosecha encuentren cuerpos medio descompuestos en los campos. A los que huyen cruzando el Danubio los manda perseguir con barcas para que las hélices los hagan pedazos. Comida para los peces y las gaviotas. Se sabe, pero nunca se puede demostrar lo que sucede a diario. Donde desaparece una

persona queda silencio, parientes y amigos con los ojos demasiado abiertos. El rey de la ciudad no permite que se le noten sus debilidades, cuando se tambalea, hay que pensar que se inclina, pero se inclina y mata.

dice mi rey y no sin motivo
pero si yo a todos os amo
su perro real de puntiagudo hocico
lleva uniforme de hierba brillante
y una hebilla de latón ondulado
cuando por las noches nieva la farola de alambre
se funden su salto y su aliento
como si yaciera algún des-amado
por la mañana en la panza del perro

El rey del pueblo «se inclinaba un poco», se tambaleaba, como se tambaleaba el entorno. Uno vivía en aquel entorno que se devoraba a sí mismo hasta que también lo devoraba a uno hasta que se moría de sí mismo. Hasta que no llegó el rey de la ciudad no se fraguó la segunda parte de la frase: «el rey se inclina y mata». El instrumento del rey de la ciudad es el miedo. No el miedo del pueblo que se crea en la mente, sino un miedo planificado, administrado con frialdad, que te mina los nervios. Tras mi llegada a la ciudad desde los bordes deshilachados del pueblo, el asfalto se tornó una alfombra sobre la que, en lugar del espectáculo más o menos natural de defunciones, se arrastraba junto a tus tobillos la muerte planificada por el Estado: la represión. En los primeros años hube de verla por todas partes. Afectaba a gente que yo no conocía personalmente. Sólo la temía en general, la tenía demasiado cerca como para no darme cuenta, pero demasiado lejos como para comprender lo que trae consigo. Corría a mi lado, en aquellos primeros años, nunca por mi interior. Una importante dosis de compasión hacia aquéllos a quienes afectaba, un sentimiento espontáneo que me asaltaba durante un rato y después se desvanecía solo. Quedarse quieto con los puños apretados hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos y sentir dolor, morderse los labios al contemplar cómo detienen, golpean y dan patadas a alguien que no conoces ante los ojos de todo el mundo. Luego seguir caminando con la boca seca, la

garganta ardiendo y un paso tan ligero como si el estómago y las piernas estuvieran llenos de aire podrido. El tibio sentimiento de culpa al verse impotente ante lo que afecta a los demás, y la miserable alegría de que el castigo no haya recaído sobre uno mismo. Podía recaer sobre cualquiera de los que estaban allí mirando, excepto la respiración estaba prohibido todo, allá donde uno mirase había motivos de sobra para cualquiera.

Hasta pasados unos años no tuve amigos a los que seguían e interrogaban con regularidad, a los que les registraban la casa, les confiscaban los manuscritos, expulsaban de la universidad o detenían. Lo que hasta entonces había sentido como una atmósfera angustiante se convirtió en miedo concreto. Mis amigos eran torturados, yo sabía con exactitud dónde y cómo. Pasábamos días hablando de ello, entre la guasa y el miedo, temerarios y consternados buscábamos vías de escape que no había en ninguna parte porque no cabía pensar en dar marcha atrás a la propia vida. Las represalias se filtraron en mi vida. Y unos años más tarde se me filtraron hasta la piel: me pidieron que espiara a mis compañeros de la fábrica y me negué. Y todo lo que había sabido, a través de mis amigos, sobre interrogatorios, registros domiciliarios, amenazas de muerte, se repitió en mí. Entonces ya estaba entrenada en devanarme los sesos sobre cómo me tenderían sus trampas en el siguiente interrogatorio, el siguiente día de trabajo, la esquina de la siguiente calle.

Aun sabiendo que esa ampliación de la mirada es fruto del miedo, que el desquiciamiento de la cabeza escapa a todas las palabras existentes, tanto al hablar como al escribir, quise recordar la muerte de dos amigos mediante algo escrito. Igual que hiciera antaño, en el valle verde insolente y demasiado grande, con el «cardo de leche», busqué palabras para el miedo que sentíamos juntos. Quise demostrar cómo es la amistad cuando no se da por supuesto que uno seguirá vivo esa noche, a la mañana siguiente, a la semana siguiente:

Como teníamos miedo, Edgar, Kurt, Georg y yo nos veíamos cada día. Comíamos juntos, pero el miedo permanecía a solas en cada cabeza, como antes de encontrarnos. Sin embargo, el miedo se escapa. Si controlas la expresión, se te cuela en la voz. Si consigues controlar la expresión y la voz como si de un pedazo de carne se

tratara, se te cuela en los dedos. Se te adhiere a la piel. Se escapa y lo ves en todos los objetos a tu alrededor.

Sabíamos dónde estaba el miedo de cada uno, porque hacía tiempo que nos conocíamos. Con frecuencia no nos soportábamos, porque nos necesitábamos[18].

El agente que me interrogaba me preguntó displicente: «¿Quién te crees que eres?». No era una pregunta, tanto más aproveché la ocasión para responderle: «Soy una persona igual que usted». Era necesario decirlo y era importante para mí, pues su comportamiento era tan egocéntrico como si hubiera olvidado ese hecho. En las fases turbulentas de los interrogatorios me llamaba mierda, basura, parásito, perra. Cuando se moderaba, me llamaba puta o enemigo. En los intervalos más inofensivos, yo le servía para llenar su horario de trabajo, era el trapo que uno retuerce para dar muestra de aplicación y diligencia. A menudo practicaba conmigo la técnica de la aniquilación, porque a su jornada laboral aún le quedaban horas y, por no estar solo sentado en su despacho, me mantenía allí y rumiaba de nuevo, ahora en tono irónico o cínico, todo aquello que ya había soltado mil veces hecho una furia. Me hacía quedarme allí para que el tictac del reloj no sonara en el vacío, obligándole a reflexionar sobre sí mismo. Después de cada ataque de ira ejercitaba conmigo la caza humana, para no perder la práctica, de una forma casi desganada, relajante para él. Tenía soltura en todos los registros. La pregunta infantil: «qué vale mi vida» se quedaba obsoleta. Una pregunta así sólo puede surgir del interior. Cuando se formula desde fuera, uno se rebela. Aunque sólo sea por rebeldía, uno comienza a amar su vida. Cada día adquiere un valor, se aprende a sentir gusto por la vida. Se dice uno a sí mismo que está vivo. En ese preciso momento se tienen ganas de vivir. Y eso es bastante, implica más sentido de la vida de lo que parece. Es un apego a la vida a prueba de todo, tan básico como el respirar. También esta ansia de vivir que brota en tu interior en contra de todas las circunstancias externas es un rey. Un rey rebelde, lo conozco bien. Por eso jamás lo había mencionado literalmente, para guardar el secreto de su nombre. Inventé para él la «bestia del corazón», para verbalizarlo sin tener que verbalizarlo. Hasta muchos años después, cuando el tiempo de entonces estuvo lo bastante lejos de mí, no llegué de la expresión bestia del corazón a

la palabra en sí: rey.

y el rey se inclina un poco
y suele la noche venir caminando
y en la fábrica en el río desde el tejado
dos zapatos brillan
del revés a la luz del neón demasiado pronto
y el uno nos machaca las costillas
y nos cierra la boca una patada del otro
y al amanecer disueltos los zapatos de neón
el arce sonroja de caprichosa madera la manzana
como palomitas de maíz vuelan las estrellas del cielo
y el rey se inclina y mata

La rima y la particular entonación y articulación del habla de mi pueblo me condujeron, desde un principio, hasta el rey: «reeey»… Ya entre las vacas del valle resonaban en mis oídos las «eees». «Eee - eeey - reeey[19]». El habla del pueblo y el rey del ajedrez del abuelo. A través del dialecto conocí muchos textos rimados, oraciones, máximas bordadas en pañitos que adornaban las paredes, ripios populares relacionados con el tiempo o con el día del calendario. De niña los tomaba muy en serio, de adolescente en la ciudad me reía de ellos. En la escuela secundaria pasamos meses destrozando las baladas de Goethe y Schiller. Las recitábamos de manera mecánica, sin pensar, como loros, marcando las cadencias con fuerza. En nuestra cabeza, aquel soniquete era como el ritmo de sacudir alfombras. «¿Quién desafía noche y viento a caballo? / Es el padre con su hijito en los brazos[20]», o: «Lenore con gran sobresalto / despertó de muy pesados sueños: / ¿Wilhelm mío, por qué tardas tanto? / ¿Me estarás siendo infiel o es que has muerto?»[21]. Y lo peor de todo eran los poemas de propaganda del Partido: «Amo el país que han dejado en mis manos / y en las tuyas y de todo trabajador capaz, / y su idioma encarna los sonidos de la madre / en aras de la dicha, el socialismo, la fuerza y la paz». Ahí la rima tropezaba, no había forma de conseguir el ritmo de sacudir alfombras. Cuando se recitaban las seis o siete estrofas seguidas en voz alta, retumbaban en tu cabeza como una carretera llena de baches. Yo sufría una especie de fobia a la rima. Hasta más adelante

no leí las rimas ásperas de Theodor Kramer e Inge Müller. Percibí que encerraban ritmos muy sutiles, frágiles, como si esa manera de rimar tradujera el latido de la respiración en la cavidad de las sienes. Me fascinó ese tipo de poemas, sabía de memoria docenas de ellos sin haberlos aprendido conscientemente. Esos poemas reflejaban mi propia vida, eso era, hablaban conmigo y se grababan solos en mi cabeza. Me gustaban tanto que no me atrevía a fijarme en cómo estaban hechos. Sigo pensando que la magia especial de esos dos autores no se capta fijándose en los detalles concretos. Luego empecé a recortar palabras de los periódicos. Al principio, así apartaba a un lado la rima. Todo comenzó con la simple intención de enviarles noticias a mis amigos durante mis múltiples viajes, de meter algo propio en el sobre, algo que no fuera una postal de algún lugar inmortalizado por un patriótico fotógrafo con su patriótica cámara. Mientras leía el periódico en el tren, pegaba un fragmento de una imagen y algunas palabras sobre una tarjeta blanca, o bien una frase o dos, por ejemplo: «la recalcitrante palabra O SEA», o: «si un lugar existe realmente, entonces roza la necesidad». Fue el asombro ante lo mucho que dan de sí las palabras sueltas recortadas de los periódicos lo que trajo consigo las rimas. Tenía palabras sobre la mesa, esparcidas al azar, según creía yo, y era sorprendente cuántas de ellas rimaban. Basándome en la confianza que me inspiraban las rimas de Theodor Kramer e Inge Müller, empecé a aceptar las rimas que yo no había buscado y que se unían solas sobre el tablero de la mesa. Eran palabras que trababan conocimiento entre sí porque se veían obligadas a compartir el lugar donde se encontraban. No podía echarlas de allí, de modo que le encontré el gusto a hacer rimas.

Al principio del todo no era capaz de dejar la palabra «rey» en ningún texto. Era como una fijación, siempre recortaba todos los «reyes» de los textos en los que aparecían. Una vez conté los reyes que tenía recortados sobre la mesa y salieron veinticuatro, eso fue antes de permitir entrar en un texto mío al primer rey. Cuando le permití entrar, comenzaron las rimas. Se demostró que cabe enfrentarse al rey a través de las rimas. Se puede representar al rey. La rima le obliga a volver al ritmo de las palpitaciones que causa. La rima hace cicatrizar el tejido de las llagas causadas por el rey. La rima revoluciona y disciplina al mismo tiempo. El verso formado

puede cambiar, entablar complicidad con otros versos. Se pueden peinar las rimas a contrapelo, esconderlas en el interior de las frases, es decir: en el espacio, y observar cómo al punto vuelven a tragarse aquello que delatan. Y al final de un verso se les puede dar peso, mostrarlas en el espacio pero luego no acentuarlas al leer, es decir: esconderlas en la voz.

El rey estaba en mi cabeza desde niña. Estaba dentro de las cosas. Aunque yo jamás hubiera escrito ninguna palabra, él habría estado ahí para adueñarse de las complicaciones nuevas que llegaran cada día a través de una figura *leitmotiv* tan bien conocida, aunque maligna. Allí donde se presentara el rey había que contar con el daño inevitable. No obstante, el rey sorteaba la vida, cuando escapaba a lo decible, superaba el caos sin necesidad de palabras. El rey siempre había sido una palabra vivida, no se le hacía frente hablando. He pasado mucho tiempo con el rey, y de ese tiempo formaba parte, al margen o de forma sustancial, el miedo.

A diferencia del rey «vivido», la «bestia del corazón» es una palabra escrita. Surgió en el papel, al escribir, como sustituto del rey, porque tenía que encontrar una palabra para el ansia de vivir en una situación de miedo mortal, una palabra que no tenía cuando vivía en el miedo. Quería una palabra con doble filo, con tanto doble filo como el rey. Tenía que albergar un componente de recelo y también de arbitrariedad. Y tenía que meterse en el cuerpo, una víscera especial, un órgano interno que pudiera cargarse de cuanto hay a su alrededor. Quería verbalizar el elemento incalculable que reside en el interior de cada persona, tanto en mi propio interior como en el de los poderosos. Es algo que no se conoce a sí mismo, que no puede rellenarse de otra cosa de una manera uniforme. Según lo que el curso del azar y de los deseos haga de nosotros, se torna manso o salvaje.

En mi primer fin de año en Alemania, al pasar la medianoche, el rey apareció en mitad de la fiesta. Siguiendo la tradición alemana de esa fiesta, los invitados se pusieron a derretir pedacitos de plomo en una cuchara para vaticinar los acontecimientos del nuevo año según la forma del metal al enfriarse de nuevo. Yo observaba cómo el plomo derretido en una cucharita caía chisporroteando en el agua fría y se endurecía con formas impredecibles. Vi claro que lo mismo sucede con el rey, y lo mismo debía suceder con la bestia del

corazón. Me tocó el turno de derretir mi fantasma particular para el año nuevo y no me atreví. Me retiré del juego riendo para que nadie intuyera los motivos: cuando se tienen los nervios destrozados no se debe jugar a los oráculos de fin de año. Los otros invitados no jugaban inspirados por una imaginación ensombrecida. Mis imaginaciones ya habían ido mucho, mucho más lejos de lo debido. Por miedo a que el fantasma del plomo boicotease mi bestia del corazón y pudiera lastrarme y bloquearme todo el año, como quería atrapar a la bestia del corazón me negué a derretir el plomo. Pero también, y esto tal vez sea una prolongación del mismo problema, porque pensé: ahora todos quieren que el objeto que salga de mi cuchara les revele lo destrozada que estoy por dentro y cómo me desgañito por formular mi estado interior con la palabra «bestia del corazón».

En *La mujer del cuadro*, la sobrecogedora película de Fritz Lang, dicen: «Uno se ve en situaciones con las que no habría contado unos minutos antes». En mi caso, aquella vez, no contaba con que un juego como el de derretir el plomo pudiera mostrarme algo que no quiero tener en cuenta.

El rey me siguió, primero del pueblo a la ciudad, luego de Rumanía a Alemania, como reflejo de aquellas cosas que nunca pueden esclarecerse. Personaliza el alcance de las cosas, y cuando en el caos de la cabeza ya no hay ninguna palabra que sirva, incluso hoy digo: «Mira, ahora viene el rey».

Cuando uno de mis amigos fue hallado muerto en su casa, ahorcado, yo ya estaba aquí, en Alemania. En el lugar donde tuve que dejar a los amigos, el rey había vuelto a inclinarse y matar. Matar a Roland Kirsch, ingeniero civil, un hombre de veintiocho años que hablaba poco y en voz baja, que no llamaba la atención y no alardeaba de nada, que escribía poemas, hacía fotografías, que no me retiró su amistad como hicieron otros, ni durante el tiempo en que fui considerada un enemigo del Estado de Rumanía ni después, cuando me exilié. Me escribía postales a Berlín sabiendo a lo que se arriesgaba. Yo deseaba que dejara nuestra amistad en barbecho, que no se pusiera en peligro, tenía miedo por él. Tanto más me alegraba en mi temor cuando me llegaban sus postales… eran una prueba de vida. Su última postal, unas semanas antes de su muerte, era una foto en blanco y negro, una calle por la que

solíamos pasar. Había cambiado mucho desde mi partida, habían instalado raíles para el tranvía. Los nuevos raíles estaban casi tapados por las zanahorias salvajes que habían crecido alrededor y cuyos tallos llegaban casi a la cadera. Florecían con umbelas de encaje blanco. Hablaban del peligro al que estaba expuesto mi amigo y también hablaban de que yo había alejado mis pies de allí, hablaban de nuestra cercanía desgarrada, de la espontaneidad de nuestra relación ahora confiscada: porque no podíamos ser directos al escribirnos, al leer rebuscábamos entre las rendijas de las palabras para averiguar qué podía querer decir qué. La imagen de nuestra separación en las zanahorias salvajes. Yo pensé: a lo mejor todas las plantas que contemplan las vidas de personas sin salida se convierten en zanahorias salvajes. En el reverso de la tarjeta había escrito una única frase, con una letra diminuta que ya no se esforzaba por rellenar todo el espacio en blanco a su disposición: «A veces tengo que morderme el dedo para sentir que aún existo».

Poco después ya no existía. La frase pesa más de lo que se permite decir a todas sus palabras. Y lleva hasta un punto en el que las propias palabras ya no se pueden soportar, ni siquiera aquellas que se tienen que utilizar para citarle. Ya no es la frase, sino aquella persona. Y no hay frase en la que esté tan presente una persona como aquélla en la que obligaron a meterse a mi amigo. A la altura de la frase está también la fecha de su muerte: primero de mayo, gran festividad del socialismo, el «Día del Trabajo». En el Día del Trabajo, un dictador loco por las obras monumentales y por destrozar a las personas se quita de en medio a un ingeniero civil. Cuando recibí la noticia, el rey me estrangulaba la garganta. Cómo debe de ser estar en tu casa al caer la tarde y que llamen a la puerta, vayas a abrir y te ahorquen. Los vecinos dicen ahora que aquella noche oyeron gritos de varias voces. Nadie fue a ayudar. Se negó la autopsia, el rey no dejaba que le vieran las cartas. En la declaración oficial del certificado de defunción pone: Suicidio. Sigue abierta la pregunta: ¿pretendían ahorcarle desde el principio? ¿Se negó él a suicidarse y le obligaron luego a introducir la cabeza por la soga? ¿O se les murió por la noche entre las manos, durante el interrogatorio o durante la tortura, y no supieron qué hacer con el cuerpo y lo colgaron? ¿Lo hicieron a propósito o de puro susto al fallarles el plan inicial, por desprecio o tal vez incluso por

diversión? ¿Los asesinos eran funcionarios del servicio secreto o gente a sueldo, o quizá simples criminales bajo coacción?

Bajo el *shock* de esta muerte y tal vez por aquella negativa a practicar la autopsia me vino a la memoria, como un eco, un caso justo inverso que se produjo en mi infancia: el caso del rey de la morera de mi pueblo. Era indudable que el hombre se había ahorcado, la autopsia se realizó por imposición. Era un enfermo terminal de cáncer y sólo le ponían inyecciones de penicilina porque el médico no disponía de morfina. Él ya no aguantaba más retorciéndose de dolor y concertó una cita con la muerte. En el patio trasero de su casa había una morera con una escalera al pie. Cada año, enseñaba a sus gallinas a dormir en lo alto del árbol. Al caer la tarde, subían todas por la escalera hasta la copa del árbol y se sentaban en fila a dormir en las ramas. Cuando amanecía, volvían a bajar al patio por la escalera. La hija del difunto contaba que, gracias a este proceso de aprendizaje, que duraba semanas, las gallinas estaban muy habituadas a él. No se inmutaron cuando se ahorcó en su árbol. Ni agitaron las alas, ni chillaron, no se oyó ni el más mínimo ruido en el patio aquella noche. A las tres de la mañana, contaba la hija, se asomó a ver cómo se encontraba su padre. Y en la cama se encontró el pijama sin él dentro, el armario estaba abierto y la percha con el traje bueno, vacía. Lo primero que pensó fue que su padre había salido al patio para que el fresco le aliviara los dolores. Pero para qué con el traje de los domingos. No se atrevía a salir, la luz de la luna iluminaba todo el patio en medio de la oscuridad. Las gallinas dormían en fila en lo alto de la morera como siempre, las blancas, sobre todo las blancas, contaba la hija, resplandecían como un juego de porcelana en una vitrina. Y el padre estaba colgado de una rama debajo de ellas. El ahorcado era vecino nuestro. Incontables veces, en los años posteriores, en cuanto miraba aquella morera comenzaba a zumbar y zumbar en mi cabeza la misma frase: utilizaron la misma escalera las gallinas y él.

El médico de la penicilina no se hizo ningún reproche. Tuvo la osadía de poner en duda el suicidio e insistió en la autopsia. Despojó al difunto, perfectamente vestido, de la dignidad de su traje de los domingos, se las dio de gran experto y practicó la autopsia al cadáver en un caluroso día de verano, junto a la escalera al pie del árbol, sobre la mesa de hacer la matanza. Por eso tuvieron que

ponerle la tapa al ataúd cuando luego velaron al muerto, lleno de cortes, en la mejor habitación de la casa. A pesar de todo, creí ver la franja azul negruzco alrededor de su cuello, azul índigo igual que las moras del árbol del patio. La marca índigo de su cuello era ahora su corona como es para cada gallina la cresta. El muerto había renunciado a seguir acompañando a su carne, se había transformado en otro material, en un material silencioso, había pasado a ser la carne de la fruta. Con una franja oscura alrededor del cuello y el traje de los domingos, se había convertido en la mora más grande que pueda dar ningún árbol. Entró en la tierra como rey de la morera.

En la novela de Alexandru Vona *Las ventanas cegadas*, inesperadamente vuelve a aparecer entre líneas el rey de la morera. En este caso es una mujer y la franja azul del ahorcado se anticipa en el adorno que lleva al cuello. Aun así, también ese cuello alberga al rey de la morera de mi infancia. «Mientras apuraba la copa que le había tendido mi padre, observé la cinta de terciopelo negro con un medallón colgado que adornaba su grueso cuello. Un momento después constatamos que padre no se equivocaba. Le pregunté cómo se había suicidado la mujer. En el fondo, mi pregunta era puramente retórica, pues al rememorar aquella cinta negra supe que se había colgado. […] Tal vez se debía a la cinta apretada al máximo (con sólo meter un dedo por ella ya se hubiera asfixiado) que la mujer se mantuviera tan tiesa[22]».

Después del ahorcamiento de mi amigo, yo veía nudos corredizos por todas partes. Todavía hoy sigo evitando cualquier forma de lazo, en los autobuses alemanes, por ejemplo, jamás me agarro a las cintas. Si hay un abrigo colgado en un perchero, parece que algo en el interior de mi cerebro chasqueara los dedos porque lo veo con pies, que luego desaparecen. En un quiosco de estación me compré una postal en la que se muestra cómo realizar los distintos nudos de corbata. Los tipos de nudos son evidentes nudos corredizos como los de la horca, y rodean el cuello por debajo de la camisa. Fue un acto irreflexivo, al comprar la postal pensé que lograría hacer frente a todo aquel repertorio de nudos. Quería curarme de espanto, observarlos con conocimiento de causa durante el tiempo suficiente para que dejaran de afectarme. No he sido capaz de escribirle esa postal a nadie. En casa, la escondí debajo de

toda suerte de papeles en el fondo de un cajón. Allí lleva años. No soy capaz de emplearla y no me libro de ella.

Del mismo modo en que la elite del poder escenificaba sus asesinatos como suicidios, cuando el muerto era uno de los suyos, hacían justo lo contrario: presentar los suicidios de los peces gordos como accidentes. Los grupitos de altos y medios cargos del Partido querían o se veían en la obligación de imitar al gran cazador que era Ceausescu. Así, la caza se había convertido en el deporte de los funcionarios, una especie de actividad del Partido en el bosque. Hasta los representantes del Partido de los últimos rincones de la provincia iban de caza. Una vez que uno de los mandamases de Timisoara, cansado de vivir, en lugar de aprovechar la aparición de un ciervo aprovechó el momento de quedarse a solas y, llegado el instante preciso, se pegó un tiro en la boca, en «la casa de papel» del periódico dijeron que un trágico accidente de caza lo había arrebatado de este mundo. Sin embargo, mis amigos y yo conocíamos a una compañera de la facultad cuyo padre estaba presente en aquella cacería. Como convivíamos con las amenazas de muerte y habíamos de ver nuestros días como un plazo limitado establecido por el Estado, tomábamos aquel tipo de noticias con una gran dosis de humor negro. Mi amigo, el ingeniero civil al que colgaron cuatro o cinco años más tarde y que hoy figura como suicida en los expedientes, comentó entonces con respecto al «accidente de caza»: «El cazador apunta adonde ve correr al ciervo, será que a este cazador le corría el ciervo por el paladar…». Hicimos chistes sobre el «ciervo del paladar». Aquellos chistes surgían en cadena, de uno salía el siguiente: «más vale pájaro en mano que ciervo en el paladar», o «más vale tener iglesia en el pueblo que una chinche bajo el armario, pero más vale que te chinchen[23] en vida que acabar bajo la tapa del ataúd». Cada uno añadía algo de su cosecha y así se creaban estos cuentos improvisados, todo un mosaico de imágenes esporádicas, de superación y autosuperación, conatos poéticos espontáneos entre los miembros del grupo, sarcásticos hasta donde se podía, para domeñar el miedo que todos teníamos. Y surgía esta dinámica porque cada cual sentía la necesidad de llevar un poco más hacia el absurdo lo que había dicho el anterior. Aquellos productos comenzaban suaves, como debe empezar un cuento alemán: «Érase

una vez…», y continuaban: «Érase una vez como no se era nunca». Así empiezan todos los cuentos en rumano. Y ya ese clásico comienzo rumano que remitía a tantas mentiras mal urdidas del régimen era motivo suficiente para reírnos a base de bien. Luego la cosa iba progresivamente a más: «Érase una vez como se era. Y érase aquello en tiempos, cuando se era como no érase nunca. Érase una vez y daba igual como se era. Y érase una vez de la que no se sabe por qué enésima vez se era como no érase nunca. Pero érase una vez, durante una cacería, en la que fue la última vez que un cazador se encontraba con otros cazadores de entre los cuales no se sabe qué número hacía. Cuando, en un gran trecho a la redonda, si bien no se sabe cómo de grande ni cómo de redonda, érase que no hubo ningún otro cazador excepto aquel uno del cual no se sabe qué número hacía entre los demás…». Las relativizaciones tenían que ir in crescendo, se llevaban al extremo, las frases se convertían en laberintos. En algún punto de la inextricable maraña tenía que aparecer el paladar del cazador, desnudo, tierno y de color rosa, extendiéndose sobre el duro suelo del bosque, y tenía que toparse con un ciervo, crecer, adquirir pelo y cornamenta y asimilarse al ciervo hasta confundirse ambos de tal suerte que el dueño del paladar acabara pegándose un tiro sin querer. Y entonces decía el cuento: «El paladar y el ciervo se parecían como un bosque se parece a otro bosque, como un árbol y una rama a otro árbol y otra rama, como una bandera a otra o un guisante a otro, en fin, como un camarada a otro camarada». Teníamos una panorámica muy amplia sobre nuestros laberintos de frases, como si nos encontráramos en una especie de elevación del terreno, y urdíamos redes de caminos hasta que nos zumbaba la cabeza.

Las frases de ahora acabo de inventármelas, pues he olvidado cómo eran las de entonces. Pero bien podrían haber sido así. El choque entre el miedo a la muerte y el ansia de vivir era una provocación para el rey. En aquellos conatos poéticos nos volvíamos adictos a la vida. Chistes radicales como desmantelamiento imaginario del régimen. Intentos de darnos ánimos, cuando aquellos de quienes nos reíamos podían poner fin a nuestra vida en cualquier momento. Las historias cómicas que construíamos en común nos proporcionaban una hilaridad labrada con placer pero, sobre todo, una hilaridad robada. La broma de que «nos chincharan en vida»

era la pura realidad, los micrófonos bajo el armario estaban ahí. Y en algún momento, cuando uno ya había olvidado lo que había dicho, como también lo que habían dicho sus compañeros, los interrogadores se adueñaban de nuevo de aquel tiempo robado. Te hacían rendir cuentas de cada palabra, una por una, y todo ello, para colmo, traducido al rumano (por lo general, mal traducido). Ahí ya no se podía hablar de humor, los hermeneutas de los servicios secretos nos pasaban la factura de cada una de nuestras «declaraciones subversivas». Los interrogatorios podían durar medio día, hasta que ni la propia cabeza sabía ya de quién era. Cuando por fin nos dejaban marchar, volvíamos a reunirnos para acordar cuál era la mejor forma de comportarnos, cómo renegar de lo que cada uno había dicho sin que la culpa recayera en alguno de sus compañeros. Lo que me molestaba en mi fuero interno era que, por culpa de la mala traducción al rumano, nuestras historias no se volvían más inofensivas desde el punto de vista político cuando, sin embargo, quedaban mutiladas en lo literario. Lo poético desaparecía, barrido de un plumazo. Durante el interrogatorio, de tanto rumiar lo mismo durante horas, volvías a acordarte de todo, con lo cual te entraban ganas de corregir la pérdida poética. Pero era esencial reprimir aquel instinto de rectificación del destrozo poético porque hubiera sido lo mismo que delatarse directamente.

En cada interrogatorio, tras ponerme en jaque mate —en su opinión—, el agente me decía en tono triunfal: «¿Lo ves?, las cosas se van hilando». En su ignorancia tenía razón, no sabía qué ni cuántas cosas se iban hilando dentro de mi cabeza… en su contra. Para empezar, yo tomaba conciencia de que él estaba sentado detrás de un gran escritorio pulido y yo en una mesita mal hecha de madera sucia. «¿Lo ves?». Sí, claro, yo veía un tablero de madera con muchas cicatrices, de los interrogatorios de otras personas de las que no se sabía siquiera si seguían vivas. El interrogador, como no me quedaba más opción que mirarle durante horas en cada interrogatorio, se convertía en rey. Con aquella calva, qué bien le habrían venido los servicios del peluquero de la compañía de mi abuelo. También para las pantorrillas, cuyo blanco repugnante y sin un solo pelo resplandecía entre el dobladillo del pantalón y el borde del calcetín. Sí, dentro de su cabeza se hilaban las cosas en mi contra. Pero dentro de mi cabeza se hilaban otras muy distintas: del

mismo modo que, en las figuras del ajedrez, había un rey que se inclinaba, el interrogador encarnaba a un rey que mata. Era uno de los primeros interrogatorios y era verano y era primera hora de la tarde y aparecieron las sombras de cepillo. El sol en el cristal de la ventana proyectaba brillos ondulados sobre el suelo. Los tirabuzones de luz blanca le subían al interrogador por las piernas cuando los atravesaba. Yo deseaba que tropezase, que se le metieran en los zapatos y lo mataran a través de las plantas de los pies.

Y, unas semanas más tarde, el rey volvió a aparecer, no sólo en la ausencia de pelo del interrogador sino en la presencia de pelo por mi parte. De nuevo había tirabuzones de sol entre nuestras mesas, serpenteantes y luminosos, más luminosos que otras veces, y realmente parecía que reptaban inquietos por el suelo porque fuera hacía mucho viento. El interrogador iba de un lado para otro, estaba nervioso, las sombras de cepillo se agitaban tan inquietas que le obligaban a mirarlas una y otra vez. Entre mi presencia, real pero inmóvil, y las sombras de cepillo, irreales pero sin parar de brincar como locas por el suelo, el hombre perdió la compostura. En una de sus idas y venidas se acercó a mi mesa. Yo contaba con un par de bofetadas. Él levantó la mano pero fue para quitarme un pelo del hombro, lo cogió con la punta de dos dedos e iba a dejarlo caer al suelo. No sé por qué, de repente, le dije: «Por favor, devuélvame ese pelo, es mío». Volvió a tocarme el hombro, extremadamente despacio, como si una cámara lenta le retuviera el brazo, meneó la cabeza, atravesó los tirabuzones de luz hasta la ventana, clavó la vista en el árbol y se echó a reír a carcajadas. Hasta que no empezó a reírse no me miré el hombro de reojo. En efecto, había devuelto el pelo al lugar exacto en que estaba antes. Esta vez no le había servido de nada su sonrisa de rey, el episodio del pelo le había pillado desprevenido. Se había columpiado, había quedado en evidencia. Y yo sentí una satisfacción tan tonta como si, a partir de entonces, fuera a tenerlo en el bote todos los días. Las estrategias de destrucción para las que estaba entrenado sólo le funcionaban dentro de la rutina, de modo que tenía que atenerse estrictamente a la ruta prevista. Improvisar suponía un riesgo, también para él. No un verdadero riesgo, tal vez para él tan sólo fuera un riesgo que me figuraba yo, pero para mis cálculos tontos valía.

Los pelos y el peluquero siempre han tenido que ver con el rey. Mis amigos y yo distribuíamos pelos por la casa antes de salir. Los poníamos en los picaportes de puertas y armarios, en los cajones sobre los manuscritos, en las estanterías sobre los libros… eran señales inteligentes porque no llamaban la atención y revelaban si los objetos se habían movido en nuestra ausencia, si los agentes de los servicios secretos habían estado allí. «Por los pelos», «te ha faltado un pelo» o «ni un pelo de tonto» ya no eran para nosotros expresiones hechas sino costumbres.

En la novela *La bestia del corazón* se dice: «Las bestias de nuestros corazones huían como ratoncillos. Se quitaron el pelaje mientras corrían y por fin desaparecieron en la nada. Cuando hablábamos mucho y atropelladamente, las bestias de los corazones permanecían más tiempo suspendidas en el aire.

»Cuando escribas no olvides poner la fecha y coloca siempre un cabello en la carta, dijo Edgar. Si luego no está significa que han abierto la carta.

»Cabellos en los trenes que surcan el país, pensé. Un cabello oscuro de Edgar, uno claro mío. Uno rojo de Kurt y Georg[24]».

Después de que toda una tropa de agentes de los servicios secretos registrara la vivienda de mi amigo Rolf Bossert para llevarse todos sus manuscritos y cartas, Bossert cogió las tijeras, se metió en el baño sin decir palabra y, frente al espejo, se cortó un mechón de pelo de la cabeza y otro de la barba. Fue poco antes de exiliarse en Alemania. Aquellos tijeretazos salvajes —siete semanas más tarde lo sabríamos— fueron la primera vez que se ponía la mano encima. Porque siete semanas más tarde llevaba seis semanas en Alemania y se tiró por la ventana del hogar de transición donde le habían instalado.

Más que en las mujeres, el pelo en los hombres solía ser un indicio político. Daba muestra del grado de intervención del Estado en la persona, del grado de opresión.

Porque a todos los hombres que, durante un tiempo o para siempre, pasaban a manos del Estado, los rapaban al cero. Los soldados, los prisioneros, los niños de los orfanatos. Y todos los escolares que habían hecho algo indebido. En los colegios se controlaba el largo del pelo a diario: la nuca tenía que ir bien pelada hasta media cabeza y siempre tenía que quedar un dedo sin

pelo alrededor de los lóbulos de las orejas. Y no sólo se controlaba en los cursos inferiores, también en secundaria. Incluso en la universidad se notificaba a los estudiantes que con cierto largo de pelo ya no podían asistir a clase. Para los hombres estaban las barberías, para las mujeres las peluquerías propiamente dichas. Era impensable que hombres y mujeres pudieran ir al mismo establecimiento. El rey insistía en mantener el control a través de la separación entre sexos.

También cuando veo fotos de mi infancia se inclina el rey. En cada uno de mis peinados veo cómo se sentía mi madre la mañana de ese día, mientras me peinaba. Era raro que hubiera fotógrafos en el pueblo, ya no me acuerdo de cómo me hicieron las fotos que conservo: ante un muro en el centro del pueblo, junto a un arriate de flores en la granja, en un camino nevado junto a la iglesia… Las fotos no proporcionan ningún tipo de información sobre mí, pero sí sobre mi madre. Porque en ellas hay tres retrospectivas de mi madre de entonces. Primera: la raya en medio está torcida pero las dos trenzas están recogidas por detrás de las orejas a la misma altura —eso significa que mi padre sólo estaba ligeramente bebido la noche anterior—. En aquellos días, mi madre me peinaba con estoicismo, ensimismada en sus cosas y dejando que los dedos siguieran su rutina solos. El matrimonio iba más o menos bien, la vida era soportable. Segunda retrospectiva: la raya y las trenzas están muy torcidas, parece que me han metido la cabeza en una prensa y la cara se ve descuadrada. Eso significa que la noche anterior mi padre estaba como una cuba y que mi madre lloraba mientras me peinaba, yo le resultaba un incordio, un zoquete —como tantas veces decía— que le impedía plantearse en serio la separación. Y tercera retrospectiva: tanto la raya como las trenzas están rectas, la trenza izquierda y la derecha, al igual que los dos lados de mi cara, son simétricas. Significa que la noche anterior mi padre había llegado a casa sobrio, mi madre estaba animada, hasta me miraba con cariño, la vida le sonreía. Pero las fotos del tercer tipo son raras. Los fotógrafos sólo acudían al pueblo en día de fiesta. Los días de diario, mi padre ya se las ingeniaba para beber mientras trabajaba. Ahora bien, los días de fiesta no tenía otra ocupación que empinar el codo. No le gustaban los juegos de sociedad con que los hombres solían matar el tiempo de ocio, no

jugaba a las cartas ni al ajedrez ni a los bolos, no le gustaba bailar. Mientras los demás lo hacían, él se quedaba sentado y bebía hasta que se le hinchaban los ojos y la lengua y se le doblaban las piernas. Visto así, aquellas fotografías retrospectivas también documentan su estado de cada día. Y él tampoco tenía más que tres, los tres que luego calaban en mi peinado a través de las púas del peine.

Aunque es posible que el estado de ánimo de mi madre se hiciera tan patente en mi pelo porque unos cuantos años antes de peinarme había sido deportada a un campo de trabajos forzados en la Unión Soviética. Cinco años había pasado allí con el rey que mata, y en aquellos cinco años había estado al borde de morir de hambre constantemente. Había llegado al campo con diecinueve años, con largas trenzas como todas las muchachas del campo. Los motivos para rapar al cero a las internas alternaban, contaba ella. Había dos motivos, y siempre era por alguno de los dos. O bien eran los piojos, o bien la habían pillado robando unas patatas o unas remolachas para no morirse de hambre. A veces incluso ya iba rapada al cero por los piojos y la pillaban robando. Entonces, los vigilantes sentían no poder rapar una cabeza ya rapada, igual que no se puede azotar una espalda ya azotada. El pelo rapado al cero se queda al cero mucho tiempo, me decía, el pelo no es tan tonto como la piel. Hay una foto: mi madre, con la cabeza rapada y tan delgada que la piel se le pega a los huesos, sostiene un gato entre los brazos. El gato es igual de huesudo que ella y mira con los mismos ojos que se clavan como alfileres, unos ojos muy abiertos de hambre, iguales en ambos. Y siempre que contemplo la foto me pregunto: con todo el amor por los gatos, ¿cómo una muerta de hambre aún compartía su escasa comida con un gato? ¿Tendrá algo que ver con el pelo, que el animal tenía y ella no? El gato tiene el pelo estropajoso, largo y revuelto, como si le hubiera crecido a costa de la carne, de un material extraño y nada natural.

¿Y aquí, en Alemania? ¿Por qué los neonazis se rapan al cero sin necesidad? La relación que tienen ellos mismos está pervertida, no tienen conciencia de la autohumillación. Instrumentalizan sus cabezas, las llevan desfiguradas como si fueran cantos rodados, rocas que asoman en el cauce de un río reseco o desaparecido. Juegan a los soldados en frío, convierten el autodesprecio en motivo de alarde. En su degenerada visión del mundo ennoblecen la

perversión de rapar el pelo al cero, se atribuyen voluntariamente un estigma a modo de seña de identidad de su grupo. En estas cabezas-canto rodado quedan anulados los rasgos individuales, bajo las uniones óseas del cráneo sin pelo, a las caprichosas órdenes del jefe, late un cerebro patético. Entrenado para obedecer a los instintos, su cuerpo se convierte en herramienta de ataque.

Uno de los primeros *collages* en los que encontré la rima y encontré al rey dice así:

y en una mano
iba el rey
sentado en la lluvia
porque así fue
yo entré
para no encontrarme conmigo
y en la otra mano
iba el rey
perdió el juego
porque así fue
yo entré
y me raparon al cero

Hay otras dos cosas importantes que tienen que ver con el rey:

A mi abuelo no se le cayó el pelo nunca. Se lo llevó a la tumba bien tupido y blanco.

A pesar de los muchos esfuerzos de mi abuelo, yo no logré aprender a jugar al ajedrez jamás. Él dudaba de mi capacidad mental, y yo le dejaba pensar lo que quisiera. Nunca le dije cuánto temía al rey y cuánto me gustaba. Creo que en estos casos se dice: mi cabeza no le dejaba «vía libre[25]».

Cuando callamos, resultamos desagradables… cuando hablamos, quedamos en ridículo

El silencio no es una pausa al hablar sino algo en sí mismo. De los campesinos de mi pueblo natal conozco una forma de vivir en la que el uso de palabras no es costumbre. Cuando nunca se habla de uno mismo, no se habla mucho. Cuanto más capaz de callar era alguien, más fuerte era su presencia. Como todos, también yo había aprendido a interpretar los mínimos movimientos de las arrugas de la cara, las arterias del cuello, las aletas de la nariz o las comisuras de los labios, de la barbilla o de los dedos sin esperar a las palabras. Entre personas que guardan silencio, los ojos de todos nosotros habían aprendido qué sentimientos acompañaban al otro por la casa. Escuchábamos más con los ojos que con los oídos. Surgía así una agradable gravedad, una especie de prolongado sobrepeso de las cosas que nos rondaban la cabeza. Las palabras jamás alcanzan a conferir un peso semejante porque no se quedan quietas. En cuanto se ha hablado, apenas se han pronunciado, las palabras vuelven a enmudecer. Y sólo se pueden pronunciar de una en una y en orden lineal. A cada frase no le toca el turno hasta que se ha esfumado la anterior. En el silencio, en cambio, está todo presente a la vez, en el silencio queda suspendido todo cuanto no se ha dicho en mucho tiempo, incluso aquello que no se dice nunca. El silencio es un estado sólido, cerrado en sí mismo. Y el hablar es un hilo que se rompe a mordiscos él solo, y siempre hay que atarlo de nuevo.

Cuando llegué a la ciudad me asombró cuánto tenía que hablar la gente de allí para sentirse a sí misma, para ser amigos o enemigos unos de otros, para dar algo o recibir algo. Y sobre todo, cuánto se quejan cuando hablan de sí mismos. En la mayoría de sus conversaciones encontraba una constante mezcla de arrogancia y

autocompasión, en todo el cuerpo una afectación narcisista. Siempre andaban con ese Yo más que desgastado en la boca. Su teatralidad era elástica, las articulaciones que la gente de la ciudad tiene bajo la piel son distintas a las de los campesinos, sus lenguas vuelven a encarnar a la persona entera en la boca. A mí, que había practicado el silencio durante tanto tiempo y además traía conmigo mis pesados huesos de pueblo, que al principio no hablaba nada de rumano y después un rumano bastante pobre, aquel afán de hablar me cohibía. Pensaba que aquella constante reduplicación de la persona en su incesante lengüeteo era debida a que el entorno estaba urbanizado incluso al aire libre. Las calles, las plazas, las orillas del río, los parques… por todas partes había adoquines o asfalto, todo liso y llano, no sólo más llano que todos los caminos del pueblo, sino también más llano que los suelos de los salones para las visitas en el interior de las casas. Está más arreglado que las cocinas de verano del pueblo, que únicamente tenían suelo de arcilla, pensaba yo. Necesitaba una explicación y me agarré a la más sencilla: con los pies en terreno llano, la lengua tiene la posibilidad o la necesidad de hablar en la cabeza sin pensar. Un campo no permite hacer eso porque el suelo está lleno de accidentes y ávido de descomposición. Al asfalto se le hace frente hablando, al campo con la pesada lentitud de los huesos; indefenso estira uno el tiempo allí, consciente de que la tierra es voraz, deja la lengua quieta en la boca y deja que la tierra espere. Sobre el asfalto, en cambio, uno se vuelve más ligero; donde no se para de hablar, la muerte no late debajo de la vida sino detrás de ella. Yo añoraba mi pueblo, me remordía la conciencia como si hubiera salido huyendo de allí, dejando a los demás para que los devorase la tierra del pueblo, con su florido muestrario de todas las formas de morir. Estaba acostumbrada a ver la muerte en medio de la vida cotidiana. Como yo pensaba en ella, ella me buscó a mí antes de que el Estado viniera a mi casa con sus amenazas de muerte. Me buscaba allí donde se terminaba la tierra recubierta de la ciudad. Estaba en los arrabales de la ciudad, que tal vez eran también los arrabales de mi infancia: estaba en las mesas de hormigón del mercado de verduras, donde las ancianas de las montañas vendían melocotones amargos cubiertos de pelusilla gris, tan pequeños como nueces. Los melocotones se parecían a la piel de sus caras, eran melocotones

ancianos. En los parques estaba la muerte, cuando las hojas rojizas, aún muy jóvenes, de las alamedas olían como los cuartos de la gente mayor. Y la muerte del color de la cera estaba también a lo largo de las calles, en los tilos en flor, cuando soltaban ese polvillo amarillo. Sobre el asfalto, los tilos olían de otra manera: en el pueblo había incontables tilos, pero sólo en la ciudad se me ocurrió la palabra «azúcar de cadáver» al olerlos florecer. También en los pequeños jardines delanteros de las casas de las calles secundarias me buscaba la muerte, en grandes dalias que no podían domar los colores de sus borlas de pétalos enrollados hacia dentro. Mientras viví libre de amenazas, las plantas de la ciudad ejemplificaron la muerte en general. Aun cuando pensaba en mi propia muerte, siempre era una muerte natural, la carne que presentaba su renuncia sobre el denso asfalto. Luego, sin embargo, cuando mis amigos y yo empezamos a recibir amenazas de muerte por parte de los servicios secretos, eso cambió.

Cuando salía de nuevo a la calle después de la tortura de los interrogatorios, con la cabeza revuelta, los ojos paralizados como una estatua de escayola, las piernas como si me las hubiera prestado otra persona… cuando volvía a mi casa en ese estado, aquellas plantas me mostraban lo que me pasaba y no era posible verbalizar. Para ello se valían únicamente de los olores, colores y formas que les eran propios de todas maneras, así como del lugar en el que se hallaban de todas maneras. Aumentaban lo sucedido hasta dimensiones monstruosas pero ya añadían a ese aumento el inicio de la disminución, necesaria para encontrarse uno mismo y para, finalmente, reubicar lo sucedido en su lugar dentro del curso del pasado. La dalia me enseñaba que yo tenía que contemplar el interrogatorio como el deber profesional del interrogador, que las muescas de la mesita donde me habían sentado eran de todos aquéllos a los que interrogaban antes y después de mí, que, por lo tanto, yo no era más que uno de muchos casos… pero sin dejar de ser un caso individual. Lo que me trastornaba era el trabajo normal del interrogador, nada más que pura rutina en su horrible profesión, eso me enseñaba la dalia. Pero también me enseñaba que la rutina, llevada a la práctica sobre mi persona, se convertía en algo especial, que yo tenía que procesarlo bien en mi cabeza y protegerme como individuo. Es decir, que tenía que valorarme a mí misma lo bastante

como para defenderme, por más que les hicieran lo mismo a muchos otros antes y después de mi interrogatorio. ¿Cómo explicar con palabras que la dalia me proporcionaba un estado interior que casi podría llamarse de estabilidad cuando todo era desgarro en el exterior, que en una dalia encuentra uno un interrogatorio cuando vuelve de un interrogatorio, o una celda cuando tiene en la cárcel a un ser querido a quien no desea perder? ¿Que en una dalia hay un niño cuando se está embarazada y no se quiere tener ese niño bajo ningún concepto porque no se le quiere hacer la putada de traerlo a este mundo pero el aborto está penado con la cárcel si te pillan?

¿Cuánto tendría que hablar para contárselo todo a la amiga que me pregunta por los detalles de los interrogatorios? Decirlo todo significa: todo lo que se puede decir con palabras. Así pues, yo verbalizaba todos los hechos, pero no iba más allá, jamás decía una palabra de las plantas que me ayudaban a tomar conciencia de mi propio estado interior cuando pasaba junto a ellas de regreso a casa. Jamás mencioné lo de los melocotones ancianos ni lo del azúcar de cadáver o las dalias. El silencio hizo de contrapeso de las palabras. Cuando el silencio podía ser malinterpretado por mi amiga, yo tenía que hablar; cuando hablar me hubiera acercado a los locos, tenía que callar. No quería darle miedo ni volverme ridícula ante ella. Éramos amigas íntimas, nos veíamos a diario. Pero siempre fuimos muy diferentes, eso hacía tan estrecha nuestra amistad. Cada una necesitaba de la otra lo que no tenía. Era una cercanía de la que no hacía falta hablar. La brújula por la que me guiaba no le era familiar, la temeraria naturaleza de las plantas nunca se había cruzado en su camino. Ella era hija de la ciudad. Donde mis sentidos tropezaban, los suyos se deslizaban con suavidad, donde yo vacilaba, ella avanzaba con resolución… por eso me gustaba. Se habría reído de mí si le hubiese hablado del muestrario de las maneras de morir de un valle en flor. No conocía la mísera soledad en medio del paisaje, la cuenta pendiente con la fugacidad imposible de afrontar. Mi amiga había conservado una medida soportable para todas las cosas, era capaz de mirar las cosas desde fuera, nunca se rompía la cabeza por las palabras. En lugar de eso, le encantaban la ropa y las joyas, despreciaba el régimen porque le parecía una declaración de bancarrota de la sensualidad. Y ese régimen no iba a por ella. Era soldadora diplomada, su campo se

consideraba edificante y leal al Estado, en tanto lo que yo hacía era destructivo. Ella no hablaba ni una palabra de alemán y desconocía lo que escribía yo. A lo mejor fue por eso que el régimen consideró nuestra amistad como un asunto de mujeres totalmente apolítico. Sin embargo, mi amiga era política en un alto grado por su naturaleza impredecible, rechazaba el servilismo porque le producía asco físico y, desde el punto de vista moral, era mucho más consecuente que muchos otros con sus teorías políticas y su palabrería subversiva. Yo dependía mucho de aquella amiga; donde yo estaba toda hecha añicos, ella me compensaba con lo intacto. Intacto en cuanto a su comportamiento, pues su cuerpo ya había empezado a roerlo la muerte sin que lo supiéramos ni ella ni yo, tenía cáncer y se enteró cuando era demasiado tarde. Le quedaban tres años de vida y yo emigré. Y ella vino a visitarme y me enseñó la cicatriz del pecho derecho amputado y reconoció que la enviaban los servicios secretos, que me visitaba por encargo. Tenía que decirme que yo estaba en la lista de los que iban a matar, que me borrarían del mapa como siguiera hablando de Ceausescu con tanto desprecio, aquí en Occidente. Ya me había traicionado cuando llegó a Berlín, y al tiempo que reconocía su traición afirmaba que jamás sería capaz de hacer nada que me perjudicase. Y, a los dos días, le pedí que hiciera la maleta y la llevé a la estación. Y en aquel andén me negué a sacar el pañuelo para agitarlo en la despedida, el pañuelo para llorar. El pañuelo para hacerle un nudo y así no olvidar nada no me hacía falta… ya tenía el nudo en la garganta.

Dos años después de aquella partida prematura murió de cáncer. Querer a una persona y tener que abandonarla porque ella, sin darse cuenta, había puesto los sentimientos que tenía hacia mí a disposición de los servicios secretos en contra de mi vida. Había prestado nuestra amistad al rey que se inclinaba ante ella y quería matarme a mí y aún creía que yo se los devolvería tal y como habían estado antes, cuando confiaba en ella. Para poder engañarme a mí, había tenido que mentirse a sí misma, ambas cosas iban de la mano, lo uno traía lo otro. La pérdida de aquella amistad dejó una profunda cicatriz en mi vida. También por aquella amiga tuve que encontrar a la «bestia del corazón» y al «rey». Porque ambos términos son ambiguos, pululan como fantasmas entre el ramaje del amor y de la traición. Al escribir, tuve que preguntar a

las frases que me salían y no alcanzaban a decir lo que quería «por qué y cuándo y cómo un amor atado acaba en el ámbito criminal[26]». Abandonar a alguien porque no hay más remedio no implica que no te deje un sentimiento de culpa. Tuve que recurrir a una de las bellas canciones populares rumanas para poder terminar el capítulo de la amiga en el libro:

A quien ama y abandona
debe castigarlo Dios
Que Dios lo castigue
con el paso del escarabajo
el susurro del viento
el polvo de la tierra

Sobre esto no hace falta decir nada más. La canción es muy conocida en Rumanía, me invitó a apoyarme en ella como tal vez sucede a otros con las oraciones. Cuando no se tiene fe en la oración, uno empieza a cantar en silencio. Esa canción es para mí como las dalias del jardín. Como la dalia, me ayuda a procesar la pérdida y encontrarle un lugar en la cadena de daños sufridos.

Me admiran y me dan miedo las plantas que tienen tallos pilosos, trepadores, demasiado delgados, hojas de afilados dientes que te arañan y frutos tan grandes como cabezas. Cabezas que guardan silencio y cuyos rostros de carne chillona crecen hacia dentro: las calabazas y los melones. Son plantas que se creen capaces de cargar con un peso que nunca podrían soportar estando erguidas. Se expanden, reptan por el suelo o trepan por las vallas, no cargan con sus frutos ellas mismas. Nunca dejan de ser frágiles, apoyan la cabeza en la nuca de un grueso campo, la cuelgan de la madera de una valla. Durante mi infancia en el pueblo siempre veía cómo, en aquellas plantas, se transformaba una frase bíblica, la que reza: «Que cada cual lleve la carga del otro» (Epístola de san Pablo a los Gálatas 6, 2)[27]. En el exterior de aquellas plantas se hacía patente cómo sería que a uno le quitaran un peso interior. Me hubiera gustado trasladar el ejemplo de las plantas a las personas. Pero, obviamente, con las personas es imposible. Mi padre tenía que sobrellevar sus borracheras él solo, del llanto de mi madre no podía hacerse cargo nadie: aunque yo llorase con ella, no lloraba por sus

mismos motivos. Porque ella lloraba por tener un marido borrachuzo que agitaba el cuchillo si ella le pedía explicaciones. Yo, en cambio, lloraba porque quería tener una madre que también llorase por mí alguna vez, por una niña que no sabía por qué era hija de aquellos padres, pues aquel padre estaba siempre demasiado borracho como para ser padre de su hija y aquella madre sufría tanto por las borracheras de su marido que su hija quedaba en un muy segundo plano. Y mi abuelo tenía que llevar sus eternos libros de cuentas él solo, y mi abuela su libro de oraciones con la foto de su hijo caído en la guerra.

Creo que, en aquella casa y en aquella granja, tal y como éramos cada uno de nosotros, todos convivíamos aislados en un apretado silencio. Nuestros objetos sí formaban un conjunto, nuestras cabezas iban cada una por su lado. Así compartíamos una misma casa tres generaciones. Cuando uno no necesita hablar con otro, tampoco necesita acostumbrarse a pensar en palabras. No hay que hablar para existir. Era una actitud interior que, en la ciudad, no tenían las personas pero sí las dalias. Al estar acostumbrado, uno ni siquiera se da cuenta de que no habla. Ni siquiera piensa en hablar, está cerrado en sí mismo dentro de su silencio, y en los demás tan sólo pone sus ojos.

La típica pregunta que suele hacer la gente cercana: «¿En qué estás pensando?», me era desconocida en la infancia. Como lo era la típica respuesta: «En nada». Por lo general, esta respuesta no se admite, suena a excusa, a evasiva. Se da por supuesto que todo el mundo piensa siempre en algo, de lo que sabe exactamente qué es. Cuando no se piensa con palabras, sí se piensa «en nada», porque lo pensado no puede verbalizarse. Se piensa en algo que no precisa de los contornos de la palabra. Está en la cabeza. Lo hablado vuela, el silencio se posa y permanece y huele. Olía como el lugar de la casa en el que estaba yo, sola conmigo misma y entre los demás. En la granja, el silencio olía a flores de acacia o a tréboles recién cortados; en el interior de la habitación, a naftalina o a una ristra de membrillos que había sobre el aparador; en la cocina, a masa o a carne. Cada uno tenía en la cabeza las escaleras por las que el silencio subía y bajaba, cada cual unas escaleras propias. La pregunta «¿En qué estás pensando?» hubiera sido un atropello. Se daba por supuesto que todos estábamos llenos de secretos. Cada

cual los sorteaba al hablar; por ejemplo, cuando hablábamos del trabajo y de los objetos que, por el mero hecho de existir, demostraban que éramos algo unos de otros. También que yo era algo de los otros miembros de la casa. No era culpa de ellos sino mía si me quedaba mirando fijamente a alguno durante demasiado tiempo, volviéndolo siniestro bajo mi mirada y obligándolo entonces a ponerme en tela de juicio. Mi fracaso venía dado por estar hecha de un material de corta vida frente al suyo, de durabilidad más que probada y sabida.

He aludido al melón porque en él se transforma la frase de la Biblia «que cada cual lleve la carga del otro». El melón nos permite demostrar de qué manera el silencio como actitud vital puede mantenerse durante toda una vida dentro de la cabeza cuando se está convencido de que gastar las ideas hablando es un despropósito. A mí me gustaba ir a la iglesia los domingos por la mañana, era la oportunidad de librarme de pelar patatas. Nadie de la casa iba a la iglesia, así que me dejaban ir en representación de los demás. Venía bien para dar buena imagen en el pueblo, y en casa tal vez pensaban que, si era la niña quien iba a rezar, Dios comprendería que el resto de la familia no tenía tiempo. Mi abuela, que sí creía en Dios, rezaba por las mañanas y por las noches, todos los días, en casa y para sus adentros. Desde que su hijo había caído en la guerra, sólo iba a la iglesia un día al año: el Día de los Caídos. Y ese día yo siempre me sentaba a su lado. Me fascinaba la enorme estatua de escayola de la Virgen María porque se le veía el corazón. Estaba pintado fuera del cuerpo, sobre el manto azul claro que le llegaba hasta los dedos de los pies; era un corazón muy grande, rojo oscuro con motitas negras. La estatua se señalaba el corazón con el dedo índice. Un corazón tan mal pintado que repercutía en su propio beneficio, un corazón que —sin quererlo el pintor del pueblo— se convertía en algo que no debía ser. A veces, en pleno día, aprovechando que me enviaban al pueblo a hacer algún recado, entraba un momento en la iglesia. Para mí no era una iglesia cuando me encontraba sola en ella. Iba a visitar a María, no me santiguaba ni hacía ninguna genuflexión. Con el fresco que hacía, los grillos cantaban detrás del altar igual que lo hacían en la granja por las noches. Yo iba directa hacia María, le miraba el corazón, me comía un caramelo que había comprado con las vueltas del recado y

le dejaba otro junto a los dedos de los pies desnudos. O un pedazo de hilo si había comprado hilo, o una cerilla de la caja, una aguja de coser o una horquilla del pelo. Luego volvía a salir a la calle. Una vez le había dejado una chincheta y, a medio camino, di media vuelta y la retiré porque pensé que podría pisarla. Jamás rezaba ni le llevaba una flor.

Del invierno al verano pasando por la primavera, siempre que miraba el corazón de María me parecía una sandía partida por la mitad. Hasta el otoño no llegaba el Día de los Caídos e iba mi abuela conmigo a la iglesia. Un día le susurré al oído: «Mira, el corazón de María es una sandía partida por la mitad». Mi abuela balanceó ligeramente la rodilla, luego rozó por fin mi rodilla como de casualidad y me susurró: «Puede ser, pero no hay que hablar de eso». Y volvió a balancear la rodilla un poco, para dar a entender que lo hacía porque sí, no como un signo de que tenía que escucharla bien. Luego, en el camino de vuelta a casa, retomó el tema de una forma tan breve que sus palabras ya contenían el silencio. Resumió la imagen del corazón con motitas negras y la sandía partida por la mitad en la breve palabra ESO, y dijo: «ESO de la Virgen María no se lo debes decir a nadie». Yo la obedecí, incluso después de su muerte, cuando ya vivía en la ciudad. Hasta que no comencé a escribir no tuve nada que decir al respecto.

Visto desde fuera, escribir tal vez se parezca a hablar. Sin embargo, desde dentro, escribir está relacionado con estar solo. La relación de las frases escritas con respecto a los hechos vividos es más bien como la del silencio frente al habla. Cuando pongo en frases lo vivido, todo muda de un modo fantasmagórico. Las vísceras de los hechos se envuelven en palabras, al escribir me siento como si colocase la cama en mitad de un bosque, la silla en el interior de una manzana, como si la calle transcurriera a lo largo de un dedo. Pero también pasa lo contrario: el bolso se hace más grande que la ciudad, el blanco de los ojos más grande que la pared, el reloj de pulsera más grande que una luna. Las cosas vividas suceden en un lugar concreto, uno tiene sobre la cabeza el cielo abierto o un techo cerrado, y tierra o asfalto o el suelo de una habitación bajo los pies. Uno está rodeado de horas, sus ojos ven luz o ven la noche. Hay algo más que uno mismo, personas o quizá sólo objetos. Existen un principio, una duración y un final del

correspondiente acontecimiento, como medida de referencia, se siente el tiempo, poco o mucho, en la piel. Y todo eso junto jamás sucede a través de las palabras. A lo vivido en tanto proceso no le importa lo más mínimo la escritura, no es compatible con las palabras. Lo realmente acontecido jamás se puede captar en palabras en una relación de uno contra uno. Para describirlo es necesario recomponerlo a la medida de las palabras y reinventarlo por completo. Agrandar, empequeñecer, simplificar, complejizar, aludir, elidir… una estrategia que únicamente cuenta ya con sus propios caminos y en la cual lo vivido no es sino un pretexto. Al escribir se arrastra lo vivido a un terreno distinto. Uno prueba qué palabra consigue qué. Ya no hay día o noche, pueblo o ciudad, pues lo que tiene validez ahora son sustantivo y verbo, frase principal o subordinada, el ritmo y la sonoridad, la frase y su cadencia. Lo sucedido en la realidad nos apremia como fenómeno secundario, con las palabras le propinamos una patada tras otra. Cuando ha quedado irreconocible, de repente volvemos a encontrárnoslo en medio. Hay que demoler las presunciones de lo vivido para poder escribir sobre ello, apartarse de cualquier camino real para tomar uno inventado, porque tan sólo éste podrá parecerse al primero.

Y al escribir tampoco se puede ni se debe permitir que aquello que nos es preciado se infle sin precaución, no podemos echarlo a perder vulgarizándolo con una mala frase. Siempre escribo pensando que las personas más importantes para mí van leyendo conmigo, incluso aunque ya hayan muerto, sobre todo si ya han muerto. Quiero acercarme a ellas con palabras. Ésa es la única medida con la que sé que cuento, que me sirve para valorar si las frases son lo bastante buenas o si son malas. Éste es un compromiso moral al escribir quizá un tanto ingenuo, disperso en pedacitos. Es lo contrario de adoptar una actitud de superioridad, lo contrario de cualquier forma de ideología… y, por lo tanto, también el mejor remedio contra ella. La ideología tiene la vista puesta en el Todo. A su juicio, las frases están permitidas o prohibidas. Para no salirse de lo permitido, los autores vinculados a una postura ideológica se limitan a investigar nuevas variaciones de las mismas piezas prefabricadas. Y sólo hay variedad dentro del rango en que no se cuestiona el Todo. Un compromiso moral interior que obedece a motivos enteramente personales resulta irritante a los amantes de la

ideología. Este compromiso no tiene que rendir cuentas al Todo, sabe incluso que todos los textos se salen de lo previsible, que huyen del terreno vallado que les ofrece la ideología. Escritas desde el compromiso interior, las frases no se clasifican en permitidas o prohibidas, sino en auténticas o impostadas.

Escribir convierte lo vivido en frases pero nunca en una conversación. Los hechos, en el momento de suceder, no habrían soportado las frases con que se escriben después. Escribir siempre es para mí balancearse sobre la cuerda floja entre revelar y guardar un secreto. Pero también ahí se producen cambios: al revelar las cosas, lo real deriva en lo inventado y en lo inventado trasluce de nuevo lo real, precisamente porque no se formula a propósito. La mitad de lo que la frase provoca al leerla no está formulado. Esta mitad no formulada hace posible que la cabeza se desboque, abre paso al *shock* poético, a lo que hemos de concebir como ese pensar sin palabras. O como también se le llama: sentimiento.

Muchos objetos jamás he llegado a averiguar qué son, pues se transforman constantemente según para qué se utilicen. Mi madre me ponía en la mano el cuchillo más grande que teníamos y me mandaba a la buhardilla, al ahumadero que teníamos junto a la chimenea. Allí colgábamos los jamones. Mi cometido era cortar una loncha y llevársela a la cocina. Mientras subía las escaleras me preguntaba cómo mi madre no temía que yo hiciera otra cosa con el cuchillo. Podía caerme y hacerme daño. Sin querer, podía cortarme la mano en lugar del jamón. Pero también podía suicidarme con el cuchillo. El cuchillo habría sido un objeto distinto cada vez que lo utilizara para algo distinto de cortar jamón. Yo alargaba el tiempo, a menudo me quedaba un rato largo en la buhardilla. Me parecía una muestra de indiferencia o incluso de desatención que, de vuelta en la cocina, mi madre me cogiera el jamón de las manos sin más. Aparte de cortar jamón no se le ocurría pensar en otra cosa, nunca se preguntaba qué había estado haciendo yo tanto rato con el cuchillo.

Uno habla del «pañuelo», pero ¿qué pañuelo? El pañuelo de llorar no es el mismo que se agita en el aire para despedir a alguien, ni es el pañuelo con que se venda una herida ni en el que uno se suena cuando está resfriado, y no es el pañuelo al que uno hace un nudo para no olvidar algo, ni el pañuelo donde guarda el dinero

atado para no perderlo ni el pañuelo caído en la calle porque alguien lo ha perdido o tirado. El mismo pañuelo nunca es el mismo. Cuántas posibilidades no enunciadas encierra una frase tan simple en apariencia como: «La mujer se guarda el pañuelo».

Una noche de verano en el cementerio del pueblo, el hijo del vecino me dijo: Para las almas de los muertos, el mundo no es más grande que un pañuelo. Nos mandaban al cementerio una vez caía la tarde, pasadas las horas de sol abrasador, porque las flores de las tumbas no convenía regarlas hasta que no hacía fresco. Detrás de la capilla del cementerio estaba el estanque. Las ranas croaban hasta el cielo. Cuando sumergíamos la regadera en el agua para llenarla, desde las hojas que rodeaban el estanque se zambullían unas ranas gordas como puños, y hacían un ruido sordo, como cuando en los entierros caen los terrones sobre la tapa del ataúd, y parecía que estuviéramos en nuestro propio entierro, oyendo el último adiós de los terrones en la tapa sobre nuestra cabeza. Llevábamos las regaderas llenas y veíamos cómo subía de las tumbas de desconocidos un vaho blanco. Regábamos las flores cada uno por nuestro lado, se terminaba enseguida, la tierra tenía sed. Luego nos sentábamos en las escaleras de la capilla y nos señalábamos mutuamente las tumbas desde las cuales salía flotando un alma. No hablábamos ni una palabra para no espantar a las almas. Una vez salió flotando un alma de una tumba vacía. El difunto había caído en la guerra muy lejos de allí, como el hijo de mi abuela. Su alma era una gallina escuálida. En la lápida ponía: Descansa dulcemente en tierra extranjera.

Hasta no emprender el camino de regreso no hablábamos de las almas. Siempre nos poníamos de acuerdo sobre un animal. Había almas de lagartija, almas de perdiz, de ganso blanco, de liebre y de grulla. Las almas de los muertos vuelan hacia todas partes, decía el hijo del vecino, para ellas el mundo no es más grande que un pañuelo.

¿Y cómo llega un sudario sobre la hierba a parecer un pañuelo en una foto? ¿Y cómo llega la fotografía del hijo muerto a servir de marcapáginas en el libro de oraciones de su madre? ¿Cómo entra toda una muerte en una fotografía en blanco y sepia que no es más grande que una caja de cerillas? ¿Cómo se hace tan pequeña y aún deja un dedo de margen para la hierba a su alrededor? En el

pañuelo sobre la hierba, el hijo de mi abuela, hecho pedazos por una mina en la guerra, parece un puñado de hojarasca putrefacta arremolinada por el viento. ¿Cómo puede una fotografía del frente a modo de certificado de defunción atreverse a confundir sudario y pañuelo, persona y hojarasca? La pérdida del hijo era una carga de la que nadie podía relevar a mi abuela. Igual que a mí me recordaban a mi padre muerto los albaricoqueros, a mi abuela le recordaba a su hijo muerto el acordeón que tocaba en vida. El acordeón era el objeto dejado en representación de su persona. A pesar de su forma, con una especie de escalón para el teclado, el estuche del acordeón parecía un ataúd. Tal y como habían enterrado al hijo en pedazos en una fosa común en las cercanías de Mostar, aún le hubiera sobrado la mitad del espacio dentro del estuche. Mi abuela veneraba aquel ataúd de acordeón, lo tenía entre la estufa cerámica y la cama, en el cuarto de las visitas. Según se entraba por la puerta, captaba la atención. A veces, cuando todos los miembros de la casa estaban lo bastante lejos en el jardín, yo abría el estuche y miraba el acordeón. Las teclas blancas y negras se parecían al sudario blanco y a la hierba negra de la fotografía. El estuche del acordeón era el objeto de culto de mi abuela. Entraba a diario en aquella habitación donde no vivíamos nosotros sino el estuche del acordeón. Lo contemplaba en silencio, como se contempla a los santos en las iglesias, pidiéndoles ayuda sin palabras. Mi abuela tenía a su hijo muerto en medio de la casa, olvidaba que un acordeón no puede ser una persona, que a un acordeón le es indiferente a quién pertenece. ¿Cómo llega una madre a confundir un acordeón con su hijo? ¿Qué frases pueden ser válidas para describir cómo la pérdida se encarna en un objeto que, sin ningún motivo lógico, se presta a proyectar en él a la persona desaparecida? ¿Y cómo su marido, quien hasta 1945 tenía tierras que rodeaban todo el pueblo y era comerciante de grano y de ultramarinos y a quien, tras ser expropiado por el socialismo, lo único que le queda es un baúl de libros de cuentas para trenes de mercancías enteros llenos de cereales o café en grano… cómo acaba este hombre rellenando las columnas de sus libros de cuentas, concebidas para pedidos en toneladas, con sus irrisorios gastos cotidianos? En la primera columna, el libro pone: Artículo, y él anota: «Cerillas». La segunda columna es: Cantidad – Vagones/

toneladas, y él anota «1 paquete». La tercera es: Precio en cientos de mil/en millones, y el abuelo anota: 2 lei/05 bani (al cambio en Alemania serían 2 marcos/05 pfennig[28]). Las tierras, la maquinaria agrícola, sus cuentas del banco, sus lingotes de oro… el Estado socialista le expropió todo. También su casa y la granja con todas sus inmediaciones pasaron a manos del Estado. A él sólo le correspondían dos habitaciones de la casa para vivir con su mujer, su hija y su yerno. Todas las demás se utilizaban como almacenes de grano: trigo y cebada y maíz de suelo a techo. Desde comienzos del verano hasta el final del otoño, los camiones cargados hasta los topes entraban por la puerta trasera y se marchaban vacíos por la parte delantera. Mi abuelo, célebre comerciante de grano en Viena en sus tiempos, era tan pobre después de que el socialismo expropiara a la «clase explotadora» que no tenía dinero ni para la barbería. Lo único que le dejaron fueron los libros de cuentas que ya tenía encargados y que le hubieran alcanzado para otros diez años de actividad; un baúl entero.

Ante aquella humillación, mi abuelo comenzó a anotar sus quisicosas diarias en las columnas de los libros. «Para que no se me oxide el cerebro», decía. Pero en realidad buscaba un punto de referencia en aquella práctica que documentaba su caída. Buscaba la dignidad precisamente en la confrontación con su caída. Nunca se quejaba, sólo anotaba en las columnas las nimias compras hechas en la tienda del pueblo: 1 metro de cabo para la lámpara de petróleo, 3 metros de goma para pantalones, 1 tubo de pasta de dientes o 1 frasco de mostaza. Echaba la cuenta de los gastos del día y luego de la semana, del mes, del año. Tal vez las letras impresas de los epígrafes frente a lo que apuntaba a mano el hombre al que ya no le quedaba nada le enseñaban, sin palabras, tanto como me enseñaban a mí las dalias del jardín después de los interrogatorios. O tanto como los poemas que recitaba para mis adentros para tener algo a lo que aferrarme a diario. Porque, igualmente, siempre eran poemas en los que constataba que mi vida no tenía salida. Nadie podía convencer a mi abuelo de que olvidara sus condenados libros de cuentas. Hasta que no llegué a la ciudad y me acostumbré a recitarme poemas en silencio no comprendí que los libros de cuentas del abuelo no eran sus oraciones sino sus poemas. Si acaso, sus dalias.

Debido a la proximidad de las plantas a la que había estado sometida en el pueblo de niña, luego también atribuía intenciones especiales a las plantas de la ciudad. Hostiles como el maíz del pueblo eran, en la ciudad, la tuya y los abetos. Eran las plantas de los amos, mientras que las dalias y los álamos eran las plantas de los que no tenían donde agarrarse. Quiera uno o no, las cápsulas de la tuya y las piñas de los abetos parecen urnas en miniatura. Esas plantas habían abandonado su naturaleza, yo estaba convencida de que guardaban lealtad al Estado. Entre las plantas de los amos se contaban también los gladiolos, con los que se confeccionaban los ramos en las celebraciones del régimen, y adornaban las tribunas enmarcados con delicados helechos, marchitos mucho antes. Gladiolos como porras floridas, claveles rojos como símbolo del Partido. Y también había animales de los amos: las gaviotas carnívoras del Danubio y los perros de vigilancia de los policías, celadores de las cárceles y guardias de frontera. Las cadenas de hormigas tan sólo se comían el interior de las paredes de las casas de la gente pobre. Las pulgas y los piojos tan sólo atormentaban su piel. Y las moscas. Con mi grupo de amigos, por las noches jugábamos a un juego con las moscas. Lo llamábamos: «La autocrítica de la mosca». Dábamos la luz en la cocina y nos sentábamos todos en la habitación, a oscuras, alrededor de la mesa. En el momento de dar la luz de la habitación, pronunciábamos en alto el nombre de un miembro de los servicios secretos, previamente convenido. Como la luz atrae a las moscas, en pocos segundos aparecía volando el agente en forma de mosca zumbona. Y lo primero que hacía era posarse en la mesa, puesto que era el punto más luminoso de la habitación. Nosotros rompíamos en carcajadas desmesuradas, comentábamos la trayectoria de la mosca mientras revoloteaba por la habitación. O a veces el juego iba al revés: le dábamos a la mosca el nombre de alguno de nosotros, y lo repetíamos hasta que todos habíamos entrado volando en la habitación en forma de mosca. Hasta que la mosca nos demostraba que estábamos todos porque todos seguíamos con vida. Por entonces, todavía estábamos todos, luego ya no. Luego llegó la cara nocturna. Quizá sea por eso que, después, en lugar de jugar con las moscas lo hiciera con palabras recortadas de periódicos.

el silencio atraviesa a ser posible
la casita de una manzana
como las señoras con sus perritos
como los nombres por el periódico
como los investigadores por el verano
hambrientos de viento y tierra
la cara nocturna de la garganta
la trajo una vez una mosca
que venía de la cocina

Lo que de un modo tan llano suele llamarse Historia también fue la cara nocturna de la garganta para todos y cada uno de los miembros de mi familia desde el nazismo hasta los años cincuenta. A cada uno de ellos lo llamó a cuentas la Historia, y cada cual tuvo que presentarse ante ella, fuera como víctima o como verdugo. Y cuando la Historia volvió a soltarlos, ya ninguno de ellos estaba intacto. Mi padre ahogaba su época de soldado de las SS en el alcohol. Mi madre luchaba como podía con la muerta de hambre pelada al cero que había sido durante la deportación, mi abuela veneraba el cofre del acordeón, mi abuelo no soltaba sus libros de cuentas. A cada uno de ellos se le mezclaban en la cabeza cosas incompatibles entre sí. En realidad, no alcancé a comprender los daños que sufrían aquellos mis familiares hasta que no me vi yo misma en una situación desesperada. Fue entonces cuando realmente tomé conciencia de que una herida demasiado profunda deja los nervios destrozados para siempre. Que las consecuencias de tener los nervios destrozados se manifiestan después, es más: incluso se extienden a las épocas anteriores. La herida no sólo cambia las cosas que suceden después, sino también las anteriores, las que no habrían tenido nada que ver con ese tajo en la vida si a la vida nunca le hubieran asestado el tajo. Todo se ve arrastrado hacia ella porque la herida es como un imán, ni en la cabeza ni en la vida entera se puede concebir nada en lo que no repercuta. Cuanto sucediera antes se contempla, a posteriori, como si sólo hubiera sido —de un modo latente y, por lo tanto, desapercibido— un inequívoco anuncio de la pérdida que habría de producirse más adelante, un prólogo frívolamente ignorado.

A los diecisiete años fui por primera vez al Mar Negro, con una

clase del colegio. Agua verde con espuma blanca. A mis ojos, sensibles al verde del pueblo, era la mayor pradera llana que había visto jamás, cubierta de la mayor cantidad de flores de berro de prado que pudiera existir jamás. Una inmensa pradera a punto de desbordarse. Yo estaba familiarizada con los campos de pastoreo, que se extendían hasta el cielo y eran tan llanos que se veía a cualquier persona desde muy lejos. Al verse todo tan claro, sobre todo al ser uno tan impunemente visible para sí mismo, tan transparente desde los dedos de las manos hasta los dedos de los pies, el cielo casi te tragaba. Uno violentaba el interior de la cabeza, nunca lo que había bajo los pies. Probablemente me atreví a meterme en aquel agua tan profunda porque confiaba en los pastos verdes, y no reparé en que no sabía nadar. El suelo había desaparecido, la pradera a punto de desbordarse se convirtió en un agua tan profunda como para ahogarse. Ni siquiera intenté nadar, sólo pensaba: ahora me va a comer el mar. Perdí el conocimiento, lo recuperé luego en la orilla, mucha gente formaba un corro a mi alrededor. Alguien había visto que me ahogaba y me había sacado a terreno seco. Estaba tan confusa que ni se me ocurrió preguntar quién había sido. Ni siquiera di las gracias. Al día siguiente, cuando al fin formulé la pregunta, todos se encogieron de hombros y dijeron: fue un desconocido que se apresuró a alejarse de la gente después de hacerte la respiración artificial.

Durante los once días que le restaban a las vacaciones, el agua fue para mí una especie de frontera de lo accesible. Pasaba el tiempo sobre el asfalto de los cafés, como si el mar no existiera; sin embargo, allá donde fuera me veía ahogándome. El agua no cesaba de llenarme los oídos. A la desidia del momento de ahogarme le había seguido el terror, y no podía librarme de él. Luego conté cosas del mar, a los de casa no les dije nada del incidente, guardé silencio sobre el hambre del mar que quería comerse mi carne, del mismo modo que me había callado el hambre de carne de la tierra. Si no hablo de eso, el terror se adormecerá en mi interior, o así me lo parecía. Si hablo, se despertará de nuevo. Y cuando escribí sobre ello, desplacé el escenario a otro sitio, inventé lagos glaciares en las montañas porque están muy altos y todavía más cerca del cielo.

Diez años después de estar a punto de ahogarme en el mar, estaba tan hastiada del acoso de los servicios secretos que pensé en

poner fin a esta mierda de vida tirándome al río. Seguía sin saber nadar, eso estaba bien. Pero también seguía odiando la alevosía del agua. No obstante, a la orilla del río me metí dos piedras en los bolsillos del abrigo. Era primavera, el sol era templado, los álamos temblones desprendían un olor amargo y dulce a la vez, como el caramelo. Sentía una ligera euforia ante la idea de escapar del cerco en el que me tenían encerrada. Escapar de la vida, sin decir nada, qué lista, pensaba, y así, cuando el interrogador pretenda destrozarme la próxima vez, no dará conmigo. Y se verá monstruosamente solo sobre las manchas de sol del condenado suelo. La idea de quitarme la vida, una vida que me habría gustado si no me la hubieran echado a perder así, ya no importaba. Para mí ya no había nada más allá del miedo a que me matasen. Cuando pienso en ello desde mi perspectiva de hoy, me parece ilógico: si sentía ese miedo era porque quería vivir. Pero estaba al límite de mis nervios y sentía tal fijación por los metemiedos[29] que se me antojaba un triunfo quitarme así de su alcance. Se me antojaba una manera tan eficaz para vengarme de ellos que no se me ocurría que también implicaba unas consecuencias irremisibles para mí misma.

Me había metido dos piedras en los bolsillos del abrigo, tan gruesas que las solapas no cerraban. Todo era perfecto, entonces ¿por qué volví a dejar las piedras en el suelo? Me fijé muy bien en el sitio de la orilla donde las deposité. Las conocía y ellas me conocían a mí, y sabía que, si así tenía que ser, volveríamos a reunirnos. Estaba en paz conmigo misma, y regresé a la ciudad muy tranquila. Había ensayado la muerte, ahora conocía los movimientos con los que se alcanza. La muerte me dejaba marchar, pero no me rechazaba. Yo lo sentí como un aplazamiento, porque el agua aún estaba muy fría ya que el sol de primavera tan sólo la lamía medio dormido. Más tarde escribí: «La muerte me silbaba desde lejos, tenía que tomar carrerilla para acudir junto a ella. Casi lo tenía controlado. Tan sólo una pequeña parte de mí se resistía. Quizá era la bestia de mi corazón[30]». Y mucho más tarde compuse un *collage* con palabras recortadas de periódicos en el que lo inventado deja traslucir mis verdaderas piedras de río:

> en el centro del día Heinrich salió de su empresa
> un pájaro cantaba a lo largo del viento sobre el canal

un lunar del cielo se balanceaba
el tramo de alambre como una costura de pantalón Heinrich
caminaba sobre piedras se metía en la levita y pantalón
las más grandes de las pequeñas de tanto peso de granizo
reluciente
como si él nunca hubiera sido su único
motivo el agua a punto de desbordarse para
hundirse hasta el fondo el pájaro tiene un nido
donde su garra agarra el fresno y en la cara un
aparato cantor y ropa blanca negro monja

Como tantas otras cosas, pocos días después del ensayo con las piedras a la orilla del río, los servicios secretos se apresuraron a confiscarme el deseo de morir ahogada. Un interrogador al que no conocía vino a verme a la fábrica, cerró la puerta de mi oficina por dentro, dejó la llave encima de la mesa, se sentó y me pidió agua. Yo le serví un vaso de agua mineral, él me miraba fijamente. Nunca ha tardado tanto en llenarse de agua un vaso. Aunque ni yo misma sabía en qué pensaba en ese momento, tenía la sensación de que él lo veía, como si lo llevara escrito por dentro. Aunque el interrogador había cerrado la puerta, parecía que no estaría realmente dentro de la habitación hasta que no estuviera lleno el vaso. Reinaba un silencio tan profundo entre ambos que se oía crepitar las burbujitas de agua. Luego, comenzó a gritar, se puso furioso y derramó un poco de agua mineral. Abrió tanto los codos sobre la mesa y levantó tanto los hombros que tuvo que encoger el cuello. Se le quebraba la voz, la arteria del cuello se le había hinchado tanto que parecía un alambre de color azul. Como estaba sentado en mi silla, yo me había quedado de pie, con la espalda pegada al armario, y me limitaba a intercalar alguna frase sin sentido con voz de pajarito. Mi miedo había adoptado una apariencia de calma. Él tuvo que darse cuenta de que no iba por buen camino, porque cambió de táctica. Tragó saliva, se secó la frente con el reverso de la mano, afirmó que yo le estaba tomando el pelo, cuando ni siquiera me había dado ocasión de hablar, y también confirió a su voz un tono de aparente serenidad. Se levantó la punta de la corbata, la colocó sobre la mesa junto al vaso, la miró como si quisiera contar las rayas y, como si así me reconciliara con algo, me dijo: «Está bien, te meteremos en el agua». Luego levantó

el vaso de la mesa, y la punta de la corbata se levantó con él, y lo apuró de un trago. Mientras se limpiaba la boca, yo pensé en mis dos piedras a la orilla del río y supe que no lo haría nunca. «No me tiraré al río jamás. Él desea mi muerte, me amenaza con ahogarme en el río, pues ya puede esforzarse a fondo y al menos llevar a cabo ese trabajo sucio con sus propias manos». A partir de ese día me mantuve lejos del río, aunque nunca tanto como para olvidar dónde había dejado las piedras, ni siquiera cuando pasaba por encima de él en el tranvía estaba tan lejos. El sol había entrado en el verano, seguro que ahora el agua ya no estaba fría. Cerca de mis piedras florecían los típicos cardos del Bánato, apretadas bolas de un verde cobre grisáceo.

Los servicios secretos no llevaron a cabo aquel trabajo sucio por mí, ni yo tampoco por ellos. El que el interrogador apurase un vaso de agua mineral de un trago al tiempo que hablaba del ahogamiento me dio tanto asco que, en cuanto se marchó, vacié lo que quedaba de la botella por el desagüe y tiré el vaso a la papelera para no volver a beber de él nunca más. Y, a la mañana siguiente, lo encontré de nuevo encima de mi mesa. La señora de la limpieza debió de creer que estaba en la papelera por accidente. Para tener la certeza de que me libraba de él, lo metí en el bolso al terminar la jornada y, de camino a casa, lo arrojé con fuerza contra un poste en una polvorienta calle secundaria. Pasó un camión y no lo oí, el ruido del vaso al hacerse añicos fue menor que el crepitar de las burbujitas de agua en el vaso el día anterior. Y en mi cabeza daba vueltas una frase que había dicho un amigo mío en cierta ocasión: «¿Qué idioma es ese en el que ni siquiera hay una palabra para el cadáver de un ahogado?»[31]. Tras la amenaza del interrogador del vaso de agua, aquella frase se convirtió en un consuelo para mí: si en rumano no hay una palabra para los cadáveres de los ahogados, pensaba, los servicios secretos tampoco me podrán ahogar. Cómo voy a ser una cosa para la que no tienen palabra en su lengua. Aquella categoría vacía del vocabulario rumano era para mí como un escondrijo. Tenía la esperanza de que no me pillaran; si la cosa se pone fea, me esfumaré, me refugiaré en el hueco donde no hay palabra. A mis amigos les hablé del interrogatorio, del vaso de agua apurado, les describí la corbata. Sin embargo, no mencioné que había vaciado el resto del agua de la botella ni que había tirado el

vaso. Y ni mucho menos mencioné el escondrijo por el que me esfumaría.

En un verano posterior vi el cadáver de una mujer joven en el cementerio de los pobres. Acabó con mi ilusión de que no te podían ahogar porque en rumano no había palabra para el cadáver. Aquella mujer me causó un *shock*; yo, a cambio, le regalé dos cerezas.

Para variar, habían registrado el piso de uno de mis amigos en su ausencia. Y, para variar, habían disimulado el registro como si alguien hubiera entrado a robar. Conocíamos el juego, se repetía varias veces al año en nuestras respectivas casas. Los libros y papeles estaban revueltos, las fotografías sacadas de sus marcos, el dobladillo de la cortina descosido. El dinero y las joyas estaban intactos. Siempre que terminaban de registrarlo todo, se llevaban un único objeto de escasa importancia, algo tan común que casi pasaba desapercibido: un despertador, un reloj de pulsera, una radio de bolsillo. Y, antes de marcharse, rompían la puerta para simular un robo con allanamiento. La policía siempre llegaba a la casa antes que uno mismo. En la declaración policial, aquellas intervenciones de los servicios secretos siempre se registraban como robos porque, al fin y al cabo, faltaba un objeto. Y en algún momento llegaba también una citación de los juzgados. Los servicios secretos le endosaban los objetos que se habían llevado a algún preso que ya tuvieran en la cárcel por robo. El preso era llevado ante el tribunal y tenía que confesarse autor del robo en la casa. Lo que le robaron a mi amigo aquella vez fue un pequeño transistor, y recibió la noticia de que el ladrón, Ion Seracu, había muerto en la cárcel. Mi amigo trató de averiguar en el juzgado la dirección de su familia… y le dijeron que no había familiares, que el difunto ladrón no tenía a nadie. Quisimos corroborar la información. Sabiendo que los muertos sin familiares iban al cementerio de los pobres, fuimos allí. Pero también lo hicimos porque el nombre del presunto ladrón era muy raro: Seracu. SARAC significa en rumano POBRE. El cementerio estaba rodeado de gruesos muros de hormigón y se decía que era el lugar donde el Estado enterraba a sus víctimas. Era alrededor del mediodía, pleno verano, hacía un calor abrasador. En el cementerio crecían las hierbas hasta la altura de la rodilla, sus colores brillaban al sol con una intensidad que hería los ojos. Por los senderos abiertos a fuerza de pisadas deambulaban escuálidos

perros vagabundos con pedazos de cuerpos en la boca, dedos de manos, orejas, dedos de pies. Encontramos la tumba con el nombre de Ion Seracu. Había un ramo de flores sobre ella, y no eran flores silvestres, eran rosas. Aún estaban frescas, y con lo caluroso que era el día, era evidente que no llevaban allí mucho tiempo. Poco antes de llegar nosotros, alguien había ido a visitar al muerto. ¿Quién?

En el centro del cementerio había una casita de hormigón. Alguien había hecho una pintada en la pared: «chupasangres». La casita tenía una apertura muy estrecha a modo de puerta, de la que carecía. Junto a la pared había una pila con un grifo; en el centro de la estancia, una mesa de hormigón. Y encima de la mesa yacía el cadáver de una mujer desnuda. Tenía los tobillos atados con alambre, también una de las muñecas estaba rodeada de alambre, estaba roto, se veían las profundas marcas en la otra muñeca. El pelo, la cara y el cuerpo estaban cubiertos por una gruesa capa de barro. La muerta era justo aquello para lo que el rumano no tenía palabra: un cadáver de agua. Un cadáver de agua no era una ahogada en el sentido pasivo de la palabra, sino en el activo: ahogada porque alguien la había ahogado. De camino al cementerio, por la simple razón de que habíamos pasado junto al mercado, yo había hecho la tontería de comprarme un cucurucho de cerezas. Como no sabía qué hacer, metí la mano en el cucurucho y coloqué dos cerezas en las dos cavidades que formaban los ojos hundidos en el cráneo. Nos marchamos, no pronunciamos ni una palabra hasta llegar a la salida, apenas podíamos flexionar las piernas. Las hierbas del cementerio eran de una belleza insoportable, yo sentía que estaban hambrientas y querían comerme. Me sentía como si fueran a convertirse en piedra para no dejarnos salir por el portón. ¿Las plantas eran una ofrenda floral a los muertos que no tenían familiares o un buen camuflaje de flores para los asesinatos del Estado? ¿O ambas cosas? O tal vez ninguna de las dos, sino tan sólo una estúpida necesidad, fruto inevitable del miedo, de procesar en nuestra cabeza lo que los nervios no pueden soportar. Mi amigo y yo hablamos a los demás, a los más íntimos, de las rosas sobre la tumba y de la casita con la mujer atada. Sin habernos puesto de acuerdo, ambos callamos lo de los perros y lo de las cerezas. Sobre las hierbas fui yo sola la que guardó silencio, pues estaba acostumbrada a hacerlo desde siempre.

Cuando, más adelante, ya vivíamos todos en Alemania y nos habíamos propuesto hablar de la desmesura de los crímenes de Ceausescu, nuestros amigos nos dijeron a los dos que habíamos ido al cementerio en aquella ocasión que era mejor no decir nada del cementerio de los pobres: «No os va a creer nadie, con esas cosas tan sólo se queda uno en ridículo. A lo sumo pensarán que estamos todos locos y ya no se creerán nada de lo que contemos». Así pues, jamás mencioné el cementerio de los pobres cuando tenía que proporcionar ejemplos de la radicalidad del régimen. Me serví de ejemplos más inocuos y comprobé que aquella advertencia había sido acertada: los ejemplos inocuos ya resultaban desmesurados en Alemania. Ahí comencé a albergar la sospecha de que mi cabeza no funciona bien. Recuerdo la época de la dictadura como una vida suspendida de un hilo muy fino en la que cada vez sabía mejor lo que no puede decirse con palabras.

Nunca me he apartado de esas cosas que sabía y cuya mención me hubiera hecho quedar en ridículo, y al escribir nunca he podido dejarlas de lado. Me he empecinado en acercarme a las hierbas del cementerio, en retenerlas desde su otra cara y desde la distancia temporal por mi parte, en cortarlas a la medida de las palabras volviéndolas irreconocibles por lo inventado. Arrancada del cementerio de los pobres, la «bestia del corazón» representa una conciencia instantánea que siempre retorna con distinta forma: «Con las palabras en la boca aplastamos tantas cosas como con los pies sobre la hierba, pensé. Pero también con el silencio». O: «La hierba despunta sobre la cabeza. Cuando hablamos queda segada. Pero también cuando callamos. Y entonces, la segunda y la tercera hierba crecen a su antojo. Y pese a todo, somos afortunados». O: «Quería que el amor volviera a crecer como la hierba segada. Que crezca distinta, como los dientes de los niños, como cabellos, como uñas. Que crezca como quiera». Y más adelante dice el texto: «Hoy la hierba escucha mientras hablo de amor. Tengo la sensación de que esa palabra no es sincera consigo misma[32]».

La madre pelada al cero, las borracheras de un padre, el ataúd de acordeón de una abuela, los libros de cuentas de un abuelo, las caras de una dalia, la traición de una amiga, la ambigua belleza de las hierbas de un cementerio podrían, tal vez, reemplazarse por otros ejemplos para hablar de la vida. Pero también en esos otros

ejemplos encontraríamos cosas que habrían trabado contacto con la «cara nocturna de la garganta» y también para éstos resultaría acertada la frase: «Cuando callamos, resultamos desagradables… cuando hablamos, quedamos en ridículo».

Agarrar una vez… soltar dos veces

Los diversos momentos del pasado no podrían aparecerse tan nítidos y frescos en mi presente si los hubiera analizado y comprendido en su día, cuando eran momentos vividos. Tal vez en su día yo tenía demasiado que hacer o que evitar. Cada cosa que sucedía iba envuelta en una pequeña cámara de vacío destinada a aquello que mi cerebro no sabía cómo procesar, para luego darle vueltas sobre dónde y cómo, con quién y cuándo hablar o callar. Bajo la vigilancia del régimen, se trataba de estirar al máximo los límites de lo prohibido, y, en las reuniones de la fábrica o durante los interrogatorios, manifestar el asco mediante el silencio, de mostrar una postura evidente pero no demostrable. Y, cuando no había más remedio, hablar pero sin responder a nada, retomar las preguntas utilizando algunas de sus palabras en el propio discurso. Pero justo con esas palabras correr en zigzag, contar algún embuste, crear una nebulosa. Tal vez, instintivamente, necesitaba mantener la distancia con respecto a todo aquel retorcimiento, guardarme de que no me calase en la cabeza en todas sus dimensiones, añadir a cada horror conocido un punto de ignorancia que acompañara mi percepción, impidiéndome comprender sus consecuencias. Creo que la cabeza tiene un mecanismo para eso, un sistema de protección que funciona como una barrera y se cierra como cuando pasa un tren a toda velocidad. Porque hoy en día aún me da vergüenza lo poco que comprendía entonces del alcance de las cosas. Me asombra la poca cuenta que me daba de que cada presente, una vez pasado, me dejaba un bagaje para el futuro. En el después ya no importa nada la diferenciación entre pasado y presente. El tiempo recordado de entonces y el hoy, que con cada día que pasa se convierte igualmente en tiempo recordado, no deambulan por mi memoria en orden cronológico, sino tan sólo como distintas facetas de las cosas. Siempre confluyen detalles nuevos, que se recombinan

y parecen distintos con cada nueva combinación. Por la cabeza nos ronda el alcance último de las cosas. Frente a lo que creíamos saber de ellas, el después es desvergonzadamente nuevo. Ese alcance último regatea con el presente justo por aquello que, en su día, no era necesario hacer y no parecía digno de mención. La mezcla con el presente tiene la aviesa propiedad de liberar la tercera, quinta o vigésima faceta del tiempo anterior, los hilos discretamente ocultos en su día por estar aún demasiado cerca, a la espalda, o demasiado lejos ante nuestros ojos. La memoria tiene su propio calendario: algo que queda muy atrás en el tiempo bien puede reaparecer como pasado inmediato, sucedido ayer. Podría decir: en el vaivén de agarrar y soltar encuentro mi «pasente» en el «presado». Tengo que poner un ejemplo.

Al poco de llegar a Alemania, fui en tren a Marburgo, y allí me encontré con INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI[33]. En Marburgo me hospedé en la residencia de la Universidad, en el parque junto al Lahn. Me puse a contemplar el agua, repetí la sílaba LA y la estiré hasta que el nombre del río LALA me sonaba como una canción y lo notaba fresquito en el paladar. En el río se veía que el lecho de gravilla no era profundo, sólo era intenso el color verde del parque, y el edificio de la residencia era tan blanco que resplandecía en el agua. Todo aquello desprendía una belleza aterradora para quien llegaba con los nervios destrozados y exiliada de un país muy pobre. Por eso, a solas, quería jugar a mi jueguecito del LALA, acercarme a aquel lugar intacto que tanto más claramente ponía de manifiesto el trastorno que yo padecía. Quería obligarme a trabar confianza con aquel lugar, acostumbrarme de nuevo a la serena contemplación de la belleza, no volver a pensar automáticamente que yo había dejado atrás la dictadura pero que otra gente a la que quería aún estaba allí y aún le arruinaban la vida allí. Quizá hubiera logrado mi propósito entonces de no ser por tres patos blancos. Tomaban un trago de agua con el pico, agitaban la cabeza y los pies de aletas amarillo huevo en el agua, mascaban un rato las gotas y luego las dejaban correr de nuevo pico abajo. No bebían, comían agua… sus picos eran cubiertos de oro; sus aletas, grifos de oro que mezclaban el agua fría con la caliente. No vas a pensar en eso ahora, me proponía, cuando ya llevaba rato pensando en los cubiertos de oro y los grifos de oro del dictador. Mientras yo

contemplaba los patos, él seguía en el poder. Y es que, cuando yo todavía vivía en Rumanía, circulaba aquel horrible rumor de que Ceausescu comía con cubiertos de oro y tenía grifos de oro en el baño.

Así es como se unen detalles de ahora y de entonces. Sin querer, sin motivo, sin permiso, así surge el «pasente» en el «presado». En su día no quise dar crédito al rumor del rey del oro en el país de la miseria. Hasta que no me quedó más opción que creerlo cuando, mucho después de mi estancia en Marburgo, el inventario que se hizo de los bienes del dictador caído demostró que era cierto. ¿Por qué me vendría a la cabeza el dictador comiendo con sus cubiertos de oro y mezclando el agua con sus grifos de oro precisamente al ver a los patos del Lahn, si nunca antes había prestado atención a aquel rumor? Era un rumor que siempre circulaba durante la hora de comer, mientras en la nave de la fábrica, entre charcos de aceite de las máquinas y con un calor sofocante o con un frío de perros, el «proletariado» desenvolvía su pan duro con tocino rancio de su papel de periódico, masticaba deprimido y se pasaba la botella de aguardiente. Yo pensaba que aquel rumor era un disparate, sonaba como la estúpida idea de la riqueza que tienen los parias. Sin embargo, en Marburgo me entraron arcadas al ver a tres patos blancos paladeando el agua en el pico y mezclándola con sus patas doradas. Mi desprecio por el dictador advenedizo se remontaba muchos años atrás, mi cabeza tenía conciencia de ello. Ahora bien, mi cabeza también conocía al menos a tres docenas de trabajadores que, desde mi partida, seguían comiendo tocino rancio entre los charcos de aceite día tras día, también aquél en que yo contemplaba a los patos. Ya me había pasado varias veces en Alemania que, al servirme en un restaurante, me echaba a llorar porque me venía a la mente la comida entre los charcos de aceite. Tenía hambre pero se me quitaban las ganas de comer, porque pensaba que quería a muchas personas que ni siquiera eran conscientes de la cantidad de cosas de las que les privaba la dictadura.

En el Lahn, tres patos blancos encarnaron el pasado. Se me revolvió el estómago de verlos paladear el agua y la cabeza empezó a darme vueltas, el río brillaba y se levantaba en vertical. ¿Es eso sufrir un daño irremediable? ¿Que, en un lugar intacto, a mil kilómetros de distancia de la miseria, el despreciado dictador,

literalmente, aún pueda retorcerle a uno las vísceras?

En momentos así, cuando el presente y lo pasado se entremezclan y se despojan de su sentido y ambos se deforman hasta dimensiones inesperadas, uno se siente desquiciado por completo sin dejar de ser perfectamente normal. Es grotesco porque te ves a ti mismo como si fueras otro, te dejas avasallar a la vez que te proteges, te convences con las excusas más tontas y de nuevo dejas de creértelas. Pero ese vaivén entre convencerte y dejarte de convencer no cesa. Es imposible que un rey de la miseria hipocondríaco y decrépito sea cómplice de tres patos, se dice uno. Los crímenes que haya cometido no guardan absolutamente ninguna relación con ellos. Tal vez sea ésa la clave: es justo esa absoluta falta de relación lo que hace posible la conexión frente a la naturalidad del río. Podrías pasear y las aguas del río podrían correr y luego, unos días más tarde, podrías decir: qué bonito, el Lahn. Del oro de los patos al paladear y mezclar el agua, sin embargo, no puedes decirle nada a nadie, nada de lo desquiciada que estás en tu tremenda normalidad. Jamás dirás una sola palabra de Marburgo y de aquel ataque de asco autoprovocado junto al río. Guardarás silencio, incluso cuando tu amiga te señale las botellas de agua mineral de la región del Lahn en la tienda y te diga: «Anda, si tú estuviste en el Lahn». Te limitarás a pronunciar un escueto SÍ, que te sonará igual que LALA, y cambiarás de tema como si te diera igual si Lahn es un agua, una calle o una enfermedad. Te guardarás de que se te note el Lahn, te callarás para que los demás piensen que simplemente no tienes sensibilidad para los bellos paisajes, para el presente en Alemania.

Sobre los patos del Lahn hay otra cosa más que mencionaba al principio. En el viaje a Marburgo conocí a INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI. No creo que estuviera dormida, mantuvo los ojos cerrados durante horas, su cometido era dormir. ¿Conocen ustedes a INGE WENZEL? Treinta y pocos años, hueco cabello rubio, cara estrecha, cuello esbelto con cadenita de oro que, acorde con la inclinación de la cabeza durmiente, cae junto al tirante de su camisón blanco. No sé de qué color tiene los ojos, pues allí en el compartimento cumple con su cometido de dormir. La almohada y el edredón son de un amarillo apagado. El camisón blanco fue lo primero que llamó mi atención cuando me senté junto a la

ventanilla, en la dirección de la marcha. Un camisón con tirantes de tres dedos de ancho, como el que me había hecho mi abuela el invierno que me iba a estudiar a la ciudad. El camisón de INGE WENZEL iba en mi bolsa de escay durante mi viaje desde mi hogar en el pueblo hacia el mundo. Me acuerdo de todas las fases de la confección de aquel camisón: de cómo lo cortó y lo cosió mi abuela y de cómo se las tuvo que ingeniar. La tela era escasa y el camisón habría quedado más corto de lo que era decoroso si se hubiera cosido por los hombros. Para hacerlo más largo, a mi abuela se le ocurrió la idea de los tirantes. Ganábamos veinte centímetros. Pero los hombros desnudos habrían resultado igual de poco decorosos. Los tirantes tenían que tener unos tres dedos de ancho y así quedaría un recatado escote rectangular. Pero la tela no daba más que para tirantes de un dedo de ancho. Más bonitos todavía, dijo mi abuela, un poco incómodos para dormir, pero también es verdad que los edificios de hormigón de la ciudad no son tan fríos como las habitaciones de las casas de pueblo… y si resultaban un tanto atrevidos —por no decir de lo más ordinarios—, para la ciudad eran justo los adecuados. Tras muchas probaturas, mi abuela le puso al camisón aquellos tirantes demasiado estrechos y se dio por contenta, recogió los alfileres, la tijera y el hilo, puso la tapa a la máquina de coser, planchó el camisón y lo metió en mi maleta como parte del «ajuar para la ciudad». Pero unos días después lo volvió a sacar. Empezó a añadirle a los tirantes un borde de ganchillo, un dibujo con agujeritos ovalados. Con aquellos bordes de ganchillo el camisón sólo resultaba más «ordinario» todavía. No me cabe en la cabeza cómo mi abuela no se daba cuenta. Nunca sabré si su intención era resaltar o disimular lo indecoroso del camisón al hacer la tira de ganchillo de agujeritos ovalados cada vez más ancha y primorosa. O quizá sólo encadenaba una fila de puntos tras otra porque el camisón estaba terminado pero el invierno aún se prolongaba. El efecto era realmente curioso porque, al llegar al cuello, cada fila de ganchillo asemejaba más el camisón a los cristales de nieve. Un campo de cultivo en letargo invernal que no pisa pie alguno, donde reina la quebradiza belleza del juego entre helarse y derretirse. En la linde exterior, donde termina el campo cultivado, es donde más bonita es la nieve. El sol y la luna la mordisquean como si fuera cristal, le salen picos como dedos de

manos y pies. Desde el punto de vista de entonces, mi camisón era un camisón de ciudad con borde de nieve del pueblo; desde el punto de vista actual y puesto en Inge Wenzel, un camisón de pueblo con pretensiones de ser de ciudad: letargo invernal en un pueblo perdido que degenera en escote de ganchillo por culpa de la escasez de tela y los prejuicios sobre las mujeres de la ciudad. Cosiera lo que cosiera mi abuela, siempre concedía la mayor importancia a que fuera «cómodo». Es decir: dos veces más ancho de lo necesario. Ni que decir tiene que aquel camisón demasiado corto era tan ancho que, sin duda, la tela le hubiera cundido más si mi abuela hubiera intercambiado el ancho y el largo.

Así pues, Inge Wenzel recorría las estaciones de tren alemanas con aquel camisón del Bánato suabo. Yo no me había puesto aquel camisón en la ciudad ni una sola vez, lo guardé en el fondo del armario, debajo del todo. No obstante, me lo encontraba otra vez sobre una piel desconocida en un coche cama, durante las ocho horas de viaje a través de la noche de invierno de Timisoara a Bucarest. Aquel viaje se convirtió para mí en el horror a la muerte. Cuando llegué al vestíbulo de la estación, me esperaban tres hombres, un policía y dos tipos de paisano. El policía me confiscó el billete y el documento de identidad, desapareció con ellos y me dejó allí con los tipos de paisano. Ellos quisieron registrar mi pequeño bolso de viaje. Yo señalé las montañas de maletas, sacos y cajas que llevaban los demás viajeros y me negué. Estaba citada en Bucarest con la lectora de mi editorial de Alemania occidental, habíamos hablado por teléfono y los servicios secretos habían pinchado la llamada. Yo no tenía teléfono en casa, tenía que ir a Correos, solicitar una conferencia con Berlín occidental, rellenar los formularios y luego esperar tres horas hasta que me asignaban un locutorio. Durante ese tiempo, los servicios secretos podían recibir información de las «telefonistas» sobre cualquiera de las solicitudes. De todas formas, para las llamadas al extranjero había que dirigirse a un mostrador especial de Correos, y las cabinas estaban aparte de las destinadas a las llamadas nacionales. Es probable que todas las cabinas internacionales estuvieran pinchadas, aun cuando la mayoría de llamadas se hacían para hablar de cómo les iba a las primas, encargar medias o intercambiar saludos. Los dos tipos de paisano eran agentes de los servicios secretos y sabían

perfectamente para qué iba yo a Bucarest. Querían confiscarme mi manuscrito. Pero yo no lo llevaba en el bolso, ya lo había hecho llegar a Bucarest mucho antes. En el bolso llevaba cosas mucho peores: cartas para Amnistía Internacional, nombres de presos políticos. Aquel bolso no sólo contenía varios años de cárcel para mí, sino también para otras personas que confiaban en mí. Los tipos de paisano me dijeron que no me iría en aquel tren, de ir a algún sitio, me iría al infierno. En una celda dormiría mejor que en el coche cama, porque ahí la cama no se movía salvo que hubiera un terremoto, rieron. Los viajeros cargaban sus montañas de equipaje y salían al andén. Los dos tipos de paisano cuchichearon, luego uno de ellos me señaló un punto en el suelo con el dedo, indicando que no debía moverme de allí, dijo… ni un centímetro, dijo el otro, tenía que esperar allí; y luego se marcharon. Todos los viajeros estaban ya en el andén, el vestíbulo estaba completamente vacío, olía a cloro y a polvos antipulgas. Coloqué el bolso en el suelo entre los pies y me quedé allí de pie, miré los murales socialistas que abarcaban toda la parte alta de las paredes, con sus cosechadoras y sus campesinas de sonrisa infantil y unas pantorrillas tan gruesas como los pepinos amarillos que nadie quería recoger de los huertos al final del otoño porque sabían demasiado amargos. Al lado estaba el mural dedicado a la industria, con sus proletarios envueltos en el vapor rojo de los altos hornos a la luz del amanecer, con sus largos espetones, sus caras huesudas hasta lo geométrico y sus barbillas triangulares de líneas tan duras que siempre parecía que los hombres tuvieran hocico de perro. Apoyé la mejilla en la pared y, para controlar los nervios, cerré los ojos unos instantes. Cuando los abrí, me encontré una cucaracha brillante justo enfrente de la nariz. Iba por una viga de la pared, alejándose de mí, y, en el rincón donde terminaba la viga, se cayó al suelo. No contaba con que se terminara la viga. Yo la observé sin curiosidad, me era indiferente, como yo misma me era indiferente, mi cabeza era un ángulo muerto, desde que me había puesto a observar a la cucaracha había dejado de pensar. Luego levanté el bolso del suelo, me lo colgué del brazo y abandoné mi sitio. Me dirigí hacia la puerta, sin billete y sin documentación; reaccionaban mis pies, mi cabeza no. En el andén me esperaban los dos tipos de paisano. En aquel momento comprendí cuál era su plan. Como siempre, era una treta vil y sucia:

me habían puesto a prueba para ver hasta dónde me atrevía a llegar después de darme la orden de no moverme del vestíbulo, y para colmo sin billete y sin documentación, ambos imprescindibles pues había que mostrárselos al revisor del coche cama. Los agentes habían dado por supuesto que me quedaría clavada en el vestíbulo y que el tren se marcharía sin mí. Luego habrían vuelto a decirme que si había perdido el tren era culpa mía, que podía haberme ido si hubiera querido. Que no era cosa suya si me había quedado como un pasmarote en el vestíbulo, nadie me había impedido tomar el tren, si ellos ni siquiera estaban conmigo. Hay otra variante: habrían vuelto al vestíbulo después de marcharse el tren y se habrían «asombrado» de que yo hubiera cambiado de opinión y, finalmente, ya no quisiera marcharme. Habrían insistido en que me estaban esperando fuera porque así me lo habían dicho bien claro y que yo no les había entendido porque era demasiado tonta hasta para entender las cosas más simples. Las dos variantes habrían sido un juego divertido para ellos, amenazas aderezadas con insultos, vulgares empujones y comentarios crueles en tono suficiente. Sin embargo, yo había salido al andén y ellos tenían una tercera opción preparada: se colocaron uno a cada lado y se alternaban entre darme codazos y ponerme la zancadilla. Yo iba dando tumbos hacia un lado y otro y no decía nada, me mordí los labios y guardé silencio para no darles la más mínima ocasión de convertir cualquier palabra en un pretexto para dejarme allí. En aquel vapuleo no se pronunció ni una sola palabra, como si ni ellos ni yo tuviéramos habla. El suelo estaba espolvoreado de nieve harinosa, no había luz de ningún tipo, el andén estaba oscuro como boca de lobo y vacío, todos habían subido ya al tren. Me oí tropezar y caer como si fuera otra persona. Me levanté de nuevo y fui tambaleándome a lo largo del tren entre los dos hombres, como si ellos no existieran, y al fin llegué al coche cama, justo al final del andén. Allí, se colocaron flanqueando la escalerilla: uno a la derecha, otro a la izquierda. El de la izquierda me entregó el billete, el de la derecha la documentación. Con una sonrisa socarrona me desearon un «buen viaje», sonó como «último viaje», yo subí al tren… y ellos también. De modo que subir al tren formaba parte de la tercera opción. Yo iba preparada para lo peor: me lanzarán bajo las ruedas del tren en mitad de la noche, cuando todos duerman. En

el certificado de defunción pondrá «Suicidio», como hacen siempre en estos casos. Los vi desaparecer al final del pasillo y pasar al siguiente coche. Éste ha sido mi mayor y probablemente mi último error, pensaba, no debía haberles brindado esta ocasión ideal de una noche entera recorriendo áridas llanuras.

Me tocó la cama de abajo de la litera, otro signo de que vendrían a por mí en mitad de la noche. La cama de arriba correspondía a una mujer en torno a la cincuentena, con un moño tan alto que el peinado parecía una tetera forrada de piel. La mujer estaba de pie en el pasillo junto a la puerta del compartimento abierta, me lanzó una mirada escrutadora y luego dio la espalda al interior del coche para asomarse por la ventanilla hacia la oscuridad ciega. ¿Sería cómplice de los dos tipos la moño de tetera que me había tocado de vecina? Le mostré el billete y la documentación al revisor, intentando leer en sus ojos y en las comisuras de los labios si estaba al corriente del plan de los servicios secretos. No se entretuvo conmigo más que con la moño de tetera. Enseguida me puse el pijama a pesar de que teníamos la puerta abierta, dejé las medias debajo del pantalón, me quedé tumbada un rato, luego volví a levantarme y corrí al servicio. Rompí los sobres, los eché por el retrete y tiré de la cadena, escondí las cartas detrás de una tubería oxidada, pegadas a la pared. Cuando volví a mi compartimento, la moño de tetera seguía junto a la ventana. Me metí en la cama de nuevo y conté muchas veces los canales de la espalda de su jersey. Eran veintiuno y siempre me salían veintiuno, hasta que también ella entró en el compartimento y empezó a desvestirse. Me giré con la cara contra la pared; cuando levanté la vista de nuevo se estaba poniendo un camisón blanco con tirantes de encaje por encima de una combinación azul clarito. Luego se bajó los finísimos tirantes azul clarito, se sacudió un poco hasta que la combinación cayó al suelo alrededor de sus pies y ella se apartó un paso, levantándolos mucho por encima de la tela, como quien pasa por encima de un charco. Cogió la combinación azul clarito del suelo y se subió a la cama con ella en la mano. Parecía que le daba cierta vergüenza desvestirse, pero yo tenía que observarla, quería averiguar si también colaboraba con los servicios secretos. A pesar de todo, aquella combinación azul y, sobre todo, aquel camisón blanco con tirantes de encaje no se me antojaban

propios de una cómplice. Ella no tendrá que ponerme la mano encima, si acaso tendrá que administrarme algún narcótico mientras duermo, a una hora determinada, poco antes de que lleguen los dos tipos, y cuando yo haya desaparecido se bajará en la siguiente estación, igual que los dos tipos, o viajará hasta que se haga de día y luego volverá a su casa a meterse en la cama. Le habrán dado el día libre para recuperar las horas de sueño. Se quedó dormida enseguida, nada más apagar la luz, y comenzó a roncar profundamente. ¿Podía uno quedarse dormido tan deprisa, o acaso roncaba sin estar dormida para engañarme? Yo tenía la sensación de que todo aquel compartimento oscuro y sobrecaldeado iba envuelto dentro del moño de tetera, el aire era pesado, sentía los ojos en la cabeza tan grandes como el bocio blanco de las ranas cuando croan. Me tapé la boca con la mano y me eché a llorar sin hacer ruido. Cuando noté la almohada mojada bajo mi mejilla, me sentí como una idiota que se autocompadecía, como una basura patética que se había metido sola en la trampa. Di la vuelta a la almohada para tumbarme sobre el lado seco y empecé a recitarme poemas y a cantarme canciones en silencio. La nieve es blanca y blanca y blanca blanca blanca y blanca es la nieve bajo la nieve quiero estar y estar y estar y mirar. Cientos de veces me canté esta canción, y el balanceo del tren le iba muy bien. Hasta que no se hizo de día, y la moño de tetera seguía roncando, no me atreví a creer que los dos tipos de paisano ya no iban a venir, que habían desaprovechado el anonimato que les brindaba la oscuridad. Salí furtivamente al servicio a recoger las cartas.

Por culpa del camisón blanco de INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI, durante el viaje a Marburgo me vino a la mente la noche de horror en el coche cama. Más adelante volví a ver a INGE WENZEL en los trenes muchas veces, hacía todos los trayectos con aquel camisón que yo ya conocía en tres formas distintas: la primera forma era el camisón de despedida del pueblo con el efecto de los cristales de nieve. La segunda forma era el camisón de la moño de tetera. Y la tercera era un regalo del peletero. Me habían despedido de la fábrica, tenía que pagar letras de la nevera, la alfombra, los muebles y el alquiler del piso, y no tenía dinero. Así que empecé a dar clases particulares. Daba clases de alemán a los dos hijos del maestro peletero de una fábrica de pieles de

Timisoara. No había conseguido aquellas clases por ningún contacto personal. Porque la gente a la que le sobraba dinero para mis clases eran miembros de los cargos medios la Nomenklatura o adaptados al régimen sin opiniones políticas. Me dejaban comer con ellos y tratar con sus niños hasta que se enteraban de que era una enemiga del Estado. A las dos semanas, siempre pasaba lo mismo: los servicios secretos les avisaban y, por muy contentos que estuvieran con mis clases, me despedían con gesto compungido. Todos se avergonzaban de ser tan sumisos como eran.

El maestro peletero viajaba al extranjero a menudo y traía maletas enteras de cosméticos baratos y pingos de todo tipo que luego vendía muy bien en Rumanía. Un día me regaló el tercer gorro de piel de nutria que robaba en la fábrica y, como ya era primavera, también metió un camisón de encaje blanco dentro del forro de seda blanco del gorro. El gorro se lo regalé de inmediato a una amiga, para empezar porque tenía aquel forro blanco. El camisón era de un nailon húngaro transparente que hasta crujía. En un piso de un típico bloque socialista era ideal para congelarse en invierno o sudar la gota gorda en verano, no para dormir. Parecía una cortina de celofán sin tirantes que llegaba hasta media pierna y que se hubiera tenido de pie sola. En la fábrica húngara aún les había sobrado tela para ponerle mangas de farol. El camisón de plástico del peletero era la viva imagen de lo que los menesterosos países del Este entendían por la degeneración del capitalismo. En comparación con el camisón de cristales de nieve de mi abuela, su erotismo era un fracaso absoluto, una imitación rayana en la vulgaridad. Una vulgaridad semejante a los complejos de inferioridad que ponían de manifiesto los agentes de los servicios secretos durante los interrogatorios cuando despotricaban de los países occidentales porque allí todo era prostitución. Aquel camisón era un plagio de sus argumentos, un estandarte de su envidia y desprecio. El camisón de celofán celebraba una sensualidad que no tenía posibilidad alguna de surgir en Rumanía en tanto continuaran haciendo una miseria de nuestra vida cotidiana. Lo guardé en el fondo del armario, de nuevo debajo de todo, y poco antes de marcharme a Alemania le endosé ambos camisones a un amigo para que los vendiera en el mercadillo. Para atraer a la clientela, primero se puso a menear en el aire el camisón de los cristales de nieve.

Como conocía su historia, lo anunciaba con la frase: «Con él dormirá un sueño tan tranquilo y bello como un paisaje de invierno». Una joven con muchas pecas picó y se lo compró. Luego, mi amigo empezó a menear el camisón de celofán húngaro al que apodaba «el modelo échame-un-polvo» cantando el lema: «Un sueño nocturno vaporoso como la espuma del mar». Cuando no había nadie en el puesto, nos partíamos de risa. Al final, el modelo échame-un-polvo se lo compró una señora mayor que tenía un diente de oro. El mundo está al revés, constató mi amigo, el camisón más decoroso había acabado en manos de la joven y el «modelo échame-un-polvo» en las de la anciana, quien tal vez se prometía con él un amor ya muy pasado de fecha que sería un fracaso tan estrepitoso como el erotismo bajo el régimen socialista. A lo mejor lo ha comprado para su hija, dije yo.

También esta historia salió a la superficie y se atravesó en mi presente al ver el camisón de Inge Wenzel en el tren de Marburgo. Éste era la cuarta variante de camisón, aunque la primera que no sospechaba el bagaje que tenía detrás. Porque el camisón de aquel tren alemán no tenía ni idea de que la experiencia de estar totalmente a merced de la voluntad de otro puede viajar en un tren nocturno. No sabía que el amigo que vendió los camisones en el mercadillo moriría dos años después de aquello, seis meses antes de la caída de Ceausescu. Era el amigo al que ahorcaron y que en su última postal me escribió: «A veces tengo que morderme el dedo para sentir que todavía existo». Lo encontraron colgado en su piso, por encima de la taza del retrete. Se negaron a hacerle la autopsia; versión oficial: suicidio. Inge Wenzel de camino a Rímini, dormida en la pared de los vagones por encargo de la Deutsche Bahn, no sabía que, igualmente por encargo, pueden sacarlo a uno de la cama y suicidarlo. Que en el país del que yo venía ésa era la variante habitual del suicidio fingido.

Tengo la sensación de que son los objetos los que determinan cuándo, cómo y dónde le vienen a uno a la cabeza situaciones y personas del pasado. Los objetos, hechos de un material incorruptible, duradero y sin vida —muy distinto de nosotros, pues—, determinan su propio retorno en nuestra cabeza. Los objetos toman impulso para asestar un golpe en círculo y, cuando aparecen de repente, son como un chispazo en el pasado. Llevan el pasado al

extremo a través del presente. Aunque veo a Inge Wenzel en un tren alemán por primera vez, su camisón blanco está lastrado de antemano y no puede ser sino una cuarta variante después de los tres camisones del pasado. La cuarta forma después de no haber pensado en las otras tres en años. La cuarta forma en contra de mi voluntad de pensar ahora en ellos, en contra de mi memoria. Sin el camisón de Inge Wenzel nunca hubieran vuelto a venirme a la cabeza los otros camisones, y sin los otros tres camisones no me hubiera detenido en el de Inge Wenzel. Una prenda de ropa en el tren determina las estaciones de mi cabeza. Siempre son los objetos los que crean sus propias redes de complicidad, las personas y sucesos que los rodean se pliegan a ellos. Sin embargo, en Alemania, la mayoría de la gente piensa que basta con darle las suficientes vueltas al presente para olvidar el pasado. Según mi experiencia, en cambio, lo pasado regresa con tanta mayor claridad cuanto más se fija uno en el presente.

Es impresionante cómo los objetos de ahora hacen irrumpir en mi memoria las historias de entonces. En ellos está latente lo supratemporal, centellea con sus vívidos detalles antes de devolverlos a los objetos. Cuanta más atención dedico a observar el presente, más irremisiblemente se convierte en el paradigma de lo pasado. Sólo podría tener la cabeza vacía de pasado si viviera sin presente.

La separación entre el pasado y el presente, así como la concepción del tiempo, obedece aquí en Alemania —sobre todo en la crítica literaria— a criterios espaciales. En realidad son criterios de pertenencia a lugares determinados. Cuando escribo sobre cosas que sucedieron en Rumanía hace diez años dicen que escribo (más bien: que sigo escribiendo) sobre el pasado. Cuando un autor de aquí escribe sobre la posguerra, el milagro alemán o la época del 68, se entiende como presente. Lo que corresponde al pasado de aquí, por lejano que sea, no deja de ser el presente porque sucedió aquí, porque existe ese lazo de pertenencia al mismo lugar. En autores como Aleksander Tišma o Imre Kertész ni se presta atención al criterio temporal, puesto que la distancia espacial ya pone de manifiesto que es indiferente. Yo, sin embargo, vine a Alemania y en mi caso sí se ha de tratar la cuestión de la pertenencia al mismo espacio. ¿A partir de cuándo es pasado lo vivido? ¿A partir de

cuándo se llama futuro a lo que ha de venir? ¿A partir de mañana, de la semana próxima o mejor del año que viene? ¿O hasta dentro de diez años no?

En el fondo, desde mi primer libro, un libro que escribí en la ciudad y que trata sobre el pueblo, a treinta kilómetros, escribo sobre el pasado. Cierto es que la distancia espacial era muy pequeña, pero el contraste era enorme. Con el tema de los pueblos del Bánato suabo me situaba en mi pasado y en el presente de mis padres. Me habían enviado a un colegio de la ciudad con vistas a mi futuro. Mi futuro le costaba mucho dinero a su presente. Como venía de una casa donde no había un solo libro, la lectura de libros era a sus ojos algo más que cuestionable, «anormal», todo lo escrito es mentira, decían. Y escribir libros era más peligroso que una enfermedad. Qué preocupada estoy, decía mi madre, si de escribir libros enferma uno de los nervios… A eso se añadía que eran ellos quienes costeaban la actividad de escribir sobre mi pasado y contra su presente, pues me pagaban el alquiler y la manutención en la ciudad. Al escribir, yo echaba por tierra sus expectativas sobre mi futuro, arruinaba las perspectivas de vivir de una buena «profesión» en la ciudad. Para eso no te enviamos a la ciudad, decía mi madre. El dinero que pagaban por mi futuro se volvía contra ellos. Al igual que me sucedía con los camisones, también al escribir libros se me mezclaban desde el principio el pasado, el presente y el futuro.

Yo sólo quería hablar sobre el tiempo de Inge Wenzel, la que dormía de camino a Rímini. Y también sobre Inge Wenzel, maniquí en las secciones de señora de las tiendas, y también un poco sobre su hermano Jakob, el de las secciones de caballero. Sin embargo el camisón se recubre con otro tiempo, posterga esta historia del maniquí. Con todo, los sucesos y las personas no cambian radicalmente en nuestra memoria, nunca se transforman en lo contrario de lo que eran. A veces extraen a los objetos de antaño un matiz ridículo estremecedor, a veces una melancolía grotesca. Es como si, a posteriori, envolviesen los sucesos en una piel distinta de la original, y permiten guiñar un ojo mientras se narran aunque ello no implique que así se vuelvan inofensivos.

Antes de hablar del maniquí Inge Wenzel, la de las secciones de señora, y de su hermano Jakob, el de las secciones de caballero, quisiera preguntarles una vez más: ¿Conocen ustedes a INGE

WENZEL DE CAMINO A RÍMINI? En los años ochenta era la imagen de la campaña publicitaria de la Deutsche Bahn. Tendría unos veinte centímetros de largo y treinta y cinco de ancho, e iba pegada en su marco de plástico de color café en las paredes de muchos trenes. Por entonces también me gustaba otro anuncio en el que se veía un tren ligeramente ondulado que parecía una serpiente con luces a través de la noche. Pero no podía competir con INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI.

Sentía fijación por INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI. Un día vi un maniquí de escaparate en una tienda de ropa y pensé: INGE WENZEL HA VUELTO DE RÍMINI. Estaba nada más volver la esquina, justo al pasar las escaleras mecánicas. Lucía la ropa de la temporada de otoño en la primera curva del camino de los clientes. Y al comienzo de cada nueva temporada, Inge Wenzel había perdido peso… las prendas de cada temporada le quedaban grandes, y el palmo de tela que sobraba estaba recogido con alfileres en la espalda. En la tienda, Inge Wenzel sigue pareciéndose, hoy, a mi mejor amiga, que era alta y espigada y se volvía loca por la ropa. Iba a la modista tres veces por semana. En tanto ella paseaba su último modelo por las calles, la modista ya cosía el siguiente. Es la amiga de la que ya hablé, aquella hija de la ciudad tan decidida y amante de la vida, la que tenía una forma increíble de poner los ojos en blanco, no se rompía la cabeza con las palabras y consideraba el régimen como una declaración de bancarrota de la sensualidad. Está muerta, igual que el amigo que vendió mis camisones en el mercadillo. Sí, cuando veía a Inge Wenzel y a su hermano Jakob en las tiendas tenía la impresión de que hubieran colocado allí a los jóvenes muertos para que lucieran las prendas de la nueva temporada. Sin vida, perdurables, incorruptibles… ahora son objetos. Presentan las nuevas prendas de temporada de un modo paradigmático: sin suciedad, sin arrugas ni manchas de sudor. Al margen de los sentimientos, cumplen con su contrato y vigilan que las prendas de señora no se manchen de maquillaje ni de carmín al probárselas, que los caballeros no se pongan los pantalones sin quitarse antes los zapatos, que no se arranquen los botones, que luego las prendas vuelvan a colgarse en sus perchas y a ser repuestas en su lugar. Y, sobre todo, vigilan que todo el mundo pague en la caja. Inge Wenzel y Jakob atraen y

mantienen la guardia. ¿No se asustan de ellos los clientes? Yo sí me asusto. Aunque sé que el maniquí está nada más pasar las escaleras mecánicas, siempre me pilla desprevenida. Inge Wenzel podría pensar que me pasa algo raro.

Me siento sospechosa delante de Inge Wenzel y de Jakob, ellos observan a los clientes. Justo cuando no les miras, están vivos, pero han firmado un contrato de maniquíes con la tienda y no pueden delatarse. Nunca he robado nada ni a Inge Wenzel ni a Jakob y, sin embargo, la dualidad entre honradez y engaño ha calado en mí hasta lo más profundo. En Rumanía, cuando se pillaba a un ladrón robando se le fotografiaba con su botín y la foto se exponía, con su nombre y su edad, en los tablones de las tiendas como la viva encarnación de la vergüenza. Podía haber veinte o treinta caras descompuestas por el miedo, y lo que algunos sostenían a la altura del pecho eran cerillas o una pastilla de jabón o unas cuantas velas. Mi propia situación desesperada me indujo en tiempos a robar en las tiendas. Aunque es posible que también fueran aquellas caras de los tablones de la vergüenza, con las que me identificaba mucho más que con los trabajadores modelo de los tablones de honor: pelotas y lameculos al servicio de cualquier plan impuesto desde arriba… incluso el asesinato. Por si los virtuosos del régimen no me infundían ya suficiente miedo, a mí aún se me ocurrían acciones cuyo riesgo haría que me saliera el corazón por la boca. Tenía los nervios tan destrozados que no podía evitar robar. Qué menos que robarle al Estado pinzas de la ropa o algún paquete de fideos, cuando el Estado me estaba robando a mí la vida. Eso es lo que me asusta de los maniquíes de la tienda, que al verme noten que en su día fui una ladrona bastante profesional en las tiendas rumanas y podría tener una recaída. No me extrañaría nada si, un buen día, al pasar las escaleras mecánicas, me los encontrara comiendo pipas de girasol o de calabaza que traerían en los bolsillos, como solían hacer en tiempos los funcionarios, policías, porteros y vigilantes nocturnos, o también los que guardaban los campos o las ovejas. Recortando palabras de los periódicos me fijé en la palabra alemana para ladrona: *Diebin*, y vi que corresponde a las palabras *die* —ésa— y *bin* —soy—, de manera que sólo falto yo: *ich*. Así que recorté la imagen de un bolso y pegué encima las palabras: *Die Ladendiebin die bin ich*[34].

El pasado es para mí llevar al extremo el presente al tomar conciencia de que es más difícil cambiar la vida con la cabeza y las manos que con los pies y los objetos. Y de que eso no cambiará en el futuro. El futuro será, de nuevo, llevar al extremo un presente que ya habrá pasado. Cuánto bagaje quedará en él para más adelante es algo que todavía desconozco. A menudo me gustaría saber dónde nació y creció Inge Wenzel. Entonces pruebo con sus objetos y los lugares que riman con ellos:

Con el oro de su cadena casa Jena
con su camisón casa Bonn
con su viajar sin fin casa Berlín
con su litera casa Baviera
con su ropa tan mona casa Ratisbona

Al subir al tren, recorría el vagón, me asomaba a los compartimentos y no me sentaba hasta no haber encontrado a INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI. Casi podría decir que dependía de ella. En el compartimento solían ir otros viajeros a los que el azar había reunido allí, sólo Inge Wenzel y yo íbamos juntas y no era por azar. Los viajeros vienen y van, basta con que el viaje sea lo bastante largo. En compañía de Inge Wenzel, yo fijaba puntos del trayecto. Por ejemplo, en un sitio se subía una mujer y se comía un *croissant* de jamón en el tren. Las migas le caían sobre la blusa y ella se las sacudía a cada mordisco. Una única miga se le quedó pegada en la comisura de los labios como una pluma blanca, como si se hubiera comido una gaviota disfrazada de *croissant*. Más allá se subía otra mujer y se comía una *baguette*. También a ella le caían las migas sobre la blusa. Las dejaba allí todas y no se las sacudía hasta acabar de comer. ¿Cuál de las dos era más insegura? Yo no podía saberlo. Ni siquiera sabía si yo misma, al comer frente a gente desconocida, me sacudiría las migas constantemente o todas juntas al final. ¿Tenía algún sentido el esfuerzo de extraer alguna conclusión sobre aquellas mujeres a raíz de su comportamiento frente a las migas? ¿Y no revelaría aquel proceso de observación únicamente la inseguridad que yo misma mostraba frente a las demás personas, mi deseo de mantener la cabeza ocupada y diferenciar lo correcto de lo equivocado a partir de detalles

insignificantes?

Por mucho que me entretuvieran las elucubraciones sobre los otros viajeros, nada me quitaba de la cabeza que, en el futuro, quería tener a INGE WENZEL en mi casa y contemplarla cuando me apeteciera. Al maniquí de INGE WENZEL no le robé nunca ninguna prenda. Lo que robé fue a la propia INGE WENZEL DE CAMINO A RÍMINI a la Deutsche Bahn. Estuve al acecho meses hasta quedarme a solas con ella en el compartimento. Estaba muy bien pegada, tuve que hacer fuerza con la llave de casa para arrancar el marco. La compañía ferroviaria no tardó en sustituirla por otras imágenes. Me la habrían robado a mí de no haberla robado a tiempo. Ahora la tengo colgada en mi cuarto.

La Mirada Distinta
o
La vida es cual pedo bajo farola[35]

Y a quien se vio lejos de casa
lo atrapa el perro de la añoranza
tiene hierba crecida por cabello
y ojos de bus nocturno en la faz
cada boca silba con pan ajeno
la manzana temprana y su plumaje gris
y luego el cuco rojo mejilla

Lo primero que se reconoció a este texto fue una Mirada Distinta. Y la explicación que ofrecen reza: es porque he venido a Alemania de otro país. Ojo extranjero llega a país extranjero. Esta constatación deja satisfechos a muchos, excepto a mí. Porque este hecho no explica que mi mirada sea distinta. Yo ya traje esa Mirada Distinta de mi país de origen, donde todo me era conocido. Y sólo puedo exponer por qué ya la tenía allí, en el mundo de lo conocido, narrando como ejemplo un fragmento asequible del tiempo cotidiano de allí:

En el pueblo donde crecí, pasé muchos años de mi infancia montando en bicicleta. Recorría los campos de tabaco, los huertos de frutales, iba al valle, hasta la linde del bosque. Lo que más me gustaba era salir con mi bici sola y sin rumbo. Tan sólo para ver el mundo que me rodeaba de una forma distinta a como se ve a pie, verlo fluir a toda velocidad bajo las ruedas y a la altura de los ojos, como franjas de color que dan vueltas y vueltas. A los quince años me fui a vivir a la ciudad. Y cinco años más tarde me resultaba tan familiar que también entonces me apeteció ver fluir los caminos y el mundo que me rodeaba como meras franjas de color. Después de

pensarlo mucho, me compré una bicicleta. Lo cierto es que podría haberlo hecho mucho antes, lo que me hacía dudar era una frase que me había dicho, totalmente fuera de contexto, un agente de los servicios secretos durante un interrogatorio: «También hay accidentes de tráfico». Hacía cuatro días que tenía bicicleta en la ciudad. Al quinto, un camión me dio un golpe que me hizo volar por los aires. Me hice unas cuantas magulladuras en las costillas, nada más. Dos días después estaba convocada a otro interrogatorio. El agente me dijo, totalmente fuera de contexto: «Si es que, claro, hay accidentes de tráfico». Al día siguiente le regalé la bicicleta a una amiga. No le dije el motivo, sino sólo: «Ya no la quiero». Al día siguiente fui a cortarme el pelo. Apenas me había sentado delante del espejo cuando la peluquera me dijo: «¿Qué, has venido en bicicleta?». Yo nunca le había dicho que tuviera bicicleta. «¿Qué tal si te decoloramos el pelo?», me preguntó. «Me ha llegado un decolorante de Francia». Bueno, por qué no, accedí, ya que no puedo tener bicicleta… Hizo una pasta mezclando el polvo blanco con agua, me la untó por toda la cabeza. Quemaba como las ascuas. Me quejé. Tiene que quemar, así es como se decolora el pelo. Al día siguiente tenía todo el cuero cabelludo en carne viva. Con una rapidez asombrosa se formó una costra y me pasé dos semanas con una especie de cáscara de nuez en la cabeza que luego, al peinarme, empezó a quebrarse y caerse como si fuera corteza de pan recién hecho. Ya se me estaba quitando del todo, apenas se veía bajo el cabello, cuando tuvo lugar el siguiente interrogatorio, y el agente de los servicios secretos me dijo, totalmente fuera de contexto: «Para ser rubia hay que sufrir, ¿verdad?». Dijo una cosa que no podía haber sabido, igual que la peluquera había preguntado por la bicicleta.

Cuando le conté lo de la costra la siguiente vez que fui a cortarme el pelo, la peluquera se limitó a pronunciar un escueto «perdón», como quien dice buenos días. No se alteró en absoluto. En lugar de eso, me enseñó tres frascos distintos de perfume francés que quería vender. En las tiendas no vendían esos perfumes, eran del mercado negro, y el mercado negro estaba prohibido. Yo abrí los frascos uno tras otro, me los llevé a la nariz. Pero no olía el perfume sino el contenido del último interrogatorio, en el que el agente del servicio secreto me había acusado de comerciar con

ropa, cosméticos y divisas en el mercado negro y me había amenazado con la cárcel. Todas las acusaciones eran inventadas. ¿La peluquera hacía su negocio particular sin más o me estaba tendiendo una trampa?

Cuando llegué a casa de la peluquería, sin el perfume, me encontré en el cuenco que tenía encima de la nevera una nota con la letra de una amiga: «Quería cortarme el pelo, qué pena que no estés en casa». Yo cortaba el pelo a las compañeras de la fábrica cada dos semanas. Pero me habían despedido hacía bastante. Al día siguiente fui a casa de esta amiga para preguntarle cómo había entrado ella en la mía. Me dijo que había dejado la nota sujeta con el picaporte de la puerta de la calle. Luego, en mitad de la frase, se llevó el índice estirado a la boca, cogió el teléfono y lo metió en la nevera. Llevaba tiempo sospechando que tenía un micrófono de escucha en el teléfono. Y con el teléfono metido en la nevera empiezo a hablarle de la mía, sobre la que tengo un cuenco al que ha ido a parar la nota que ella había dejado en el picaporte. Tuve que repetirle los hechos varias veces, porque me interrumpía todo el rato con frases del tipo: «¿Estás segura?» o «Estás loca». O: «Piénsalo bien». Hasta que casi le grité, y acabamos removiendo nuestras tazas en silencio durante un buen rato mientras tomábamos un café. El vapor subía rozándole la mano, y dijo: «Mira, también están en mi café». El mundo se construía pieza a pieza en contra del sentido común. Mi amiga no sabía nada de la bicicleta, nada de la costra causada por el decolorante del pelo. Quise atribuir a la pura casualidad que hubiera venido a que le cortara el pelo justo cuando yo había ido a la peluquería a lo mismo, aunque no dejaba de ser demasiada casualidad. Eso sí, era tan creíble que su nota hubiera viajado sola del picaporte al cuenco de la nevera como que su teléfono se hubiera metido en la nevera solo. Mi amiga era jurista, había estudiado para construir argumentos lógicos. Sin embargo ahora, casualmente buscaba explicaciones naturales para el caso de la nota viajera. Habrá sido una corriente de aire, un remolino entre la rendija de la puerta y la de la ventana. No se creía sus propias palabras ni tampoco creía del todo las mías. Resultaba infantil. A pesar de todo, me hubiera gustado creerla en lugar de admitir que los servicios secretos habían estado en mi casa.

Recuerdo todo con tanta nitidez porque fue la primera vez de lo

que después habría de repetirse con regularidad. O mejor dicho: fue la primera vez que los servicios secretos quisieron que me diese cuenta.

Así, la bicicleta no tarda en dejar de ser una simple bicicleta, decolorarse el pelo no puede ser sólo decolorarse el pelo, el perfume no es sólo perfume, ni el picaporte, picaporte, ni la nevera, nevera. La consonancia de las cosas consigo mismas tenía fecha de caducidad. Todo a su alrededor parecía dudar de si la cosa era esto o aquello o tal vez algo distinto del todo. A la larga sólo existían cosas insignificantes con sombras muy significativas. No era una cuestión de fantasía ni afán de surrealismo, era como desnudarse sin ningún pudor y al mismo tiempo envolverse por entero, como las mariposas cuando forman su pupa, era la indiscreción con la que todo se había aliado. Ya me había acostumbrado a revisar toda la casa cada vez que entraba para comprobar qué había cambiado. Mis controles tenían por objeto conservar mi casa como el espacio que me era familiar, pero su efecto era justo el contrario. Que una silla del cuarto de estar apareciese en la cocina resultaba evidente. Ahora bien, cuando eran cambios sutiles, al descubrirlos no sabía si eran de ese día o del anterior o si me habían pasado desapercibidos durante varios días.

Así se iba uno a la cama por las noches, cuando el día había terminado, sin haber resuelto nada. Tras reconstruir de nuevo todos los pasos con lucidez, terminaba con la cabeza dando vueltas y a punto de caer en la locura. Y a pesar de todo había que dormir en lugar de seguir pensando, había que desconectar la cabeza porque, cuando amaneciera, sería necesario enfrentarse a un nuevo día de cosas insignificantes con sombras muy significativas. Acaso se descansa cuando se sueña lo siguiente:

En la cara de mi madre, la mejilla desde la comisura de los labios hasta el ojo es un parterre de gravilla blanca. Caminas por la gravilla, los zapatos crujen, una piedrecita se te mete en el zapato derecho y te hace una herida en el talón. La madre mete el dedo índice en el zapato y te saca la piedra. Llegas a la comisura del ojo y hay un murete de boj y delante hay un tipo con bata blanca sentado en una silla que acaricia un perro y dice: es el perro del cáncer.

Por supuesto, al despertar presentí que a partir de entonces también la mejilla de mi madre tendría una de esas sombras

significativas. No me equivocaba: en cuanto volví a ver a mi madre me vino a la cabeza el sueño. Quise evitar el beso en la mejilla. Pero mi madre me pone la mejilla como siempre, insiste sin sospechar nada. Y yo le di el beso y sentí frío en mi interior.

Eso fue varias semanas después del sueño. Pero antes, justo la mañana siguiente al sueño del parterre de gravilla blanca, aún pasó otra cosa: me había lavado, vestido y puesto los zapatos. Noté una piedrecilla en el izquierdo. Sacudí el zapato y la saqué, era negra. Y en un instante pensé: de noche era blanca porque lo negro no se ve en la oscuridad. Y de noche la izquierda es la derecha, como en el espejo.

En semejante vida cotidiana surgió esa Mirada Distinta. Poco a poco, en silencio, sin compasión, por las calles, paredes y objetos conocidos. Las sombras significativas planean por todas partes y van ocupándolo todo. Y uno las sigue con una conciencia que se enciende cada vez y te abrasa por dentro. Así es más o menos esa palabra tan tonta de «persecución». Y ésa es la razón por la cual no puedo dejar estar lo de la expresión MIRADA DISTINTA que usan en Alemania para definirme. Esa Mirada Distinta es vieja, ya vino conmigo desde lo conocido. No tiene nada que ver con el exilio en Alemania. Lo otro, lo ajeno, no es para mí lo contrario de lo conocido, sino lo contrario de lo familiar. Lo desconocido no tiene por qué resultar ajeno, sin embargo lo conocido sí puede enajenarse.

Según lo que aprendí a pensar y a valorar de la vida, las cosas no pueden separarse de sus sombras. Los hechos no lo son todo, sus consecuencias forman parte de ellos. Pero eso me lo quitaron de la cabeza. Reflexionar sobre intervalos de tiempo tan largos es un lujo bastante nuevo. Se hizo posible porque la dictadura cayó. Mientras existió, conviví con las amenazas de muerte, los últimos tres años de aquel periodo estando ya en Alemania. Y en aquella época sólo solía pensar en el presente más inmediato. Sin duda, iría de momento en momento, puesto que cada día era una sucesión de ellos. Pero siempre en el marco de un mismo día, nunca más allá. Fue como una escuela para aprender a andar, cada día tenía que aprender a hacerlo de nuevo y, además, superando la conciencia de que no sabía andar. Lo decisivo seguía siendo invisible. Y lo que resultaba visible hasta la estridencia eran las huellas que había

dejado, impúdicamente desnudas y a un mismo tiempo envueltas en una pupa impenetrable.

Reflexionar, hablar y escribir son y seguirán siendo recursos de emergencia, nunca alcanzarán a captar lo sucedido, ni siquiera una aproximación de ello. Cuanto más precisos son los detalles que ha guardado mi memoria, menos comprendo qué y cómo era yo, ni por qué. Sólo puedo vislumbrar medias facetas, o cuartos de facetas, y asimismo, estas fracciones cambian cada vez que lo intento. Hay que pensar con claridad para que las cosas puedan cambiar pero en el buen sentido.

Y, sin embargo —o quizá precisamente por eso—, en comparación con gente que, en una vida más libre, ha tenido ocasión de dejar de prestarse atención durante largos periodos de tiempo, se sabe mucho de uno mismo y de su entorno. En realidad, demasiado, y por eso mismo tan poco. No es porque se tenga una memoria mejor, sino porque se hizo por obligación. Porque uno no podía dejar de prestarse atención mientras sucedía algo. A todo el mundo le gusta dejar de prestarse atención, resulta más fácil cuando las cosas suceden sin más que cuando le pasan a uno constantemente.

De aquellas cosas que he vivido sin poder mantenerme en segundo plano la mayoría fueron experiencias obligadas, en contra de mi curiosidad, de mi intención, más allá de lo que se le puede exigir a nadie y en perjuicio de mis nervios. Los días que narraba antes muestran que se alternan cosas distintas: la bicicleta y el pelo decolorado, la nevera y la piedrecilla. Pero, en su alternancia, en todas esas cosas insignificantes se mantiene la sombra significativa, puesto que la amenaza permanece.

Se puede y se debe llegar a la siguiente y sencilla conclusión: cuanto menos libre es un país, cuanto más vigila un Estado a los individuos, tantas más cosas terminarán teniendo connotaciones desagradables para uno. Tanto más raras serán las ocasiones en que uno pueda dejar de prestarse atención. La percepción de uno mismo surge de forma automática: como te observan y te juzgan, tú también tienes que observarte. La persecución no sólo es persecución en el momento preciso del interrogatorio, cuando te preguntan y has de responder. Late subrepticiamente en las cosas y en los días, aunque a simple vista no se les note nada. Por eso deja

de haber partes del día de las que no se toma conciencia, te privan de todo aquello que sucede sin más, de lo que forma parte de la cotidianidad sin necesidad de juzgarlo ni de que sirva a ningún fin. El constante estado de alerta que se impone traslada el día a un papel milimetrado. Se hace imposible que las cosas sucedan alegremente sin dejar huellas, imposible ver las cosas sin darles vueltas en la cabeza. La palabra «mirar» y cómo se utiliza en este país para cualquier forma de «ver» designa para mí justo esa forma de mirar sin pensar que no podía permitirme. Yo tenía que observar, lo cual no necesariamente significa ver. En realidad no se ve hasta que no se interpreta también lo que se ha observado.

En un Estado vigilado, toda situación en que se encuentra un sujeto perseguido tiene que ser registrada. Y este registro tiene que ser tan preciso como la observación y el registro del Estado.

El milímetro vivido por cada uno tiene que ajustarse al milímetro ajeno del observador. El perseguido se ve forzado a adaptar su manera de vivir a la táctica de su perseguidor. Mediante su observación, el perseguidor cumple un encargo del Estado. Saber las cosas con exactitud es su deber. El perseguido, a su vez, observa al perseguidor para protegerse de él. El perseguidor practica el ataque, el perseguido la defensa.

No hace falta que el perseguidor esté presente físicamente para constituir una amenaza. De todas formas está presente en las cosas en calidad de sombra, ha introducido el miedo en la bicicleta, en el decolorante del pelo, en el perfume, en la nevera… y ha convertido así los objetos comunes, sin vida, en objetos amenazadores. Las cosas privadas del perseguido encarnan al perseguidor.

Por supuesto, el perseguidor también aparece en persona en momentos calculados, necesarios para mantener viva la persecución. Esos días de presencia física provocan un verdadero torbellino de apariciones y desapariciones para los ojos del perseguido: el perseguidor está en la puerta de la casa, leyendo el periódico en la calle, luego en el tranvía, aunque no se le veía en la parada. Desaparece al bajar. En algún momento vuelve a estar ahí o justo vuelve a desaparecer al entrar o salir de la panadería o de la tienda de ropa o de la sala de espera del médico. En algún momento, el objetivo se ha sentado en un café de la calle, pasa montado en una bicicleta, se baja y se sienta en la mesa vecina. El

objetivo va en el autobús de regreso a su casa y él pasa al lado en un coche. Y eso sigue y sigue. Y días más tarde, en el interrogatorio, uno se extraña de que ni siquiera se haga alusión a aquel día de la presencia visible, sino tan sólo a los días intermedios en los que el observador no se mostró físicamente en ningún momento. Uno se ve forzado a dejar de fiarse de aquello que se ve.

Como el perseguidor no sólo puede observarte cuando está físicamente presente sino también desde los objetos más íntimos, que pasan a personificarlo, haga lo que haga el perseguido con su persona y sus cosas, en su casa siempre se siente frente a frente con el perseguidor, y se observa a sí mismo al mismo tiempo que lo observa a él. Surge un constante cruce de miradas que se acechan, un círculo cerrado aterrador. Un círculo gobernado por una fuerza magnética que no permite que ninguno de los dos polos suelte al otro. Cuando más peligrosa resulta esta fuerza magnética es en los interrogatorios.

En los interrogatorios, la acusación no se queda en las observaciones del vigilante. Tan sólo se basa en los hechos observados como marco referencial para, desde ahí, llevar a un constructo impenetrable. No obstante, como exposición es importante. El acusador tiene que saber cuántas cosas inventadas y de qué tipo puede añadir a los hechos. En su mosaico tiene que imperar una lógica muy sólida para mantener el control sobre todos los hilos. El hecho de que algo no haya sucedido no es un problema sino una ventaja. El acusador se mueve con más libertad en el terreno de lo inventado que cuando ha de ceñirse a la realidad cumplida.

Lo mejor que puede hacer el acusado desde su posición defensiva, compuesta de puras insuficiencias, es refutar las acusaciones remitiendo a la invención. Cabría pensar en la palabra NO, podría y debería repetirse una y otra vez como defensa. Sin embargo, como defensa, NO es la palabra más tonta. Es demasiado corta, se pierde y no obliga al acusador a detenerse a escuchar. NO en un interrogatorio es lo contrario de una defensa; cuando dice NO en lugar de hablar, el acusado ha sucumbido y deja que la acusación se le eche encima. Además, cuanto menos hable, más tiempo deja al acusador para seguir desarrollando su constructo.

HABLAR significa, en un interrogatorio, asumir la parte

inventada. El acusado tiene que olvidar momentáneamente quién es en realidad. Tiene que plegarse a la identidad que se le está confiriendo en la invención… pero sin confundirse con lo inventado. Hay que ceñirse muy bien a la invención, nunca se debe ir más allá de su contenido pensando que así se evitará la siguiente invención. Los detalles que se salen de la invención tan sólo llevan a puertas que el acusador tal vez no hubiera abierto por sí mismo. Con una sola palabra de más se introducen nuevos matices o incluso puede volverse contra uno para asestarle un nuevo golpe. Jamás debe decirse como defensa nada que no haya sido mencionado de antemano en la acusación. Jamás debe responderse una pregunta con otra pregunta. Jamás debe perturbarse el sentimiento de superioridad del acusador. Ahora bien, cuando a uno le toca el turno, tiene que hablar hasta que le interrumpan. Repetir la palabra NO y entre medias callar hace enfurecer al acusador. Se siente ignorado, se le trastoca lo que daba por supuesto. Quiere dar que hacer al acusado, precisa colaboración. El acusado tiene que emplearse con el cien por cien de su cabeza y, al mismo tiempo, mantenerse fuera con el cien por cien de su cabeza para controlar constantemente si tan sólo se están rumiando las viejas acusaciones de siempre o si se trata de inculpaciones nuevas. Cuando más alerta hay que estar es cuando se rumian interrogatorios anteriores, pues hay que repetirse con total exactitud, a ser posible con las mismas palabras. Hay que mantenerse tan alejado de quien uno realmente es como del acusador, y eso sin dejar lugar a la indiferencia hacia uno mismo. Ésa es la única manera de defenderse. Sólo tienes una oportunidad en la reciprocidad de la observación dentro de ese círculo magnético.

Pero uno no tiene más que una cabeza. En cuántas personas partidas en dos o en cuatro se fragmenta uno durante cada interrogatorio… y cuántas de ellas desaparecen después o se te quedan en la cabeza al terminar, con la perspectiva, prácticamente asegurada, de que habrá más interrogatorios.

Dentro de la propia cabeza todo se vuelve tan confuso como lo es la estrategia de destrucción del Estado, y, al mismo tiempo, todo resulta normal en su contexto; la contramirada magnética pasa a ser una segunda naturaleza y un aparente punto de apoyo.

Hasta que los perseguidos no abandonan el Estado vigilado no se

ven fuera del círculo magnético. La mirada que por breves momentos se dirige hacia el exterior, a su alrededor, esa mirada profundamente inquieta en una dirección distinta es una mirada deformada. En el nuevo entorno, donde la mayoría de la gente no mira así, salta a la vista. Esa Mirada Distinta que uno trae consigo es vieja. Lo único nuevo de ella es que llama la atención entre las miradas intactas. No se pierde de un día para otro, tal vez no llega a perderse nunca.

Las personas intactas notan esta mirada enseguida. Creen que es una mirada que ha surgido ahora y creen que es su entorno lo que da lugar a esa forma de mirar distinta.

En relación con esta Mirada Distinta, bastantes veces he oído de personas intactas la palabra «díscola». Y que no debo extrañarme de tener esa mirada «díscola», que el Estado totalitario me trató mal. Semejante comentario parece querer decir que fui yo quien obligó a la dictadura a perseguirme y no la dictadura quien me obligó a mí a mirar así.

El que la gente de aquí sea tan irritable, que se inquiete tanto y sin mayor motivo, que tome distancia de manera intuitiva tiene que ver con esa mirada. Yo no hago por reprimir la Mirada Distinta. La mirada opera por su propia cuenta sin reparar en las personas imparciales, hace honor a su nerviosismo porque no puede remediarlo. En el compartimento del tren, en el supermercado, en la sala de espera o en la floristería, lo observa todo muy de cerca y con ello acalora a las personas de un modo inusual. Como una plancha, pasa por caras y gestos ajenos y enseguida verifica, tal y como lleva haciendo muchos años: con apenas mirar, ya sabe interpretar. La mirada comprende a los intactos tan poco como éstos la comprenden a ella, extrae conclusiones equivocadas, y a menudo drásticas, que no se pueden rectificar. La mirada díscola se lanza al ataque para defenderse cuando no es necesario en absoluto. Necesita el miedo al que está habituada, la constante irritación gota a gota, se recalienta con lo que casualmente tiene enfrente, se sirve de personas que no tienen nada que ver. Y en éstas proyecta entonces las cualidades malignas contra las que puede defenderse: indiferencia, frialdad, insidia. Y si la persona que tiene enfrente es amable, lo atribuye a la hipocresía. Con esa Mirada Distinta no se termina de acertar nunca, pues confunde la gente imparcial con la

vida que ella lleva a sus espaldas, sigue ofendida a perpetuidad y tiende al egoísmo. Es muy posible que esta Mirada Distinta —en esa constante provocación que, sin embargo, tampoco puede evitar— contribuya a despertar la hostilidad con que reacciona la gente imparcial. Se expone como si tuviera algo que ocultar. En esa mirada distinta late siempre la duplicidad de las cosas insignificantes con sombras significativas, esa dualidad de desnudarse y a la vez envolverse por entero en una pupa. Se parece a las cosas de su mundo vigilado de antaño.

Una vez compré una postal de un paisaje bávaro con una cita de Herbert Achternbusch: «Este entorno me ha destrozado. No lo abandonaré hasta que se le note». Esta frase ingeniosa es muy seria en su filosofía. Cuando la leí entonces tan sólo tuve que cambiar un pronombre para convertirla en el más conciso y grandioso retrato del exiliado político: «Este entorno me ha destrozado. No lo abandonaré hasta que se ME note».

Ese «que se TE note» es la Mirada Distinta. Mucho después, escribí yo la frase: «Lo que te llevas de tu entorno se te queda metido en la cara».

El que la Mirada Distinta tenga ciertos efectos sobre los intactos sólo es una cara de la moneda. También los intactos reaccionan defendiéndose cuando no hace ninguna falta. También ellos proyectan en la Mirada Distinta los motivos que necesitan para huir del aura del daño.

Cuando saltan chispas entre los de aquí y los extranjeros hay dos partes en juego. No obstante, lo que ha de entenderse bajo el concepto de Mirada Distinta, el significado del término, sólo lo han definido los de aquí, los intactos. Es su entorno, en su lengua. Ellos han convertido su forma de mirar en un consenso al parecer inamovible: ojo extranjero se irrita en país extranjero. Esta convicción está al servicio de los intactos, se puede tomar distancia de lo extranjero, de lo ajeno, sin dejar de ser buena persona. Si el extranjero que llega con sus daños a la espalda explica de otra manera esa Mirada Distinta, se hace un gesto de rechazo con la mano. Da miedo saber cuántas cosas dañadas introduce alguien así en un mundo que funciona con perfecto orden. El consenso «ojo extranjero se irrita en país extranjero» alberga la esperanza de que esta mirada desaparezca una vez se acostumbre al nuevo país.

Puesto que yo sigo escribiendo, se me atribuye la Mirada Distinta en un doble malentendido. Al malentendido de que tengo esta Mirada Distinta desde que vivo en Alemania se suma otro malentendido a cargo de los profesionales de la literatura. Consideran que la Mirada Distinta es una peculiaridad del arte, una suerte de herramienta que diferencia a los que escriben de los que no escriben. Con el tiempo me he dado cuenta de que los escritores asumen y contribuyen a este malentendido con orgullo. Cuántas veces se autoconvencen, además de convencer a otros, de que escribir es un trabajo distinto de cualquier otro. Impone al artista una carga de la que están libres los que no escriben. Los autores estilizan su trabajo para convertirlo en un estado de excepción de la existencia. Les gusta que se contemple su supuesta condición especial como quien contempla una hojita de oro. Venden la Mirada Distinta como una virtud.

La Mirada Distinta no tiene nada que ver con escribir sino con la biografía. Conozco a una mujer que sobrevivió a Buchenwald y que después jamás permitió que su hija llevara zapatos con suela de madera o que se hiciera carne a la brasa en su presencia. Cuando salen de picnic al campo mira al cielo sonriendo y, como enajenada, dice: «Aquí se está tan a gusto como en el Ettersberg[36]», y sigue comiendo como si únicamente hubiera descrito ese día de verano. Sus imágenes se asocian igual que, por ejemplo, las de Jorge Semprún: unas bellas mujeres en la noche de un bar de París despiertan la conciencia de la muerte. Y la nieve bajo las farolas encendidas del bulevar nos remite al espacio de muerte de Buchenwald. Semprún escribe, la mujer no, ésa es la diferencia. La Mirada Distinta es común a ambos.

De mi infancia, de cuando tampoco yo misma tenía aún esa Mirada Distinta, recuerdo la fijación que tenía mi madre con las patatas, una mezcla de asco y ansia, miedo y entrega febril cuando comía. En 1945, cuando, a los diecinueve años, fue deportada a un campo y condenada a cinco años de trabajos forzados en la cuenca del Donets, en la actual Ucrania, mi madre aprendió a amar y odiar las patatas. Maldecía y veneraba las patatas; las patatas, que nunca eran suficientes, le provocaron hambre crónica. Y después de que su cuerpo de muchacha se quedara en la piel y los huesos, las patatas volvieron a redondearlo. Las patatas eran el alimento principal, la

diferencia entre morir de hambre o sobrevivir. Mi madre sobrevivió y quedó atada, en eterna complicidad, a la patata. Nadie tiene una mirada como la suya al comer patatas, esa forma de respirar que, por más que busquemos y rebusquemos en el lenguaje, no hay ninguna palabra que medie entre el empacho y la gula. Es como si hoy —es decir: pasados cincuenta años— con cada patata mi madre pasara de largo ante la vida para acercarse a la muerte, o al revés. Se queda mirando el pedazo de patata pinchado en el tenedor hasta que está muy cerca de la boca, hasta que se le vuelven los ojos y se le humedecen. Nunca clava tanto el tenedor como para que se le desmenuce el pedazo de patata. Jamás deja ni el más mínimo pedacito de patata en el plato. Ya de niña me incomodaba comer con ella, porque sentía la necesidad de rogar a la lámpara de la cocina, a la mesa y a las patatas de su plato que la ayudaran a no tener que comer siempre así y que me ayudaran a mí a no tener que verlo.

A mí no me dejaban usar el cuchillo para nada, me decían que aún era muy pequeña. Eso sí, a pelar patatas tuve que aprender. Y mi madre siempre vigilaba que la capa de piel pelada fuera lo más delgada posible, que pelara toda la patata de una vez, formando un gran tirabuzón con la piel. Por entonces tenía patatas más que de sobra, tantas que hasta se las daba a las gallinas y los cerdos. Sin embargo, nunca dejó de vigilar que las pelara bien, como si todo mi futuro dependiera de la piel de la patata. Su complicidad con la patata me obligaba a mí a ligar el corte que habría de tener mi vida futura con el corte de la piel de la patata. Nunca me explicó ni me mostró nada en el mundo tantas veces como el arte de pelar patatas. Pero jamás me dijo ni una palabra de por qué era tan importante para ella. Y del campo de trabajo apenas pronunciaría unas cuantas frases. Que me llamo Herta porque era el nombre de su mejor amiga del campo, que murió de hambre, me lo dijo mi abuela. Nunca pregunté a mi madre si en mí ve a dos personas. Todos los detalles sobre el campo los sé por otras personas y por los libros. Creo que ella misma tan sólo lo recrea en su mente cuando come patatas y así no tiene que volver a recordarlo al hablar. ¿O también recuerda el campo cuando me llama por mi nombre? En tal caso, realmente ha asumido una carga muy pesada.

Una vez, muchos años más tarde, escribí: «Una patata caliente es

una cama caliente». Pero eso no es nada en comparación con la complicidad con la patata. Y menos todavía en comparación con el recuerdo de una muerta que se mantiene con vida a través del nombre de una niña a la que ha parido una misma.

Entender la Mirada Distinta como la consecuencia de un entorno extraño es tan absurdo porque lo cierto es justo lo contrario: proviene de las cosas conocidas a las que se despoja de su condición natural. Nadie desea que le quiten aquello que forma parte de lo natural, todo el mundo depende de cosas que tiene dominadas y que no abandonan su naturaleza. Cosas que maneja sin verse reflejado en ellas. Donde ese reflejo comienza ya sólo tienen lugar procesos destructores, cada pequeño gesto te lleva a mirar al abismo. El acuerdo con las cosas es algo muy preciado porque nos protege. Hablamos de «lo natural» o de «lo que damos por sentado». Pero eso sólo es posible mientras uno no tome conciencia de ello. Creo que ese dar por sentadas o por naturales una serie de cosas es lo que menos esfuerzo nos cuesta en la vida. Nos mantiene a la distancia adecuada con respecto a nosotros mismos. Es la protección perfecta cuando para nosotros mismos no sentimos que existimos. Y lo más difícil de huir de esa realidad de poder dar cosas por hecho es que las personas no sólo quedan desamparadas ante realidades concretas, aisladas, sino que muchas cosas dejan de ser acordes con su propia naturaleza para siempre. Se desarrolla así una conciencia que no puede sino dar tumbos y remolinear en el vacío. La necesidad de tomar conciencia de uno mismo constantemente es incestuosa con el mundo exterior, es como ser infiel a uno mismo. Literalmente, sientes los nervios sobreesforzados como un hilo que se clava en el cuerpo, pero que no te puedes quitar. Estás hastiado de ti mismo y tienes que amarte.

En los años en que yo también me encontraba en ese estado solía desear la locura para librarme de mí misma sin necesidad de matarme. Esperaba que la locura me proporcionase otra vía para poder dar por hecho cosas, un nuevo estado de conciencia que ya no necesitara de mí, porque yo ya no me conociera. Entonces no entendí por qué me regañaba un amigo que trabajaba en un manicomio. Creí que me regañaba porque me tenía cariño. Pero lo hacía, y con razón, porque yo no tenía ni idea de lo que hablaba. Un día me llevó al manicomio, que estaba fuera de la ciudad, en

pleno campo. Él era músico de *rock* y ponía música a los locos. Se ganaba la vida así desde que habían prohibido las actuaciones públicas de los grupos de *rock*. Llevaba sus discos al sanatorio y los ponía en el tocadiscos: beat, *rock*, *jazz*, chanson, según el día. Y los locos se comportaban según el día. Cantaban, se mecían al son de la música o permanecían ausentes, inmóviles como si la música no les llegara. No sé si entendían o si tan sólo necesitaban aquel tiempo ocupado por la música para no oír los cuervos que saturaban los álamos o el estruendo en el interior de sus cabezas.

Lo que sé es que allí no vi a nadie que se hubiera vuelto loco como consecuencia de la persecución política, que hubiera hallado una nueva vía de dar por hecho las cosas a través de la locura. Los perseguidos políticos caídos en la locura no cesaban de torturarse con los miedos que habían traído consigo de la normalidad. Y esos miedos los enumeraban todo el día en su propio cuerpo en forma de temblores, llanto, convulsiones. El máximo tormento y la pérdida total de la consciencia iban de la mano. Después de un buen rato de visita en el manicomio, se sabía quién había perdido la cabeza por circunstancias privadas y quién por la persecución del Estado. Y lo que me sorprendió más todavía: vi estados conocidos en los que yo misma me hallaba en ocasiones. Sólo que en los locos se daban sin ninguna interrupción para tomar aliento. Vi las cosas que me pasaban y a las que ya me había acostumbrado como el estadio previo a la locura.

Por ejemplo, a veces soy incapaz de leer la hora durante minutos y luego vuelvo a entender el reloj como siempre, pero no me explico cómo puedo haber perdido la razón durante algunos minutos. A veces, el despertador hace el mismo ruido que un autobús, yo sé que es un despertador pero no puedo evitar temer un accidente de tráfico. Tengo que apagar el despertador porque insiste en ser un autobús, luego lo pongo una hora después porque el bus ya se ha ido.

También me vinieron a la mente los días en que me atormentaban las formas de los objetos: me acerco a la mesa de la terraza de un café, es redonda. El sol da en la mesa, es redondo. Viene la camarera con un trapo húmedo, limpia la mesa. La bandeja que lleva es redonda, las hebillas de sus zapatos, sus pulseras son redondas, su reloj. Los botones de su blusa son redondos, las pupilas

rellenas de marrón sobre el blanco de sus ojos. Un tanto divertida ante la redondez del día, pido helado porque las bolas serán redondas. Cuando me trae el helado, incluso la copa es redonda, y el vaso de agua, y el cerco que deja cuando lo cambio de sitio. Las yemas de mis dedos son redondas. En última instancia, también lo son las monedas con que pago. Estas acumulaciones de formas recurrentes se daban igualmente con mujeres embarazadas, bastones de paseo o personas a las que les faltaba un dedo.

Tras la visita al manicomio jamás volví a desear volverme loca, sino que intenté por todos los medios conservar la cordura. Ya no deseaba regalar mi cuerpo al desvarío para que lo usara como campo de pruebas, ni torturarme sin conocerme.

Quien crea haber superado la Mirada Distinta mediante ejercicios de estilo y mediante la comprensión lingüística no sabe la suerte que tiene de haber podido escapar de la Mirada Distinta. No sabe que es despreciable frente a los que no escriben y que su vanidad se infla justo en el punto donde están quebradas la mayoría de personas que no escriben. No sabe lo insolente e inexacta que resulta su postura. La Mirada Distinta no tiene nada que ver con la literatura. Está allí donde no cabe escribir nada ni pronunciar ninguna palabra: en las suelas de madera, en la carne a la brasa, en el cielo del picnic, en las patatas. El único arte con el que tiene que ver es el arte de vivir con ella.

A veces me digo: «La vida es cual pedo bajo farola». Y, si eso no me ayuda, me cuento un chiste a mí misma:

Un viejo está sentado en un banco a la puerta de su casa, y pasa el vecino y le pregunta: ¿Qué, ahí sentado reflexionando?

Y el viejo responde: No, sólo aquí sentado.

Este chiste es la recreación perfecta de la «naturalidad». Me sé el chiste hace veinte años y desde entonces me siento en el banco junto al viejo. Eso sí, ni después de veinte años acabo de creerle.

La flor roja y la vara

Las reuniones de los consejos, donde la gente, durante la dictadura, pasaba la mayor parte de su tiempo, ofrecían una clarísima imagen de cómo el habla se veía afectada en la sociedad vigilada de Rumanía. Y no sólo, probablemente, en esa dictadura. Los oradores habían perdido cualquier rasgo medianamente auténtico, cualquier sombra de personalidad propia, cualquier gesto individual, hasta el más insignificante. Yo veía y oía hablar a figuras intercambiables que se habían alejado del individuo para adoptar el automatismo de un cargo político y así cumplir con las exigencias para hacer carrera. En Rumanía, toda la ideología del régimen estaba vinculada al culto a la persona de Ceausescu. Con el mismo método que utilizaba el párroco de mi pueblo cuando, siendo yo niña, pretendía meterme en la cabeza el temor de Dios, los funcionarios difundían su religión socialista: hagas lo que hagas, Dios te ve, es infinito y omnipresente. La inagotable profusión de retratos del dictador, ubicuos, se reforzaba con el efecto de su voz. Mediante horas y horas de retransmisión diaria de sus discursos por la radio y la televisión, aquella voz flotaba en el aire como medida de control. A todo el país aquella voz le resultaba tan familiar como el sonido del viento o de la lluvia. Su prosodia, los gestos que la acompañaban, eran tan conocidos como el tupé ondulado, como los ojos, la nariz, la boca del dictador. De igual manera, aquel continuo rumiar las mismas fórmulas era tan conocido como los sonidos de los objetos cotidianos. Pero la mera repetición de las fórmulas ya no garantizaba a los funcionarios el reconocimiento de su valor como oradores. De ahí que, en sus apariciones públicas, los funcionarios se esforzaran por imitar la gestualidad de Ceausescu. El orador mayor del régimen no había ido a la escuela más que hasta cuarto curso, y no sólo había tenido dificultades con los contenidos de cierta complejidad o con la gramática más elemental, además, tenía

un problema de articulación. En las sucesiones de vocales de distinta apertura y las acumulaciones de consonantes se le trababa la lengua y farfullaba. Él intentaba distraer la atención de aquel defecto desmenuzando las sílabas, hablando como a ladridos y sin parar de aletear con las manos. Así pues, la imitación de su forma de hablar traía consigo una deformación muy llamativa, grotesca, de la lengua rumana.

Yo solía decir por entonces que los funcionarios más jóvenes del país eran los más viejos. Porque la imitación del dictador les salía sin ningún esfuerzo, al parecer, y con mayor perfección que a los mayores. Obviamente, también les hacía más falta, su carrera acababa de empezar. Ahora bien, desde que trabajé con niños de parvulario, no pude evitar pensar que los jóvenes funcionarios no imitaban al dictador. Ellos mismos ya eran así, imitaban sus gestos porque no tenían gestos propios.

Fui maestra de guardería durante dos semanas y me di cuenta de que ya los niños de cinco años eran un perfecto calco de Ceausescu. A los niños les chiflaban las loas al Partido y las canciones patrióticas y el himno nacional. Yo llegué a aquellos niños tras un largo periodo en el paro, porque me habían echado de la fábrica y de varias escuelas y ya no me contrataban alegando «individualismo, incapacidad de adaptación al colectivo y falta de conciencia socialista». El curso ya había empezado hacía mucho, yo cubría una sustitución de una maestra de baja por ictericia y sin visos de reincorporarse a corto plazo. Al aceptar el puesto pensé que no sería tan terrible como en las escuelas. Un ápice de infancia quedaría en el país, el destructivo vaciado total del cerebro mediante la ideología todavía no se puede aplicar a esa edad tan temprana, los pequeños aún tienen en la cabeza las construcciones, las muñecas o los bailes. Tampoco me quedaba nada de dinero, pero sí deudas y letras del piso que pagar cada mes. Sabía que, en mi caso, no podía caer en la dependencia de quien vive de alquiler. Porque cualquier casero me habría puesto en la calle a la primera amenaza de la policía secreta. Dependía por entero de mi madre, que tenía que matarse a trabajar en su cooperativa de producción agrícola para mantenerme a flote.

El primer día, la directora del parvulario me acompañó hasta la clase para presentarme. Al entrar en el aula dijo casi en clave: «El

himno». Automáticamente, los niños formaron un semicírculo, se pusieron tiesos como velas con las manos pegadas a los muslos, estiraron el cuello y miraron hacia lo alto. De las mesitas se habían levantado niños, pero los que se pusieron a cantar eran soldados. Gritaban y ladraban más que cantar. Al parecer, lo importante era la potencia sonora y la postura. El himno era muy largo, le habían añadido estrofas en los últimos años. Creo que para entonces había alcanzado las siete. Después de tanto tiempo en el paro, yo ya no estaba al corriente y no me sabía la letra de las últimas estrofas. Terminada la última, el semicírculo se disolvió y, entre chillidos y golpes, los soldaditos firmes volvieron a ser párvulos traviesos. La directora cogió una vara de la estantería. «Sin ella no hay manera», dijo. Luego me susurró algo al oído y mandó acercarse a cuatro niños. Me dijo que me fijara bien en quiénes eran y los mandó de vuelta a sus sitios. Acto seguido me instruyó sobre los cargos de sus padres o abuelos. Un niño incluso era nieto del secretario del Partido, con ése había que tener especial cuidado, me explicó. No toleraba que le llevaran la contraria y a veces hasta había que protegerle de los demás niños, hiciese lo que hiciese. Luego me dejó en manos del grupo. En la estantería habría unas diez varas, ramas de árbol gruesas como lápices y largas como reglas de medir. Tres estaban rotas.

En aquellos días caían los primeros copos de nieve que cuajaban aquel año, gruesos y esponjosos. Pregunté al grupo qué canción de invierno les apetecía cantar. ¿Canción de invierno? No se sabían ninguna. Entonces les pregunté por una canción de verano. Menearon la cabeza. Pues una canción de primavera o de otoño. Por fin, un niño propuso una canción que hablaba de coger flores. Se pusieron a cantar, pues, una canción en la que aparecían la hierba y la pradera. Después de todo, sí que es una canción de verano, pensé, aunque aquí no la cataloguen de esa manera. Pero en eso se quedaba todo: pasada la primera estrofa, la segunda hablaba del culto a una persona. La flor roja más hermosa se le regalaba al amado líder. En la tercera estrofa, el líder se regocijaba y sonreía porque era el mejor con todos los niños del país.

Los detalles de la primera estrofa, la pradera, la hierba, lo de coger flores… ni lo registraban sus cabezas. El propio acto de cantar, desde la primera palabra, resultaba febril, aceleraba a los

niños. Cantaban cada vez más fuerte, más deprisa y bramando más a medida que se acercaban las frases de regalar la flor y de la sonrisa del líder. Aquella canción que, como concesión, dedicaba su primera estrofa al verano impedía tomar conciencia del paisaje con el que comenzaba. Pero también impedía tomar conciencia del acto de regalar. Cierto es que Ceausescu solía coger en brazos a los niños en las celebraciones de rigor, pero eran niños que habían pasado días en cuarentena para excluir cualquier posibilidad de contagio. La canción requería tener la mente en blanco al cantar. Ejercía un control absoluto del sistema por el que se regía el parvulario.

Yo me sabía algunas canciones de invierno de mi propia infancia. La más sencilla decía: «Copito de nieve, vestidito blanco». Se la canté, les expliqué las palabras y les recomendé a todos que contemplaran cómo la nieve caía del cielo sobre la ciudad. Las caritas me miraban con gesto hermético. El asombro, ese sentimiento que nos mantiene a salvo aunque también nos dé un poco de miedo, la capacidad de ver y de oír que las imágenes poéticas fomentan y que incluso cuando nos volvemos sentimentales suponen un punto de referencia… era algo completamente ajeno para ellos porque no se les dejaba espacio alguno. La belleza de la nieve al caer, esa belleza que permite la contemplación individual desde que el hombre tiene memoria, no tenía cabida. También en este ámbito se había apeado de la historia de los sentimientos el país. Se impedía que metáforas como «vestidito blanco» o «tú que vives en las nubes» ocuparan algún espacio en las mentes de los niños. Además, la canción de la nieve les resultaba demasiado suave a aquellas mentes echadas a perder tan pronto. No sentían nada hasta que no tocaba ponerse firmes y ladrar. Verse como individuo y, desde esa base, asimilar los detalles de la propia persona y de las cosas como corresponde a una socialización civilizada, eso estaba vetado. El efecto de impedir así el desarrollo de cualquier rasgo personal era que, después, resultaba completamente imposible llevar una vida como individuo, no se era capaz. Y justo eso era lo que quería el Estado: la debilidad tenía que surgir justo allí donde comenzaba la propia piel, que es demasiado fina. La manera de escapar de la debilidad que ofrecía el régimen era arrimarse a la fuerza del poder, la negación de uno mismo y el sometimiento como vía para seguir adelante. No debía dejarse

ningún resquicio a la consideración de que uno era capaz de valerse por sí mismo, de que se podía vivir sin esa huida.

En aquel primer día de trabajo en el parvulario les dije a los niños que se pusieran los abrigos, gorros y zapatos porque íbamos a salir al patio a ver la nieve. La directora oyó ruido en el vestuario. Abrió la puerta de su despacho de golpe. Es que hemos aprendido una canción sobre la nieve, dije, y he pensado que no tenía mucho sentido explicarles dentro del aula cómo caen los copos. En media hora volveríamos a entrar. «¿Qué se ha creído usted?», me gritó, «esa canción no figura en ningún programa». Tuvimos que volver al aula. Tocaban juegos y recreo y comer, luego otra vez el himno.

Lo primero que pregunté a la mañana siguiente fue si algún niño se había detenido a contemplar los copos que «viven en las nubes». La niña era yo, porque yo sí lo había hecho. Para armarme de valor y encarar el nuevo día, hasta había canturreado la canción para mis adentros de camino al trabajo. Con cierto apuro, pregunté si aún se acordaban de la canción del día anterior. Entonces, un niño dijo: «Camarada, primero tenemos que cantar el himno». Yo pregunté: «¿Queréis cantarlo o tenéis que cantarlo?». Y todos los niños gritaron a coro: «¡Sí, queremos!». Yo me plegué y les dejé cantar. Y, al igual que el día anterior, en un abrir y cerrar de ojos formaron su semicírculo, pegaron las manos a los muslos, estiraron el cuello, levantaron los ojos y se pusieron a cantar y a cantar. Hasta que dije: «Bueno, muy bien, ahora vamos a intentar cantar la canción de la nieve». Entonces, una niña dijo: «Camarada, tenemos que cantar el himno entero». No habría tenido ningún sentido volver a preguntarles si era porque querían, así que me limité a decir: «Pues cantadlo entero». Cantaron las estrofas que quedaban. El semicírculo se disolvió. Todos, menos un niño, se sentaron en sus mesitas. El niño se acercó a mí, me miró a la cara y me preguntó: «Camarada, y usted ¿por qué no ha cantado con nosotros?». Yo sonreí y le dije: «Si canto, no escucho si lo cantáis bien o no». Tuve suerte, el pequeño policía no estaba preparado para esa respuesta. Yo tampoco. Regresó a su mesita. No era ninguno de los cuatro seres superiores del grupito de privilegiados. En aquel momento me sentí orgullosa de mi mentira. Sin embargo, las circunstancias que me habían llevado a aquella mentira y cómo había sido todo me desazonaron durante el resto del día.

Cada mañana iba más a disgusto al parvulario. La incesante vigilancia a la que me tenían sometida los ojos de los niños me paralizaba. Yo ya tenía claro que no podía esperar que, con cinco años, prefiriesen la canción de la nieve a las canciones del Partido. Pero al margen de toda complicidad, de manera inconsciente, instintiva, podría haberles gustado más la canción de la nieve que sus canciones de ladrar y ponerse firmes. A los más pequeños, los de tres años, estaba prohibido transmitirles nada objetivo, pero aún hubiera sido posible que les llegara algo subjetivo. Con los de cinco años, incluso la vía subjetiva resultaba imposible, era demasiado tarde. Ésa era una realidad categórica con la que me topaba día tras día. Tenían interiorizado el abuso sustancial al hombre y eran adictos a lo que venía a continuación. La destrucción ya era completa a la edad de cinco años.

Eso era una parte de lo que pasaba. La otra parte era la vara. Todos los niños, excepto los privilegiados sobre cuya ascendencia me habían informado con el fin de mantenerlos protegidos, encogían el cuello como acto reflejo en cuanto me acercaba a ellos, no importaba cómo ni cuándo. Yo no llevaba la vara en la mano, pero estaban tan acostumbrados a que les pegaran que me miraban de reojo con la cara desencajada de miedo y suplicaban: «Pegar no, pegar no». Y los que, sin embargo, estaban fuera de mi alcance gritaban: «¡Ahora verás, ahora verás!».

No utilicé la vara ni una sola vez. Consecuencia: no lograba que me hicieran caso durante más de cinco minutos seguidos, ni rogándoles que atendieran, ni dándoles explicaciones ni gritando. También para eso era demasiado tarde. El discurso hablado normal, con independencia del registro, no era un medio para entenderse. Cuando se articulan las frases como una máquina, la única manera de despertar del trance es mediante la vara.

Los niños intentaban obligarme a acallar su sed de palos. Se sentían traicionados, suspendidos en un vacío histérico porque los palos no llegaban. Llorar a golpe de vara era lo único que les permitía sentirse personas. Eso los elevaba por encima del colectivo.

Al pasar junto a las puertas abiertas de las demás aulas, oía los golpes y crujidos de las varas y oía llorar a los niños. La directora y las compañeras que pegaban con la vara, y quizá todavía más los niños, que deseaban llorar, me tenían por una incompetente, todos

por el mismo motivo: para unos no quería, para otros no era capaz de utilizar la vara.

Pero también yo me sentía cada vez más incompetente. No volverme como los demás y no poder seguir siendo como era suponía para mí un conflicto irresoluble. A las dos semanas dimití.

La palabra hablada, la que surge intuitivamente en la cabeza y a través de la cual nos relacionamos los unos con los otros como algo natural no es una capacidad innata. Se puede aprender o se puede impedir su desarrollo. En la dictadura, la propia educación la inhibía en los niños. En los adultos se eliminaba allí donde quedaran reminiscencias de ella.

La isla está en el interior… la frontera, en el exterior[37][38]

Desde que vivo en Alemania oigo decir una y otra vez que tal o cual persona ha alcanzado la madurez suficiente «para retirarse a una isla», y con ello se refieren a tomarse unas vacaciones en alguna isla de veraneo, a la felicidad isleña del turista, al feliz aislamiento.

El compuesto «feliz aislamiento» está formado, para mí, por dos polos que se repelen. La palabra «isla» es incompatible con «felicidad». Yo viví durante más de treinta años en una dictadura, en Rumanía. Cada cual por sí mismo era una isla y, luego, el país entero era otra isla… y todo formaba un territorio completamente aislado de cara al exterior y estrictamente vigilado de cara al interior. Así pues, sobre la gran isla firme que era el país estaba la islita errática que éramos cada uno. Dos cosas impuestas a la fuerza, dos realidades que inevitablemente se solapan. Al mismo tiempo, cada una de ellas por sí sola hubiera bastado para hacer sucumbir a cualquiera.

También en mi familia éramos cada uno una isla. Eran los años cincuenta, una infancia durante el estalinismo, en un pueblo perdido sin carretera asfaltada hasta la ciudad… que, sin embargo, no estaba libre de la influencia de la política. Tres o cuatro funcionarios del régimen lo tenían todo y a todos bajo control. Venían de la ciudad. Recién salidos de la academia, los jóvenes agentes comenzaban su carrera en un pueblo de mala muerte, se hacían fuertes mediante amenazas, interrogatorios, detenciones. Cuatrocientas cinco eran las casas que tenía el pueblo, unos mil quinientos habitantes. Todos vivían con el miedo en el cuerpo. Nadie se atrevía a hablar de ello. Aunque, de niña, yo no entendía los mecanismos del miedo, el sentimiento de miedo iba echando raíces en mi cabeza. Todos los miembros de mi familia habían

sufrido daños. A mis abuelos les habían despojado de sus tierras, de su tienda de ultramarinos, tachándolos de «explotadores del pueblo». De un día para otro, uno de los hombres más pudientes de la región no tenía dinero ni para pagar al peluquero. Su hijo había caído en la guerra. Su hija, mi madre, fue deportada a un campo de trabajos forzados en la Unión Soviética, donde vio lo que era morir por inanición y por congelación. Mi padre había sobrevivido a la guerra. Es más, mi abuelo farfullaba para el cuello de su camisa cada vez que le tocaba realizar algún trabajo doméstico. Mi abuela musitaba sus oraciones para sí. Mi madre se entregaba al trabajo más pesado hasta el agotamiento físico total. Mi padre se entregaba al alcohol hasta que se le doblaban las piernas y se le quedaba la lengua de trapo. Y yo no comprendía nada intelectualmente, pero afectivamente lo comprendía todo de aquella miseria sin palabras, ligada para siempre al silencio. Yo deambulaba por ahí conmigo misma, a menudo quería salir corriendo para alejarme de ellos y de mí misma. También hablaba sola en voz alta cuando tenía la certeza de que no me veía nadie. Por mi infancia conozco el feliz aislamiento. Todos lo encarnaban: los de casa, los del pueblo. Los pueblos vecinos eran dos pueblos rumanos, uno eslovaco y otro húngaro. Cada uno aislado con su propio idioma, con sus días de fiesta, su religión, sus trajes. Ahora bien, en aquel pueblo alemán, todos eran considerados culpables de los crímenes de Hitler, aunque sólo fueran niños o casi niños o incluso aunque no hubieran nacido siquiera por entonces. También el verde valle de la linde del pueblo era para mí una isla. Estar a solas con las vacas y sentir cómo el paisaje se vuelve demasiado grande para una piel de corte mísero, porque el cielo y la hierba se alían. Percibir la belleza del paisaje como una amenaza, como un reloj de péndulo cuyo
tic-tac
se devora a sí mismo y se te eleva por encima de la hierba hacia el azul zozobrante y te escupe allá arriba, o te incrusta bajo la hierba en la prieta negrura de tumba y te escupe allí abajo.

La minoría alemana era considerada una isla de los nazis y se consideraba a sí misma como una isla de inocentes castigados por los rumanos. Cuando los rumanos, bajo Antonescu, habían sido aliados de Hitler igual que ellos. Si toda población campesina ya es por naturaleza bastante parca en palabras, a estos campesinos les

cerró la boca más todavía lo que llamamos la Historia. Agacharon la cabeza de cara al exterior y se pusieron a trabajar como mulas adiestradas a prueba de todo en los campos del Estado, los mismos campos que hasta hacía poco habían sido de su propiedad. Y como compensación interior tejieron el mito de la superioridad, al margen de todo vocabulario que hubiera podido atravesarse en la vía del socialismo. Sin posibilidad de rectificación en lo relacionado con los crímenes de Hitler, cantaban las canciones nazis como canciones de taberna que tan sólo servían para crear ambiente. El miedo asociado con este acto calentaba los ánimos, en el ambiente alegre latía la precaución, pero al no dejar que ésta se impusiera, se volvía a preservar lo que suele llamarse «la tradición» y «el tesoro popular», que así se salvaban de la desaparición. No, aquello no tenía nada que ver con ningún feliz aislamiento, sino con el miedo colectivo incrementado por el nacionalismo. El grupo se veía como una pequeña piña que no se dejaba arrebatar su más íntima seña de identidad, su «alemanidad». Característica cuya vitalidad inquebrantable dejaba todas las demás en un muy segundo plano. Sí, de niña yo participaba de su infeliz aislamiento en la medida en que me correspondía, pertenecía a esa isla, había heredado de los adultos ambas cosas: de cara al Estado, era uno de los vástagos de los nazis, ahora intimidados por el nuevo régimen; en el pequeño y cerrado corazón del pueblo, compartía la arrogante consciencia de que «nosotros», los alemanes, éramos mejores que todos los demás. Cierto es que esto segundo, cuando estaba a solas conmigo misma, es decir: en concreto, no me servía para nada. Pero aunque no me ofreciera ni un ápice de apoyo, ni siquiera en la cama de mi cuarto a oscuras y mucho menos todavía en el inmenso valle verde, yo partía de la base y daba por hecho que «nosotros» éramos mejores. Incluso había una relación de causa y efecto entre el sentimiento de superioridad de los suabos del Bánato, como se llama a los alemanes de Rumanía y la zona del Danubio, y el acoso del Estado: como somos los mejores, nos hacen la vida imposible… justo así me lo habían explicado en casa. En paralelo a la ideología estatal existía, pues, una ideología suaba del Bánato. Ésta apuntaba a compensar la estigmatización por parte del Estado, si bien a título individual no servía de ninguna ayuda a la hora de enfrentarse a cada día, a cada hora y cada minuto, a la carretera del pueblo o al

valle. Yo ya me había dado cuenta hacía mucho, pero jamás me hubiera atrevido a pensarlo. Me escindía del sentimiento de colectividad a pesar de que deseaba compartirlo. De niño se desea formar parte del grupo que forman los miembros de la casa, del pueblo. Uno depende de la norma establecida para siempre. Yo anhelaba que así fuera y me cansaba en el intento. Pero también veía que todo el mundo, igualmente un poco cansado, se afanaba del mismo modo, dominándose y con un celo excesivo, por mantener en jaque aquello de lo que no se podía hablar. Por un lado, para guardarse del ojo avizor de los capitostes del Estado instalados en el lugar; por el otro, para cumplir con la obligación de encarnar a esos seres mejores que conformaban el «nosotros» alemán. Tan sólo de manera instintiva, es decir, de manera inevitable pero sin mi propio consentimiento, era frecuente que en mi fuero interno no me identificara con la obligada fachada exterior. No buscaba razones. Le pasará a todo el mundo, pensaba, lo importante es que no se note. El mejor invento de Dios al crear al ser humano fue hacerle los huesos del cráneo tan gruesos y opacos, pensaba. No alcanzaba a comprender que aquel pueblo empecinado en la conservación del grupo con todos sus viejos rituales de hace trescientos años buscaba la anulación del Yo en aras de la conservación del Nosotros. Yo lo sentía como un fallo por mi parte, una traición, cuando la soledad se instalaba en mi día y no dejaba lugar alguno al sentimiento de pertenencia al colectivo.

Inconscientemente, en aquellos años me fueron implantados una serie de patrones que persistieron hasta que tuve que marcharme a estudiar el bachillerato a la ciudad, a los quince años. Aún ignoro si reconocer de nuevo aquellos patrones me sirvió para protegerme o para lastrarme. En la escuela de la ciudad me incorporé a la isla que constituyen los niños de pueblo entre los niños de ciudad. Era una escuela alemana, aunque los alumnos bien vestidos, listos y dispuestos a destacar eran de familias rumanas de la Nomenklatura. Miraban a los de pueblo por encima del hombro, pobres pardillos que también pretendían medrar. Igual que de mí se habrían reído de todos los de mi pueblo. Los supuestos «mejores» de mi pueblo no me habían contado más que tonterías, la imagen que tenían de sí mismos resultó ser puro autoengaño; a treinta kilómetros del pueblo, en la ciudad, toda la educación que había recibido no valía

ni un pimiento. Lo comprendí muy pronto, con mucha amargura. Los de la ciudad eran agradables, sabían cómo ganarse la estima, con su físico y con su lenguaje. Eran rumanos, pero iban más limpios que yo y eran más aplicados en los estudios. ¿Por qué me habían dicho en casa: los rumanos son sucios y vagos? De los peces gordos hay que guardarse. Como por un derecho natural que les fuera dado por su procedencia familiar, eran designados vigilantes de clase, se ofrecían para realizar tareas para el Partido, dirigían reuniones. No venían de familias estigmatizadas, en sus familias se aceptaba al Estado; cierto es que sus padres también les habían metido en la cabeza la idea de que eran mejores, pero es que en armonía con ese Estado lo eran. Su lógica era: quien es algo mejor en el Estado no sólo es algo mejor por sí mismo sino también —o mejor dicho: precisamente— frente a aquellos que resultan sospechosos al Estado.

Y fuera de la escuela, por las calles de la ciudad, una vez más todo me resultaba demasiado grande para una piel de corte mísero, aunque ahora de un modo distinto. Añoraba mi casa, hasta que comencé a leer libros sobre el fenómeno de la provincia y sobre el nacionalsocialismo. Veía mi pueblo como si estuviera detrás de un cristal, en una vitrina apartada del mundo, fantasmal, llena de gente paralizada sin compasión. Evitaba a los hijos de los peces gordos pero quería convertirme en una persona más de la ciudad como los miles de personas corrientes de las tiendas, parques, tranvías. Reconocía las múltiples islas errabundas por aquella isla firme de asfalto. El infeliz aislamiento en aquella ciudad vigilada se reflejaba a diario en las caras. Viví redadas policiales, la detención pública de gente, vi las fotografías de los ladrones que habían sido pillados, sus caras desencajadas por el miedo en los expositores de la entrada de los comercios y, como contrapartida, los expositores a lo largo de los caminos de los parques con las sonrisas untuosas de los mejores trabajadores y los héroes del socialismo. Veía a los marginados tirados en el polvo, jóvenes o viejos muertos en mitad de la calle, a los viandantes que pasaban sin inmutarse, veía la pompa de los funerales de Estado con los ataúdes abiertos en camiones forrados de terciopelo y a los mirones de turno con los ojos vidriosos. En las miradas se mezclaban el asco contenido ante tanta pompa por un cabrón muerto y la envidia desatada, la pena

porque a uno jamás lo considerarían merecedor de un entierro tan solemne. Pues todo el mundo sabía que entre los mirones también había vigilantes. Comentar cualquier cosa a medias ya suponía todo un comentario de más, eso lo tenía en mente todo el mundo. Una palabra dicha sin pensar tenía graves consecuencias. Y cuando cualquier desliz de la lengua implica la posibilidad de acabar entre las garras del personal de vigilancia, echando a perder el futuro y arrastrando todo lo vivido hasta entonces, todo el mundo se convierte a la fuerza en una isla. La desconfianza se instala como un sentimiento de base, para siempre y en todas partes. Cada persona es un misterio ambulante, está llena hasta rebosar de cosas prohibidas. Su sino, para bien o para mal, es callarlas para siempre o irse de la lengua sin reflexionar. Ése es el único punto de partida en cualquier encuentro entre personas corrientes, se da por sentado, como la realidad inamovible de la existencia del día y la noche. Uno no debe dejarse pillar con lo prohibido, con eso que todo el mundo sabe que se piensa, uno nunca debe ofrecer pruebas de palabra o de hecho de aquello que todo el mundo sabe. El gran surrealista rumano Gellu Naum escribe en su obra *Zenobia*: «… porque hay cosas sobre las que se ha de callar […], los demás comprenden hasta donde pueden comprender; cada cual dice menos de lo que comprende y comprende más de lo que le dicen, pero lo que comprende no se lo dice nadie, porque no comprende lo que se le dice y así sucesivamente…».

Y luego la otra isla era la Nomenklatura. La élite de funcionarios de la economía, funcionarios del Partido, servicios secretos, policía, militares. Contaban con un estado dentro del Estado, con barrios, tiendas, hospitales, cantinas, cotos de caza y lugares de veraneo sólo para ellos. Tal vez ellos gozaran de esa felicidad isleña en comparación con la vida de la gente corriente. Con todo, la satisfacción debía quedar dentro de ciertos límites, pues su obligación era dejarse la piel para mantener a raya al pueblo de a pie. Mantener al pueblo abotargado y muerto de miedo, lo cual costaba un gran trabajo táctico enfocado a un efecto muy concreto. El efecto tenía que ser visible, el éxito de su trabajo se medía en función de su capacidad de represión. Cierto es que la jerarquía estaba clara, pero también que se les intentaba engañar con todos los medios de la vida corriente, el pueblo los odiaba. Sólo podían

disfrutar su estatus entre los de su misma condición… pero ahí cada compañero era, al mismo tiempo, un contrincante. Igual que en mi pueblo alemán, también ellos se veían obligados a considerar la conservación de su isla como un deber y a estar siempre a la altura del «colectivo de mejores» que representaban. No podían arriesgarse a quedar fuera por ninguna tontería, hasta la médula eran parte de ese grupo que los había convertido en «mejores». Eran pequeños grupos de islas temidos por el gran grupo de islas de la gente de a pie. La conservación de su propio poder estaba completamente sometida a los dictados de la ideología. Estaban en lo más alto y podían caer en cualquier momento, perder su función, sus privilegios, el abastecimiento de bienes materiales, en resumen: toda su forma de vida, y arrastrar a todo su clan consigo a la desastrosa vida corriente del pueblo llano. Éste, por su parte, no lamentaba su caída. Regodeándose en su desgracia, la gente corriente mantenía a distancia a los peces gordos caídos.

Un país cuyas fronteras están vigiladas con armas y perros es una isla. Una gran parte de las prohibiciones que cada uno arrastraba siempre consigo eran los planes de huida. Era inevitable y, por lo tanto, natural arriesgar la vida por ello. La frontera verde hacia Hungría y el Danubio, que delimitaba la frontera con Yugoslavia, ejercía una especie de magnetismo. Desplazaba el sentido común a los pies. Las muertes en la huida no tenían fin, no importaba la cantidad de historias truculentas que circulasen sobre intentos fracasados de salir del país. En la frontera verde se encontraban cadáveres entre las cosechadoras al recoger el trigo, muertos de un tiro o desgarrados por los perros, la mayoría de las veces ambas cosas. En el Danubio flotaban pedazos de cadáveres, a las personas que huían las perseguían con barcos y acababan destrozadas por las hélices. A pesar de todo, el deseo de huir crecía. Aumentaba hasta la histeria; el asco ante la vida cotidiana, el hastío ante una existencia sin valor se tornaba en una psicosis de la esperanza, esperanza de alcanzar una vida en el extranjero una vez superado el riesgo que obligaba a correr. El instinto de fuga acompañaba a todas las demás cosas. Rumanía sólo se veía como el país donde uno vivía temporalmente. La fe en que antes o después se presentaría la ocasión de huir era lo único a lo que agarrarse. Y eso a su vez traía consigo mucho oportunismo. Hasta el momento

de huir no se debía llamar la atención. Es más, había que arreglárselas para hacer carrera. Cuanto más se lograra medrar en un puesto, mayores serían las posibilidades. Se tenía influencia, se podía sacar provecho de la dependencia de otros. La coacción a los rangos más bajos permitía hacerse con el capital para el chantaje servil a los más altos. Para muchos, esta estrategia de arrimarse al poder no era más que una disimulada preparación de la huida. Los funcionarios no se marchaban al extranjero *a pesar de* haber conseguido su objetivo sino precisamente *porque* lo habían conseguido. Como chanza, la gente hablaba de la huida como máximo lujo. Supuestamente, todo pez gordo estaba inspirado por una desarrollada conciencia socialista. Después de tantas huidas de peces gordos hubiera sido necesario redefinir el concepto de conciencia socialista para constatar que el último grado de desarrollo de la conciencia socialista era la huida al capitalismo. La huida de los peces gordos ya no tenía nada que ver con el desesperado deseo de correr hacia la muerte de la gente común. Era un negocio seguro, el riesgo de morir en el intento se reducía a cero. Aunque la población no se alegraba cuando estos individuos conseguían huir, no se alegraba de que ellos hubieran alcanzado la libertad de la que habían privado a los demás hasta el mismo día de su huida, sí que le pasaba a uno por la cabeza cierta alegría perversa cuando hasta los propios peces gordos daban la espalda al régimen.

El magnetismo del extranjero como vida alcanzable, nebuloso, grande como el destino, se materializaba para mí en una imagen muy concreta cada vez que viajaba en el tren de Timisoara a Bucarest. Porque el tren recorría un trecho considerable en paralelo al Danubio, muy cerca del río. Entre éste y la frontera ya no había nada. Y todos los viajeros, grandes y pequeños, hasta los militares y policías uniformados, salían al pasillo y miraban por las ventanillas, como si se hallaran bajo hipnosis, como si estuvieran viendo su futuro. Como si aquel Danubio indiferente fuera una especie de oráculo de agua, válido para todos y cada uno, sobre el éxito de la propia huida. Nadie se movía, reinaba un silencio como el de una iglesia. Y en el exterior corría el agua, casi siempre una franja ancha, arremolinada, y aquí o allá titilaban los puntos más estrechos por los que no hubiera sido difícil cruzar a nado. Y al otro

lado estaba Yugoslavia, el país de tránsito hacia Occidente. Se veían pueblos, árboles mecidos por el viento, como si esperasen nuestra llegada. Nadie se atrevía a mirar a los otros a la cara, la piel se tensaba de un modo increíble, brillaba como si la hubieran encerado o como si estuviera congelada. Todos tenían controlados sus sueños, la cuestión esencial de todos conocida, que era: huir, pero cómo. Era más que evidente en qué iba pensando todo el mundo, tanto que hasta el traqueteo del tren parecía decir: «Me quiero escapar de aquí, me quiero escapar de aquí», repetido hasta la eternidad. El hierro cantaba su canción sobre los raíles a lo largo del Danubio con una claridad tan angustiosa que daban ganas de cerrarle la boca a las ruedas porque los viajeros se sentían como un coro pillado in fraganti. Una vez pasado el Danubio, todos volvían a sus sitios en los compartimentos y se sentaban en su vida real.

Con esto llego de nuevo al polo opuesto del feliz aislamiento, vuelvo a hablar —por no decir que lo he estado haciendo todo este tiempo— de la infelicidad de la isla. En relación con la «felicidad», para mí también existen el concepto de «ser feliz» y la expresión de que algo sucede «felizmente[39]». Estos dos últimos conceptos no sólo son distintos, sino incluso contrarios. Entiendo el «felizmente» aplicado a una situación en la que cabía temer lo peor y sin embargo no se ha dado. El «felizmente» ha lugar porque «ser feliz» está descartado del todo. El «ser feliz» es un estado durativo, un tramo recto. Se lleva en el interior, se define como sentimiento. Está basado en gran medida en la propia contribución. El «felizmente» remite a una suerte momentánea, viene de fuera, no tiene nada que ver con los sentimientos, a menudo es fruto de una casualidad inexplicable… curiosamente: de una «feliz casualidad». El que algo transcurra «felizmente» sucede en un instante, como en un chasquear de dedos, y uno no toma conciencia de ello hasta después; no mucho después, aunque a veces también han de pasar años, y se hace a través de la reconstrucción de unos hechos que en su momento no se alcanzaban a comprender. Cuando se comprende que justo un momento antes se ha producido una de esas «felices casualidades», se siente un «estallido de felicidad». También esto es lo contrario de «ser feliz», pues se trata de una felicidad desvergonzada, insolente, robada a los dictados externos de la vida. El «estallido de felicidad» es inestable, arde solo, tiene que hacer

efecto enseguida porque carece de la capacidad de eclipsar las circunstancias externas. También termina por sí solo, antes de que las circunstancias externas lo neutralicen y lo hagan desaparecer de nuevo.

¿Acaso el «feliz aislamiento» es felicidad personal a pesar de un entorno catastrófico, una especie de «felicidad mental» conscientemente construida e individual? ¿Es una manera de construir la propia felicidad con el intelecto, a través de lo que uno mismo ha ido tomando de los libros? Si se trata de alimentarse de los libros para vivir la propia vida, tal recurso no funciona cuando la vida cotidiana está sometida al acoso. Yo tenía un puñado de amigos íntimos, leíamos libros y los comentábamos. Nuestra ocupación principal era aplicar a nuestra propia vida lo que habíamos leído. Podíamos leer y releer sobre nuestra miseria en libros de ensayo, con formulaciones objetivas, análisis precisos y comentarios asépticos. Podíamos ver aquella miseria reflejada en poemas y novelas, en la inmediatez de la imagen poética. La lectura de ambos tipos de obras nos proporcionaba apoyo, puesto que confirmaba a cada uno su propio estado. Ayudaba a no sentirse mudo ante uno mismo. Pero cambiar no podían cambiar nada los libros, tan sólo mostraban cómo es uno cuando la felicidad no está a su alcance. Y eso es mucho, jamás he esperado más de ningún libro. Así pues, si la «felicidad mental» construida intelectualmente no resuelve el problema, si no entra dentro de la «felicidad del aislamiento», hablamos de «felicidad del corazón». ¿Pero acaso no está en la cabeza lo que llamamos «asuntos del corazón»? ¿Acaso las personas que han sufrido daños o que están destrozadas del todo pueden mantener intactas siquiera sus relaciones íntimas, esas de las que tanto dependen? El amor no es otro país, está allí donde uno tiene los pies y la cabeza. Uno ha de enfrentarse a las circunstancias externas a diario. Puede mantener a salvo un pedacito de sí mismo a través del amor, y allí sentirse diferente a como se siente en esa nada que se ignora, en el territorio vigilado o sometido a un acoso constante. Pero justo por eso, el amor también se convertía en acción que perseguía sustituir a todas las demás libertades. No conozco ningún país donde el amor fuera tan hambriento como en Rumanía. Por encima de las jerarquías, en todas las escuelas y fábricas donde trabajé abundaban las relaciones

extramatrimoniales. Los hombres y mujeres parecían imanes; obviamente, la miseria de sus puestos de trabajo les hacía estar disponibles. Entregarse al deseo en un rincón escondido y cochambroso de la fábrica hacía soportable la perturbación de la cadena de producción o del trabajo de oficina. Y las consecuencias eran que no conozco ningún otro país en el que lo íntimo se mezclara tanto y tan comúnmente con la mentira, el engaño, la hipocresía, con la aniquilación de su propia sustancia. Ningún otro país con tanta violencia en la familia, tantos divorcios o tantos niños que no llegaron a ser. Con los nervios destrozados, la «felicidad del corazón» no se puede alcanzar.

Entonces, como pilar de la «felicidad del aislamiento» sólo quedaría la isla como paisaje, el sentirse en armonía con el paisaje. Por experiencia propia sé, sin embargo, que el paisaje no se puede mantener al margen del Estado. Se convertiría en belleza absoluta, sin transición, y los nervios destrozados no estarían a su altura. El paisaje mostraría cuán indiferente le resulta cuanto sucede a las personas. Sería como un armisticio, un silencio al margen del trajín de los días, un estado de ignorancia total con ribetes verdes que se bastaría a sí mismo. Con los nervios desquiciados no se puede soportar ser abrumado por la belleza. El paisaje se convierte en deslumbrante puesta en escena de la existencia, en panorama de los miedos, en una duplicación de lo que debería ser natural y nos han robado. Cuando no se tiene ninguna salida sobre el asfalto, se ve el paisaje como un material arrogante, muestra de superioridad temporal: piedras milenarias, el eterno fluir del agua, el incontable retorno de las hojas y las hierbas. En el paisaje, todo carece de memoria en su absoluta despreocupación por lo que fue ayer y lo que será mañana. Porque la bonita expresión «nervios de las hojas» no tiene nada que ver con los nervios humanos, las «arterias de las hojas» no tienen nada que ver con la arteria de la sien o con las arterias del cuello. Si uno busca definir la «felicidad del aislamiento» no debe pensar en estas cosas.

Para hallar alguna felicidad en la «isla» hace falta tener fe en la isla. Cuando uno llega intacto a ella, la isla se mantiene dentro de sus márgenes, se comporta y permite la admiración. Cuando uno llega a ella con un trastorno crónico, la isla le ataca, le hace un tajo sin anestesia estética. Hay que defenderse de la isla. La isla se

proyecta sin escrúpulos en el interior del cuerpo de manera que uno se desgarra aún más. La isla aísla. En el intercambio de agresiones con la isla siempre se está en desventaja.

En los países occidentales les gusta repetir cada cierto tiempo una encuesta a los escritores para descubrir qué libros de otros autores son los más importantes para cada uno. La típica frase de esta encuesta reza: «¿Qué libros se llevaría si tuviera que irse a una isla desierta?». Para mí, esta pregunta es de una ingenuidad aterradora. Si TUVIERA que irme a una isla porque me obligaran a ello, estoy segura de que no me dejarían llevarme ni uno solo de los libros que amo, porque todos y cada uno de ellos estarían prohibidos de antemano. Es más, tal vez ME OBLIGARÍAN a irme a la isla justo porque me gustan esos libros y porque he guardado su contenido en mi interior. Tendría que irme a la isla como castigo por esos libros. Ahora bien, si no ME OBLIGARAN a ir sino que fuera yo porque QUISIERA, si también pudiera abandonar la isla en cualquier momento, ir y venir a placer, entonces igualmente podría cambiar de libros cada vez. O me quedaría en la isla y pediría que me enviaran los libros allá. Cuando los intelectuales occidentales hablan de una «isla» es porque huelen el perfume de la libertad ejemplar. Una isla en la que nada se rigiera por leyes ni obligaciones… y, como colofón, con un buen libro que leer. Eso ya es el no-vamás de la autoafirmación. Ni que decir tiene que a la isla no sólo se llevaría uno sus buenos libros, sino también buena ropa, buenos cosméticos, buena comida y una buena salud… y, claro, también buenos medicamentos, por si acaso.

¿Por qué necesitarán los redactores de revistas occidentales, cuya vida jamás se ha visto ensombrecida por la represión en forma alguna, recurrir a esa chispa subversiva absurda cuando pretenden hacer atractiva una encuesta? Naturalmente están al corriente de que hubo islas para enfermos de peste o de lepra, y de que también hay islas prisión. Nelson Mandela estuvo preso en una isla, y el antiguo cabeza del PKK[40], Öcalan, es el único habitante de una isla prisión. Los gobernantes siempre han aprovechado que el agua forma un cerco fácil de vigilar, muy apto para el aislamiento. A pesar de todo, los intelectuales del Oeste siguen asociando lo de «tener que irse a una isla» con un montón de libertades personales. No les irritan ni la palabra ISLA ni la construcción SER OBLIGADO.

Preguntan por una decisión libre con una frase cuya condición de base es la falta de libertad. Tienen la cabeza llena de libros; eso sí, ninguno les ha servido para comprender ni un solo detalle de lo que es la falta de libertad.

Aquí, en Alemania[41]

A los pocos días de llegar de Rumanía me invitaron a cenar en una casa. Cuando entré en la cocina, el anfitrión tenía un asado de cordero en el horno. Era la primera vez que veía un horno con puerta de cristal y luz interior. No podía apartar la vista, la luz exponía la carne como en un escaparate. Las burbujitas de calor se desplazaban para acá y para allá, respiraban y estallaban. Yo veía aquella carne dorada y brillante como un reportaje de paisajes en una televisión en color: un sol envuelto en la bruma y rocas de cordero habitadas por animales de cristal. El anfitrión abrió la puerta del horno y, mientras daba vuelta a los pedazos de carne, dijo: «El que también es rumano es Canetti…». Yo dije: «Canetti es búlgaro». El anfitrión dijo: «¡Anda! Si es que con esos países me confundo siempre, aunque las capitales sí que me las sé: Bulgaria – Sofía, Rumanía – Budapest». Yo dije: «Budapest es la capital de Hungría, la de Rumanía es Bucarest». En mi reportaje, el pedazo de carne que giraba ensartado en el tenedor de horno era un gran cangrejo de río que irrumpía en el paisaje. Y creí que aquella confusión sólo se había producido en su cabeza porque al mismo tiempo volvía los pedazos de carne en la fuente. Cerró la puerta del horno y dijo: «Espero que te guste. ¿Has comido cordero alguna vez?». «En Rumanía se come mucho cordero», aseguré, «la epopeya nacional, el equivalente al *Cantar de los Nibelungos*, trata de ovejas y pastores». «¡Qué gracia!», dijo. Y yo corregí: «No tiene ninguna gracia, trata del engaño y del abandono total ante el miedo, el dolor y la muerte».

El alemán es mi lengua materna. Desde el principio, en Alemania entendía cada palabra. Todas y cada una eran palabras conocidas y, sin embargo, el mensaje de muchas frases me resultaba ambiguo. Yo no era capaz de valorar la situación, la intención con la que se pronunciaban. Buscaba un sentido a expresiones

coloquiales del tipo «¡Qué gracia!», las entendía como comentarios literales. No comprendía que eran una especie de suspiro de relleno, que en realidad no significaban nada más que «¡Ah!» o «¡Vaya!». Yo las entendía como frases plenas, pensaba: «gracioso» no deja de ser lo contrario de «triste». Cada palabra pronunciada, creía yo, tiene que ser un mensaje con contenido real, de otro modo, no se habría pronunciado. Yo conocía la acción de hablar y la acción de callar, aquel interludio de silencio articulado me era desconocido.

Dos veces fui a comprar flores a la misma tienda. La dependienta, una mujer en torno a los cincuenta, se acordó de mí de la primera vez. Como premio por mi regreso, me escogió las bocas de dragón más bonitas de todo el cubo, vaciló un instante y me preguntó: «¿De dónde es usted paisana, es francesa?». Como no me gusta la palabra «paisana», yo también vacilé un instante y se creó un vacío de silencio entre las dos hasta que dije: «No, soy rumana». Ella dijo: «Bueno, no pasa nada», y sonrió como si, de repente, le hubiera entrado dolor de muelas. Su tono era benevolente, como quien dice: son cosas que pasan, un fallo sin importancia. Y no volvió a levantar la vista, se quedó mirando fijamente el ramo de flores ya envuelto. Le daba apuro, me había sobreestimado. Ya al pedirle un ramo de «bocas de dragón» no pude evitar pensar: en el alemán que traigo conmigo, en Rumanía, esas flores se llaman *Froschgöschl*, a saber: «bocas de rana», y en mi pueblo, en casa, les decimos simplemente *quaken*, es decir, las designamos como el canto de esas ranas, nada más. La diferencia entre los dragones y las ranas no podría ser mayor, la propia comparación entre ambos animales es aberrante[42]. La boca de la noble fiera del alemán de Alemania es una boca de rana o un canto de rana sobreestimado hasta lo grotesco. De la misma manera me sobreestimarían a mí unos minutos más tarde.

Cuántas veces no habré tenido que responder, en Alemania, de dónde soy. En el quiosco o en la modista, en el zapatero o en la panadería, en la farmacia. Entro, saludo, pido lo que quiero, los dependientes me atienden, me dicen el precio y luego, tras tomar un trago de aire: «¿De dónde es usted?». En el intervalo entre dejar el dinero sobre el mostrador y guardarme las vueltas digo: «De Rumanía». Como hay que hablar un poco del correspondiente zapato o traje, de lo que se puede hacer y lo que no, en tanto

dejamos bien claro el proceso del arreglo he dicho varias frases seguidas. Todas las veces me despiden con la frase: «Pues ya habla usted muy bien el alemán». Yo no quiero dejarlo estar pero tampoco puedo añadir nada. El corazón se me sale por las orejas, quiero salir a la calle cuanto antes y llamando la atención lo menos posible, con lo cual al llegar a la puerta hago justo lo contrario de lo que hay que hacer y llamo la atención. Si hay que empujar, tiro; si hay que tirar, empujo. Quiero desaparecer, hacerme invisible, y meto la pata hasta el fondo. Porque en la puerta de la modista o de la zapatería suele haber, para colmo, una campanilla que pone sonido a mi estado interior. Las palpitaciones de mi corazón retumban en todo el local hasta que por fin me encuentro en la calle. Es la campanilla del dominio. A menudo, aun hay otros clientes y ladean un poco la cabeza y me miran.

A continuación, mientras camino por la calle, me imagino cómo sería si cada cliente que me sigue o antecede tuviera que decir de dónde es. Barajo nombres de lugares y busco rimas: «Buenos días, querría tapones de cera, soy de la Baja Baviera. Buenos días, querría aspirina infantil y soy de Kiel[43]. Buenos días, dos botellas de champán, soy de Aquisgrán. Querría polvos para los pies, yo soy vienés». O para despedirse: «Hasta luego, soy de Bonn, ya vuelvo en otra ocasión». Me hago reír a mí misma y soy consciente de que: primero, río demasiado tarde, segundo: río a mi propia costa, puesto que el arma de las rimas no hiere a nadie y tampoco me servirá de nada la próxima vez. Creo música para combatir la campanilla de la puerta, pero no logro crear una coraza que me proteja. Y la necesitaría, igual que los zapatos necesitan suelas nuevas.

Cuántas frases comienzan desde hace ya doce años con las palabras: «Aquí, en Alemania…». Lo que más desearía es saltar a la defensiva, pero luego me contengo y digo: «Yo también estoy aquí, en Alemania». Tras mirarme con ojos incrédulos y aún más abiertos, me repiten como queriendo rectificar lo anterior: «Sin embargo, aquí, en Alemania, no pronunciamos *bretzel* sino *breetzel*. La primera *e* se alarga y la segunda es como si se tragase, ¿comprende? No es tan importante, pero, bueno, ahora ya lo sabe». A ello le sigue una sonrisa que yo interpreto como: «No se lo tome a mal». Sin embargo, a continuación y en un tono interrogante inequívoco

viene la frase: «¿Está claro?». Yo asiento con la cabeza y hasta supero sus expectativas pidiendo un *bretzel* de levadura: *Laugenbretzel*. Y al dependiente le parece estupendo: «Toll[44]!». Ya voy de regreso por las escaleras mecánicas y comienza a rondarme en la cabeza la palabra *toll*. Yo de *toll* sólo conozco otros significados muy distintos: *Tollwut* —la enfermedad de la rabia—, *Tollkirsche* —belladona—, *Tollhaus* —manicomio—… y luego existe el atolón, se puede estar atolondrado… y, en cierto modo, también resuena la palabra *toll* en «tolerancia» y en «ayatolá». Cada una de esas palabras es casi igual de larga que *Laugenbretzel*. ¿Debería habérselas enumerado al dependiente de la panadería? O también me viene a la cabeza el anuncio del famoso pan Paech[45] que siempre veo en el metro: «Antes del "sí" la novia sigue callada, pues de pan Paech masca una última rebanada». ¿Debería haberle dicho al dependiente lo mucho que me gusta la expresión *Paech-Brot*[46]? ¿Debería haberle dicho que el pan de «amolde» expresa para mí, y de la forma más concisa imaginable, todo lo que le hacen a la gente en las dictaduras? ¿Que, en los interrogatorios, el agente de los servicios secretos solía decirme que no olvidara que comía pan rumano? Desde luego, por entonces yo no tenía ni idea de cómo podría expresarse en una única palabra esa crueldad con que me trataban. Hasta que no llegué a Berlín y vi aquel anuncio en el metro no descubrí que «pan de amolde» era la palabra idónea para la destrucción de los nervios. Me quedé atónita; la frase: «Ya me he comido mi pan de amolde» es de una claridad tan asombrosa como la de Semprún: «Patria es lo que hablamos». La expresión es tan adecuada para la descripción de la dictadura que incluso podría decirse: «Como Semprún ya ha comido su pan de amolde, sabe que la patria no la constituye el lenguaje sino lo que hablamos».

¿Qué hablamos cuando me cruzo con la vecina en el portal, junto a los buzones, y mientras subimos juntas las escaleras me cuenta que no pega ojo por las noches porque su niño de tres años se le sube a la cama entre las dos y las tres de la mañana con una ovejita de trapo en la mano porque quiere jugar? «Este niño es el terror de una madre…», afirma. «No creo que a los servicios secretos rumanos se les ocurrieran métodos peores». Es historiadora de profesión. ¿Debería decirle que los servicios secretos rumanos no querían jugar conmigo con muñequitos de trapo?

Todos estos ejemplos suceden constantemente, son el día a día. También en la política y en la industria del libro. Igualmente, el señor Rüttgers, presidente del Land de Renania-Westfalia, tiene su jueguecillo de palabras. Dice: «Kinder statt Inder[47]», y es una rima que alude a la política del presidente Gerhard Schröder. Porque el señor Schröder quiere que vengan a trabajar inmigrantes de la India pero que, pasados tres o cinco años, se vuelvan a marchar. Los coches de alquiler también se toman, se pagan y se devuelven después de cierto tiempo, cuando uno ya tiene su propio coche nuevo. Desde el punto de vista alemán, todo trabajador de la India, ennoblecido por su estancia en Alemania, se volverá a su país a los tres años llevando consigo toda suerte de experiencias: el reconocimiento en la oficina y las explicaciones en las tiendas cuando «aquí, en Alemania» no pronuncie correctamente las dos *es* del *bretzel*. Y a lo mejor también se lleva consigo las taquicardias en los pasos subterráneos y los tranvías de las ciudades en la oscuridad, o, a plena luz del día, en las gasolineras que hay entre ellas, o en las montañas, los lagos o en cualquiera de los lugares donde un indio puede convertirse en presa fácil de los cabezas rapadas alemanes.

La rima del señor Rüttgers va en contra de la invitación del señor Schröder a los trabajadores extranjeros, aunque el señor Schröder también diga muy claro cuándo plegará de nuevo la cama de invitados. Pero el señor Rüttgers lo sabe: tenemos un vivo ejemplo en Alemania. Lo que pasa con esos trabajadores invitados[48] es que también están ahí, también ocupan lugar fuera de las horas de trabajo, en las que bien se podría prescindir de ellos. Se les hace venir para trabajar pero ellos, entretanto, viven. Y luego emprenden cosas duraderas, fundan hogares y familias, se quedan en el país y tienen hijos. Y luego, esos hijos también son indios; si no del todo, al menos a medias. Se tarda más de una vida, han de pasar varias generaciones hasta que llegan a pronunciar correctamente las dos *es* del *bretzel*, alargando la primera y como si se tragase la segunda. Los turcos ya nos han mostrado cómo es eso. Y, a pesar de los constantes sermones por la integración a cargo de sus políticos, Alemania sigue sin estar dispuesta a reconocer a una minoría turca en su territorio. A los turcos se les sigue considerando extranjeros. Y en el alemán políticamente más correcto, en ese

alemán que se muerde la lengua por cortesía, se les llama: *Mitbürger*, «conciudadanos». Suena a contención del disgusto ante la pertenencia a un mismo territorio. La anatomía de la palabra «conciudadano» la conozco de antes. El Estado rumano denominaba «nacionalidades conciudadanas» a las minorías húngara, alemana y serbia que vivían en Rumanía desde hacía cientos de años, en algunas zonas incluso antes que los rumanos. Como todos los que no eran rumanos, y en tanto miembro de la minoría alemana, yo también fui y jamás dejé de ser una invitada nacida en la patria de los rumanos, por más que mi familia llevara trescientos años asentada allí. El que aquel agente de los servicios secretos, en su interrogatorio, me recordara que comía pan rumano era cínico. Pues mi familia tenía muchas tierras, mi abuelo era comerciante de grano y fue desposeído de todo por el mismo Estado en cuyo nombre me interrogaba el agente. Así pues, yo comía pan rumano porque a mi familia la habían saqueado por decreto estatal con el fin de convertirla en juguete de la hospitalidad rumana, ahora en calidad de «conciudadana». Mantener esa condición de «invitado» después de trescientos años es todo un logro, ese mérito no se le puede negar a Rumanía. Podría ser que Alemania también lo consiguiera con los turcos, incluso sin el aparato de acoso socialista.

A partir del ejemplo de los turcos en Alemania ya podría decirse respecto a los indios lo siguiente: lo mejor para Alemania serían indios virtuales, hoy que está tan de moda esa palabra. A lo mejor alguna empresa de juguetes japonesa podría fabricar trabajadores indios en versión tamagochi y entregarlos en grandes cajas. En las instrucciones de uso pondría: no ocupan lugar fuera de sus horas de trabajo, basta alimentar al final de la jornada y conservar en cajones refrigerados. No cabe temer que hagan vida familiar.

Desde 1945 y aún con más afán desde la reunificación, Alemania se esmera en construir la «normalidad». Esa normalidad se busca, por un lado, en el tratamiento que las «generaciones posteriores» han de dar al desastre del nacionalsocialismo, es decir, en un terreno cuya única normalidad consiste en que jamás existirá tal normalidad. Por otro lado, la normalidad se busca en el deseo de que los alemanes del este y el oeste lleguen a ser iguales. Una normalidad rápida para que no haya que hablar de las consecuencias de la dictadura socialista. No obstante, Alemania del

Este sigue siendo diferente, la huella de cuarenta años de privación de una voz propia no se habrá borrado cuando terminen de renovar el asfalto de la última carretera del último pueblo. En lugar de eso, alcanzar la normalidad podría consistir en que los alemanes de Alemania dejasen de decir una y otra vez a los que llegan al país con un acento diferente: «Aquí, en Alemania». Podría llegar a ser normal que ese acento extranjero no tuviera que explicar de dónde procede cuando va a comprar aspirinas, que ese acento no tuviera que practicar las *es* para comprar *bretzel*, alargando la primera y como si se tragara la segunda. Como todos los políticos, también el señor Rüttgers —rima aparte— habla de la integración de los extranjeros. Para apoyar sus intenciones estoy tentada de hacerle una propuesta: un programa de integración de una sola frase que rezara: «la integración del acento extranjero en el *bretzel* alemán». El programa sería concreto. Y es que conozco a bastante gente que, por primera vez, creería que el señor Rüttgers tiene intención de hacer lo que dice.

También la industria del libro se afana por conseguir la normalidad. Algunos críticos literarios anhelan la novela alemana global, esa novela en la que se manifieste de un modo claro y conciso el gran denominador común y no, como hasta ahora, lo marginal. Insisten en el presente. En el caso de los temas alemanes, la suerte es que el concepto de presente es muy elástico, se estira hasta varias décadas atrás. A ninguna novela que tematice inquietudes alemanas de momentos bastante alejados en el tiempo, ya sean la posguerra, los años del milagro alemán o la época en torno al 68, le echan en cara los críticos que trata de un pasado muy remoto, puesto que garantiza la conciencia de unión alemana por partida doble, unión que ya existía en esos tiempos y que tanto les gusta consolidar de nuevo al leer. Ahora bien, cuando se viene de otro país, como es mi caso, y se escribe en alemán pero no sobre estos temas sino sobre el otro país, entonces la crítica literaria considera que los acontecimientos de hace doce años ya son un pasado remoto desde hace diez. Lo vivo con cada libro: cierto es que los críticos literarios alemanes lo formulan de un modo un tanto más enrevesado que los vendedores de *bretzel* o de aspirinas, pero sus deseos van en la misma dirección. También ellos quieren ver de una vez el acento de aquí en mis libros. Me aconsejan que

deje de hablar del pasado y que escriba sobre Alemania de una vez. Como la mayoría de la gente en este país, opinan que, para borrar el pasado, basta con ocuparse del presente de un modo lo bastante exhaustivo, basta con mirar el pan alemán para olvidar el pan de amolde. Yo no tendría nada en contra si la receta funcionara. Pero no funciona. Según mi experiencia, es justo al contrario. Cuanto más se adaptan mis ojos a Alemania, más vinculado veo el ahora con el pasado. No tengo elección, estoy sentada ante mi escritorio, no en la zapatería. A veces me gustaría preguntar en voz alta: ¿Alguien ha oído hablar de los daños irreparables? Hace mucho que dejé atrás Rumanía. Pero no he dejado atrás el desamparo de las personas en la dictadura, siempre intencionado y dirigido desde arriba, ni la herencia que la dictadura ha dejado en tantos ámbitos y que tan claramente salta a la vista. Por más que los alemanes orientales ya no digan nada al respecto y que los occidentales tampoco quieran oír nada más, a mí el tema no me deja en paz. Cuando escribo, tengo que detenerme allí donde más herida estoy en mi interior, de otro modo no tendría por qué escribir siquiera. Además, me identifico del todo con el anuncio del pan Paech del metro de Berlín: «Antes del “sí” la novia sigue callada, pues de pan de amolde masca una última rebanada».

Nota: El pan del anuncio no se escribe exactamente así, pero como decía la dependienta de la floristería: «Bueno, no pasa nada».

Cuando hay algo en el aire, no suele ser nada bueno…

Cuando hay algo en el aire, no suele ser nada bueno. Hay un componente de miedo en esta expresión, huele a peligro. Se está hablando de las propias sensaciones al decir que hay algo en el aire. Lo que nos ronda la cabeza de repente está fuera, tan desmesurado que no podemos ir a ninguna parte donde no esté. Son los propios presentimientos los que requieren esa imagen del aire. Uno habla de sí mismo sin necesidad de mencionarse.

En el aire no puede haber nada, a lo sumo aire. Y, si se mueve, ese aire es el viento. Se levanta en el espacio que rodea su camino. Y sólo porque los objetos que hay en ese espacio se mueven, vemos que el viento se ha adueñado de ellos. El viento en sí no se ve, lo que se ve son los movimientos de los objetos que atrapa: golpear, elevarse… Con ruido o en silencio, el viento los anima. En alemán se dice que se vuelven VENTOSOS[49]. También de una persona se puede decir que es VENTOSA cuando es «voluble» y «le dan ventoleras» pero también se usa el término en el sentido de «aviesa». Y aquí se cierra un círculo: cuando hay algo en el aire, tiene que ver con un peligro que parte del ser humano.

Para mí siempre ha habido y siempre habrá una diferencia entre hablar del cielo y poner el cielo en plural, con lo cual entramos en el ámbito poético: «los cielos». Lo mismo al hablar del miedo que le infunden a uno otras personas. Se hace patente cuando también formamos el plural de miedo y hablamos de los MIEDOS. Porque el miedo causado por la represión diaria —con métodos directos o solapados, pero siempre nuevos— ocupa las horas del día, las semanas de los meses y el tiempo de los años. Ocupa el tictac del reloj al igual que el alboroto del día y el silencio de la noche en las calles. A lo mejor habría que clasificar el miedo en dos tipos

completamente distintos: el miedo CORTO, inesperado, que se disipa una vez desaparece su causa; y el miedo LARGO, un miedo que uno conoce a la perfección y del que tan sólo le sorprenden los medios, nuevos e inesperados cada día, con los que es provocado. En el caso de la persecución política, tenemos el miedo largo, que forma parte de uno mismo, impregnando a fondo cada momento, extendiéndose lascivamente, y acompaña todo cuanto uno pueda imaginar. Este miedo LARGO, un miedo de base, está compuesto por muchos miedos que tienen en común una cosa: su fuente de origen son siempre los mismos individuos VENTOSOS que, mediante ingeniosos instrumentos, trabajan con precisión para que al miedo largo no le salgan fisuras por ninguna parte, para que se vuelva más grande que uno mismo, para que le pertenezcamos por completo y ya no podamos ser tan sólo una persona que tiene miedo sino que nos convirtamos en una persona poseída por el miedo.

El hecho de que, al formar el plural de miedo —MIEDOS—, el lenguaje no se eche a temblar es para mí una prueba de que el lenguaje no permite que se haga cualquier cosa con él. A diferencia de «los cielos», «los miedos» no tienen nada de poético. Son una cosa opaca, no abren nada, obstruyen la visión, el exterior se enfría hasta congelarse, el interior bulle, se refrota compulsivamente y se recalienta hasta el ardor. Conozco los miedos por mí misma y por otras personas de la Rumanía de Ceausescu. Quienes me los «provocaron», y aquí hemos de tomar el verbo en su sentido literal más estricto (a saber: planificar primero sobre el papel, formular después objetivos concretos y convertirlos en hechos por parte de un personal del Estado entrenado y empleado para tal fin), fueron personas VENTOSAS. Tal vez el miedo largo sea como el aire, que se extiende invisible y está repartido por todas partes. Yo me volví «comemiedos», ya no recuerdo dónde leí esta palabra tan certera. En correspondencia, los VENTOSOS eran «metemiedos profesionales[50]». Trabajaban bien y les pagaban bien por ello.

Sé que muchos de los metemiedos de entonces van hoy por ahí como si fueran civiles inocentes. Suerte para mí, aunque también para ellos, porque no son ellos los que se han vuelto más civiles por conciencia propia, sino porque han llegado tiempos más civiles, si bien ellos trataron de impedirlo. Ahora reciben encargos más

civiles. Sin embargo, los metemiedos eran y siguen siendo en sí mismos seres difusos, sólo adquieren un perfil concreto al cumplir el objetivo para el que se les contrató. Si ese objetivo se vuelve más humano, ellos no sienten más escrúpulos pero sí se vuelven menos peligrosos: agentes de los servicios secretos, policías, militares, empleados de las cárceles, abogados, médicos, periodistas, profesores y catedráticos, sacerdotes, ingenieros, empleados de correos… Podría continuar con la enumeración hasta llegar a las amas de casa y los jubilados, y seguiría dentro del mismo marco, pasando, pues, por todas las categorías de VENTOSOS cuya labor consistió en alimentar el miedo de los demás con un repertorio de técnicas que abarca desde los micrófonos direccionales y los accidentes de tráfico simulados hasta el fingimiento de estrechas amistades. Hoy esperan en Rumanía, como en todas las dictaduras que se han quedado frías en el Este de Europa, a que se les abra paso a la «ciénaga capitalista», como —con tanto odio como envidia— llamaron a la Europa occidental hasta la caída de las dictaduras. Europa, con la que ahora habrán de ganar, en su día supuso para ellos un desmoronamiento interior al hacerles perder su poder. Ahora se han recompuesto y tienen como objetivo hacer cualquier cosa que les exija la misión llamada «Europa». Funcionan de nuevo, igual que un tren que se cambia de vía. Consideran que ha llegado el momento de vivir en sus casas tan bien como lo hacen desde hace décadas sus enemigos de la «ciénaga capitalista». Y como los que tachaban de enemigos del Estado, a los que metieron en la cárcel o atormentaron hasta que abandonaron el país asqueados y con los nervios deshechos.

El que hoy en día los metemiedos y yo seamos iguales es para la mayoría de ellos, cuando se comparan conmigo, una derrota. Y ven la entrada en Europa como una compensación material por esa derrota. Yo estoy igual de desgarrada que ellos: no me hace ninguna gracia que ahora, de repente, exijan para sí mismos aquello que condenaron y prohibieron drásticamente durante décadas con todo aquel repertorio de amenazas, registros domiciliarios, interrogatorios, tratamientos psiquiátricos forzosos, disparos por intento de fuga, detenciones, torturas y asesinatos. Sin duda me invade la rabia porque alejaron de mí a mis amigos para siempre, en parte mediante coacción; a otros incluso los acabaron

enterrando, mientras que a mí, después de convertirme en presa, me obligaron a abandonar el país. Sin duda aún hoy me pregunto cómo nunca se espantan de sí mismos, cuando saben que han arruinado la vida de miles de personas para quienes el país era su hogar, tan suyo como lo es para ellos. Y con qué derecho obligaron a exiliarse a otros tantos miles, cuando sabían que la tierra que pisaban les pertenecía tanto como a ellos. Y que se han librado para siempre de los que encerraran en el exterior, porque del exilio nunca se regresa siendo la misma persona que se fue. Por otra parte, encontramos el deseo de los metemiedos de vivir en su patria, mancillada por tantos crímenes, de la misma manera que sus enemigos de antaño. Porque lo que pretenden ahora descarta para siempre que puedan volver a meterme miedo. Cuando subí a un tren nocturno para salir del país, un policía me dijo en la escalerilla del vagón: «Te pillaremos, estés donde estés». Una vez en Alemania, aún tuve que vivir tres años soportando amenazas de muerte a través de llamadas y cartas anónimas. El lazo de los metemiedos me había seguido, contra eso no se podía hacer nada. Aún no he perdido el escepticismo, sólo he perdido el miedo que les tenía. Con eso no había contado, después de que su lazo me siguiera al exilio. Perder el miedo es una ganancia para mí, la mayor ganancia desde que tengo uso de razón.

Desde que tengo uso de razón había en la casa de mis padres, colgada en la pared de una habitación de paso, una llave monstruosa. Era de madera lacada de negro con cantos dorados. Cuando aprendí a andar me llegaba desde los dedos de los pies a la garganta. Y la llamaban la LLAVE DEL CIELO. Aunque no por su forma, por el brillo del material recordaba en algo a un ataúd o a un altar en forma de llave. Al pasar junto a ella, la Llave del Cielo te acechaba. Yo veía cómo la laca negra con sus cantos dorados me seguía por el rabillo del ojo, pensando en si atraparme y mandarme al cielo o no. En el cielo estaban todos los muertos, los desaparecidos y los caídos en la guerra y aquéllos a los que Dios Nuestro Señor seleccionaba para morir, y aquellos que se seleccionaban por su cuenta mediante el suicidio. Todo el mundo conocía a todo el mundo en el pueblo. Debido a esta intimidad —intimidad fruto de la coexistencia en escasos metros cuadrados y no del cariño—, las causas de las muertes tenían poco que ver con las

enfermedades que diagnosticaba el médico. Las causas de las muertes se determinaban en función de un baremo sui géneris de lo que eran el bien y el mal, la virtud y la vergüenza. A ello se añadía la superstición, lo que daba como resultado todo un entramado de «argumentos» que demostraban que cada difunto había merecido su muerte. Resultaba que el muerto había provocado al Señor hasta el punto de que éste no había tenido más remedio que actuar para llevárselo de la vida a la muerte. El Dios católico transformaba todos los errores en enfermedades. Era el testigo principal de todo… y un pueblerino, era exactamente igual que quienes le invocaban. Compartía sus mismos modelos de vida desde su morada en el cielo del pueblucho. Era como el hombre más viejo del pueblo que prestaba su autoridad a sus vecinos para elogiar o castigar con la conciencia tranquila. Por haber caído en la mentira, el robo, la envidia o el adulterio, el Dios del pueblo imponía piedras en el riñón, asma, hernias inguinales, glaucoma, una embolia cerebral o un cáncer.

Como teníamos la Llave del Cielo colgada en aquella habitación de paso, bajar la guardia no sólo era arriesgado en presencia de más gente sino también en casa, a solas con uno mismo. «No te mires tanto al espejo», decía mi abuela, «no seas orgullosa, mira que ahí está la Llave del Cielo». Debía de tener razón porque todos los espejos de la casa estaban llenos de manchas, tenían unos nubarrones del tamaño de una nuez. En el espejo, el cielo venía a comerme la cara cuando me miraba. Le dejaba comerme el pelo, las mejillas, la nariz y el cuello. Sin embargo, siempre estaba alerta para que no me rozase los ojos ni la boca. Lo que decía mi madre era más retorcido: «No has fregado el suelo dándole primero una pasada con bastante agua, luego una húmeda y una última para secar, como yo te he dicho. Se ve todo lleno de rayas, y eso es que sólo le has dado una pasada húmeda, una chapuza para terminar antes. ¿Qué crees, que no se nota? ¿Es que no piensas en la Llave del Cielo?». Pues claro que pensaba en la Llave, sobre todo cuando hacía alguna chapuza. Pero la hacía de todas maneras porque pensaba que tampoco se puede dar gusto al Señor en todo; si no, no se moriría uno nunca. Y puesto que uno no puede evitar cometer toda suerte de deslices involuntarios, tampoco pasaba nada por echarse a las espaldas algunos más de propina. El Señor no deja de

hacer sus selecciones por mucho que me esmere yo al fregar. Y, justo porque Él hace esas selecciones, qué menos que ganar yo un poco de tiempo para jugar hasta entonces.

Estaba convencida de que la Llave del Cielo sabía hablar. De que informaba de los errores del día cada noche, cuando el aire de los alrededores se vuelve tan negro como ella. De que, cuando el cielo se acercaba negro a la tierra, se ponía a hablar con los adultos, puesto que era su pueblo. Todo, desde el polvo de las calles hasta el vértice de las copas de los árboles, es de su propiedad, pensaba yo. Las casas y los animales, los pozos, la estación, la taberna y la sala de baile, la iglesia y el cementerio. Y sobre todo son de su propiedad los niños. Saber que tenía padres significaba que eran mis dueños (quizá del mismo modo en que, más adelante, de adulta, el miedo que tenía era dueño de mí). Jamás intenté ganarme el favor de la Llave del Cielo. En todos aquellos años, tan sólo dos veces arrimé una silla a la pared, me subí y pasé los dedos por la Llave. Quería comprobar que de verdad no había más que madera debajo de la laca. Me latían las sienes, el pulso y el corazón, y el latido me llegaba hasta los dedos de los pies. En la habitación latía el silencio, la Llave tenía el tacto de la piel de los cachorritos de perro, a los que les late el corazón en la barriga al sacarlos del nido y levantarlos en el aire. La prueba confirmó mi temor: la Llave estaba viva.

Cuando me fui a la ciudad para estudiar el bachillerato y aquella pared dejó de pisarme los talones, sólo visitaba a mis padres el fin de semana como una turista que viene en el tren; cuando me miraban de arriba abajo porque olía a otro aire y ya no eran mis dueños incondicionales, la Llave se convirtió en una mera baratija colgada en la pared, artesanía de saldo. Entonces pude preguntar con absoluta naturalidad de dónde había salido esa Llave del Cielo. Y ya era hora de hacerlo, porque resultó que su origen era de lo más estúpido, hasta tal punto que, pensando en la sumisión que le había prestado, me dio vergüenza. Aquel origen desmontaba por completo la perversa fantasía que la había hecho tan especial. La Llave del Cielo había sido un regalo de la Cámara de Comercio de Viena a mi abuelo. Mi abuelo había sido comerciante de grano hasta la Segunda Guerra Mundial y tenía negocios en Viena. Ya no recordaba por qué motivo concreto se la habían regalado, dijo. Y

cuando le pregunté cómo era posible que la llave se hubiera convertido en un símbolo tan importante en nuestra casa si él ni siquiera recordaba el motivo del regalo, dijo: «No era ninguna Llave del Cielo cuando me la regalaron, era una llave de la cosecha. Se convirtió en Llave del Cielo porque un día que el vecino salía de casa muy borracho después de una partida de cartas miró a la pared y dijo: "¡Su padre, si tenéis ahí colgada la llave del cielo!"». En su origen era una llave de la cosecha, probablemente se la habrían dado por una cosecha muy buena, dijo mi abuelo.

Aquella llave no era nada bueno porque el cielo nunca fue nada bueno. Sus propietarios se apropiaron de ella como les pareció. A pesar de ser un objeto tan barato, se prestaba al papel que le asignaron. La llave de la cosecha no se parecía a ningún tipo de grano; con su imponente tamaño y su laca negra con cantos dorados parecía hecha para provocar el desvarío, se prestaba a esa categoría de Llave del Cielo a la que la mirada desencajada de un borracho la había elevado. Ahora me parecía patética. Su origen era el más tonto que puede haber. Me llevó bastante tiempo reconocer que cualquier otro origen hubiera sido igual de ridículo, puesto que a ningún pedazo de madera del mundo puede corresponderle la función de representar el Destino. Me parecía que todo aquel pueblo vivía con una simplicidad escalofriante y, entre la superstición y el Señor, no sólo en manso acuerdo con su propia insignificancia sino incluso en servil complicidad con la tierra, en una sumisión al Destino casi rayana en lo arrogante, que no sólo aceptaba cualquier forma de muerte sino que incluso la anhelaba.

En mi pueblo tenían la expresión: «El cielo corre». Y es verdad que cada día era el mismo y a la vez diferente. Y yo creía que arrastraba a los muertos, que los llevaba al trote, como un sargento a sus reclutas. Tampoco los muertos deben perder el miedo al cielo, no deben olvidar que han muerto como resultado de la suma de todos sus errores en la vida. En el cielo no debe irles mejor que en la vida, de otro modo, la muerte no supondría un castigo mayor que trabajar unas tierras inhóspitas con un calor insoportable o con un frío helador.

Durante mis primeros años en la ciudad, no presté ninguna atención al cielo, pues el cielo estaba demasiado quebrado y yo demasiado feliz por haber logrado escapar de las fantasías de una

niña que no tenía ni un solo libro de cuentos pero había hallado su sustituto en la Llave del Cielo, un sustituto que no hacía concesiones puesto que tampoco tenía la posibilidad de delegar en lo irreal, no se beneficiaba de las diferencias entre lo real y lo irreal. Los cuentos, como no estaban sobre ningún papel sino dentro de la propia casa, eran parte de la vida cotidiana. Las imágenes del miedo circulaban por todo el pueblo. Luego, sin embargo, tras once años en la ciudad, me fui a vivir a uno de los tres edificios conocidos como «Las torres», concretamente al del centro. A la quinta planta de un bloque de hormigón en las afueras de la ciudad. Por las ventanas de las habitaciones se veía el estadio, desde la cocina el hospital del distrito, famoso porque los pacientes hastiados de la vida se tiraban por sus ventanas. Entre medias, el campo reptaba hasta el último camino asfaltado. Por encima, el cielo abierto. Estaba gris y naranja por las fábricas. La ventana quedaba más alta que el cielo, y eso para unos ojos de las tierras bajas era un disparate. Veía el cielo como un charco. Como mi piso lo atravesaba por la mitad, tenía el cielo justo pegado a la ventana, me caía en el plato al comer. Tal vez no me habrían venido a la cabeza esas imágenes si los VENTOSOS vecinos, compañeros de la oficina o agentes de los servicios secretos no se hubieran afanado por meterme miedo. El problema no era tanto el cielo sino el sentimiento de inseguridad. En el vientre del cielo yo abría y cerraba la nevera, el armario, me lavaba y me peinaba, comía y dormía. Me sentía demasiado en el aire porque a menudo había cosas cambiadas cuando volvía a casa. Los servicios secretos controlaban mi hogar en mi ausencia, descolgaban un cuadro y lo dejaban sobre la cama, cambiaban las sillas de sitio, rasgaban las esquinas de los forros de la puerta del armario, echaban colillas al retrete. El miedo que antes tenía a la Llave del Cielo me parecía, en aquella torre de pisos, la preparación para lo que habría de venir más tarde. Sólo que más tarde nunca pude albergar la esperanza de que los servicios secretos no fueran más que unos servicios de la cosecha que juegan a ser todopoderosos. Tampoco eran de madera ni estaban clavados en la pared. La que estaba clavada era yo.

Cuando oí los términos «palabra clave, escena clave, experiencia clave», me parecieron terriblemente exactos para definir palabras, escenas o experiencias que resultan cruciales y tienen

consecuencias. Las expresiones que incluyen «clave» no tienen nunca nada de simbólico, ellas y yo sabemos que tienen que ver con la susceptibilidad de la Llave del Cielo. Yo evitaba las expresiones de ese tipo. Y me quedé atónita al oír por primera vez la expresión: «niño llavero[51]». Estaba estupefacta y me sentí como si me hubieran descubierto. En un sentido completamente distinto también podía decir que la Llave era más dueña de mí que a la inversa. En el pueblo habría necesitado el concepto «niña llavera», y no lo conocía.

Y al oír la expresión «al aire libre» —«bajo el cielo libre», como se dice literalmente en alemán—, de inmediato tenía que corregir en mi cabeza: «el aire o el cielo sólo pueden estar abiertos[52]». En el pueblo nunca se hablaba de aire libre ni de cielo libre. Todo el trabajo se realizaba en el exterior y no tenía nada de liberador, era un trabajo duro. Sobre el cielo del pueblo se decían frases prácticas, afirmaciones relacionadas con la climatología. Si nos fijamos en las palabras, son muy bonitas, pero no son bonitas adrede sino sin querer. El cielo corre. El cielo gira. El cielo se encoge. El cielo aprieta. El cielo se revuelve. El cielo tiene sed. Lo del «cielo libre» o el «aire libre» sólo se decía en la ciudad. Porque libres no estuvieron ni un solo día ni el cielo ni el aire, se limitaban a estar ABIERTOS. Yo sigo diciendo «aire abierto», nunca digo «aire libre».

En medio de un interrogatorio, el agente de los servicios secretos me dijo en voz baja: «El que se pone ropa limpia no puede ir sucio al cielo». Era verano, yo llevaba una blusa nueva, me había maquillado con especial cuidado, como siempre que recibía una orden para presentarme a que me humillasen. Quería tener buen aspecto. Ni siquiera hoy puedo explicar, si no es mediante conjeturas, por qué era tan importante para mí. Por entonces, automáticamente me arreglaba, pasaba largo rato delante del espejo. A lo mejor aquello me proporcionaba un anticipo de seguridad, de esa seguridad que luego, en el interrogatorio, desaparecía tan deprisa como una maleta robada. Con todo, presentarse bien arreglada a un interrogatorio sólo puede ser un triunfo frente al asco que provoca la impotencia. Incluso me sentí orgullosa cuando el agente me dijo aquello. «El que se pone ropa limpia no puede ir sucio al cielo» fue la amenaza de muerte más bonita que aquel tipo había formulado nunca. Porque al menos me

reconocía un mérito, al menos reconocía que, a pesar de sus afanes por meterme miedo, yo seguía lo bastante intacta como para afanarme por mi aspecto. De inmediato, entendí la frase en todos sus posibles recovecos no verbalizados. Con la de gente destrozada que conocía, gente tan puntillosa en su día pero que ahora no daba ni para cuidar su aspecto. Y él, encargado de destrozarla, sin duda conocería incontables personas que ya no tenían fuerzas ni para mantenerse aseados porque ya ni siquiera eran dueños de sí mismos.

La estación para abandonar el país estaba cerca de la frontera húngara, era una pequeña estación de frontera. Éramos unas veinte personas esperando el tren en una desangelada sala trasera bajo vigilancia policial. No teníamos autorización para abandonar la sala de espera ni para pisar el andén hasta que nos avisaran. Tras la última amenaza en la escalerilla del vagón: «Te pillaremos estés donde estés», me senté en aquel tren como un abrigo sin cuerpo dentro, como si únicamente hubiera caído de nuevo en un truco de los metemiedos. El tren zumbaba, era febrero, a primera hora de una tarde prematuramente oscura, los copos de nieve acompañaban con su halo blanquecino el movimiento sobre los raíles, el tren era un tren de verdad y nos movíamos de verdad. Pero yo no terminaba de dar crédito a aquel viaje, a que realmente me sacara de aquel país.

Luego, estábamos en Hungría. Y junto a los raíles del tren pasaban matorrales húngaros, manchas de nieve húngara, farolas húngaras. Y cuando se hizo de día, llegaron el cielo austriaco, cuervos austriacos, arbustos austriacos y álamos austriacos. El entorno del trayecto no buscaba la libertad. Falto de imaginación, todo crecía en rumano. El tren se alejaba, y, sin embargo, a pesar de la distancia, el paisaje permanecía ajeno a todo; para el paisaje no significan nada las diferencias que existen, por ejemplo, entre dictadura y libertad. Las fronteras ponen a las personas en contra del paisaje y en contra también del cerebro y su sentido común. No obstante, por primera vez era bueno que tales diferencias, que tales conceptos de frontera existiesen. Si no, aquel paisaje que se prolongaba igual todo el tiempo nunca me habría llevado a otro país, pensaba yo. Si eso servía para algo aún estaba por ver. Ante mis ojos pasaban aquellos álamos, ahora austriacos, pero en aquella

primera libertad del cerebro tocaban una canción del viento: Te pillaremos, estés donde estés.

Un día, ya llevaba un año viviendo en Berlín, me citaron en la Oficina estatal para Asilados Políticos. Me dijeron el nombre de un rumano que no conocía de nada y me mostraron su fotografía y su cuaderno de notas, en el que figuraban mi nombre y mi dirección. Sospechaban que aquel tipo había ido a Berlín como asesino a sueldo bajo las órdenes de los servicios secretos rumanos. Me advirtieron de ciertas tabernas a las que iban rumanos sospechosos. En Rumanía, en Timisoara, donde viví hasta que salí del país, hay ahora una gran fábrica de zumos. Su dueño es aquel hombre que en su día detuvieron en Berlín bajo la acusación de cumplir una orden de asesinato. El metemiedos de entonces es hoy uno de los muchos empresarios, banqueros, políticos o catedráticos cuya posición en tiempos de la dictadura les permitió aprovechar el capital y las influencias para iniciarse en la economía de mercado. Los metemiedos de antaño acercan el país a Europa.

Por lo visto, el zumo de Timisoara está rico. Yo no pienso probarlo, o me beberé un miedo que ya no tengo.

HERTA MÜLLER (Nitchidorf [Timis], Rumania, 1953). Novelista, poetisa y ensayista rumano-alemana nacida en la zona germano-hablante de Rumania, hija de granjeros; su padre sirvió durante la II Guerra Mundial en las Waffen-SS y su madre fue deportada a la Unión Soviética en 1945 pasando cinco años en un campo de trabajo en Ucrania.

Cursó estudios de filología germánica y rumana en la Universidad del Oeste de Timisoara de 1973 a 1976. Trabajó como traductora entre 1977 y 1979 en una empresa de ingeniería de donde fue despedida en 1979 por no cooperar con la policía secreta del régimen comunista rumano; desde entonces se ganó la vida trabajando como empleada en una guardería e impartiendo lecciones de alemán.

Su primer libro fue la colección de cuentos *En tierras bajas*, publicado en 1982 en Rumania, en una versión censurada, dos años después se imprimió en su totalidad en Alemania. En ése mismo año se edita *Tango opresivo*, una crítica contra la corrupción, la intolerancia y la opresión del régimen de Nicolae Ceausescu; por ello se le prohíbe seguir publicando en su país, aunque se le premia en Alemania y Austria. *Todo lo que tengo lo llevo conmigo* es el libro más importante de esta especialista en las deformaciones del alma humana y constituye, sin duda, un acontecimiento europeo. Se trata del escalofriante y sin embargo poético relato de un chico de 17

años, miembro de la minoría alemana de Rumania, que es deportado en 1945 a un campo de trabajo ruso en Ucrania, continúa la indagación en la historia de represión y persecución de la minoría alemana bajo el régimen totalitario comunista, que Müller inició con *En tierras bajas, La piel del zorro* y *La bestia del corazón*.

En 1987, Müller se exilia en Alemania junto su marido, el novelista Richard Wagner y realiza trabajos en distintas universidades. Miembro de la Academia Alemana de Oratoria y Literatura de Darmstadt (Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung) desde 1995. En el año 1997 abandona el PEN Club como protesta por la decisión de reunir las asociaciones de Alemania del Este y del Oeste tras la caída del muro de Berlín.

El 8 de octubre del 2009 fue galardonada con el Premio Nobel de Literatura, como reconocimiento a su capacidad para describir «con la concentración de la poesía y la franqueza de la prosa, el paisaje de los desposeídos».

Notas

[1] Este artículo, así como los posteriores «El rey se inclina y mata» y «Cuando callamos, resultamos desagradables… cuando hablamos, quedamos en ridículo», fue leído como conferencia en el marco de la cátedra de Poética de la Universidad de Tubinga. <<

[2] La cita está traducida del alemán, *Die vermauerten Fenster*, a su vez traducción del rumano de G. Aescht, Rowohlt, Reinbek 1997, pág. 47. Existe una edición de la novela en castellano, *Las ventanas cegadas*, trad. de Alberto Conde, Debate, Madrid 1998. *(N. de la T.)*
<<

[3] *Ibid.*, pág. 43 de la edición alemana. *(N. de la T.)* <<

[4] En *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18-XI-2000.

<<

[5] Traducido de la edición alemana de la novela *Legoland* (trad. del polaco de Wanja W. Ronge), Neue Kritik, Frankfurt del Meno 1990, págs. 69-ss. *(N. de la T.)* <<

[6] Vona, *op. cit.*, págs. 11, 50 y 1, respectivamente. < <

[7] Citado según la traducción española de Mario Merlino, DeBolsillo, Barcelona 2009, pág. 63 *(N. de la T.)* <<

[8] *Ibid.*, pág. 46. <<

[9] Traducimos aquí la frase que recoge Herta Müller a partir de la edición alemana (trad. del francés de W. Bayer, Frankfurt 1994, pág. 13). En la edición castellana, Tusquets, Barcelona 1996, pág. 19, el texto de Semprún dice literalmente: «De hecho, mi patria no es siquiera la lengua, como para la mayor parte de los escritores, sino el lenguaje». La obra, que lleva el subtítulo de «Fábula», son sus memorias. *(N. de la T.)* <<

[10] Peter Nádas, «Parasitäre Systeme», en *Neue Zürcher Zeitung*, 4/5-XI-2000. < <

[11] Citado según la traducción española de Juan José del Solar, Siruela, Madrid 2009, pág. 22. Edición original: *Der Fuchs war damals schon der Jäger*, Reinbeck 1992, pág. 19. *(N. de la T.)* <<

[12] En alemán, los peones del ajedrez se llaman literalmente «campesinos» *(Bauer)*. *(N. de la T.)* <<

[13] La norma del alemán permite crear compuestos de hasta cuatro lexemas con entera libertad y, en cierto modo, es la lógica de los hablantes la que establece los límites. Los neologismos aludidos son en su versión original: *Jahresendflügelfiguren, Winkelemente* y *Getränkestützpunkte*, respectivamente. *(N. de la T.)* <<

[14] *Erdmöbel* y *Abteilung Freud und Leid*, respectivamente. *(N. de la T.)* <<

[15] Erich Mielke fue ministro de Seguridad y uno de los responsables de la Inteligencia y del aparato policial de la antigua RDA. *(N. de la T.)* <<

[16] En alemán, *Hobelschatten. (N. de la T.)* <<

[17] Aunque la cita no está tomada de ella, sino traducida del alemán, existe una edición de la novela en castellano (véase pág. 21, nota 1). *(N. de la T.)* <<

[18] Citado según la traducción de Bettina Blanch Tyroller, *La bestia del corazón*, Siruela, Madrid 2009, pág. 69. Edición original: *Herztier*, Rowohlt, Reinbek 1994, pág. 83. *(N. de la T.)* <<

[19] Los términos con los que realiza el juego de palabras en alemán son *allenig* - *wenig* - *Kenig*, el primero y el último en una variante dialectal: *allenig* por *allein* (solo o solitario), *Kenig* por *König* (rey). *(N. de la T.)* < <

[20] Es el comienzo de la balada de Goethe «Der Erlkönig», «El rey de los Elfos» (1782), en el original: «Wer reitet so spät durch Nacht und Wind? / Es ist der Vater mit seinem Kind», un texto que se aprende de memoria en la escuela. *(N. de la T.)* <<

[21] La cita corresponde a la balada de Gottfried August Bürger «Lenore» (1773): «Lenore fuhr
um's
Morgenrot / Empor aus schweren Träumen: "Bist untreu, Wilhelm, oder tot? / Wie lange willst du säumen?"». *(N. de la T.)* <<

[22] Traducido del alemán de la versión que utiliza H. Müller: *Die vermauerten Fenster*, a su vez traducido del rumano por G. Aescht, Rowohlt, Reinbek 1997, pág. 47. Véase también la pág. 21, nota 1. *(N. de la T.)* <<

[23] En alemán, la palabra «chinche» (*Wanze*) se utiliza también para los micrófonos espía por su forma de botón, y el juego de palabras reza literalmente: «más vale una chinche bajo el armario que una tapa sobre el ataúd». *(N. de la T.)* <<

[24] Edición española citada, pág. 74 (véase pág. 53, nota 8); en el original, pág. 90. *(N. de la T.)* <<

[25] El original utiliza la expresión «tener la cabeza libre» (*den Kopf frei haben*), cuyo equivalente en español es «tener la mente despejada», si bien aquí se ha realizado un juego de palabras distinto con el fin de mantener el adjetivo «libre», al igual que se ha hecho en otros textos del libro. *(N. de la T.)* <<

[26] Edición original citada de *Herztier (La bestia del corazón)*, pág. 162 (véase pág. 53, nota 8). En este caso, la traducción es mía. *(N. de la T.)* <<

[27] La frase de san Pablo dice justo lo contrario: «Que cada cual lleve su propia carga». *(N. de la T.)* < <

[28] Actualmente serían 1 euro y 2,5 céntimos de euro, respectivamente. *(N. de la T.)* <<

[29] Véase la pág. 179, nota 2, del artículo «Cuando hay algo en el aire, no suele ser nada bueno…». *(N. de la T.)* <<

[30] *La bestia del corazón, op. cit.*, pág. 90. <<

[31] En alemán sí hay un compuesto, que traducido literalmente sería: «cadáver de agua». *(N. de la T.)* <<

[32] *La bestia del corazón, op. cit.*, págs. 13, 14, 126 y 127, respectivamente. *(N. de la T.)* <<

[33] Como la propia autora lo explica más adelante, remite a la campaña publicitaria del coche cama en los trenes de la Deutsche Bahn durante los años ochenta: fotografías personalizadas con nombres para que los viajeros se identificaran con ellos. *(N. de la T.)* <<

[34] «La ladrona de la tienda soy yo.» *(N. de la T.)* <<

[35] Entre los múltiples dichos con elementos escatológicos del lenguaje popular, existe en alemán un giro que puede traducirse por: «cual pedo bajo farola» (*[wie] ein Furz in der Laterne*), y que remite a algo efímero, nimio, absurdo, etc. *(N. de la T.)* <<

[36] El Ettersberg es el monte de la ciudad de Weimar, conocido como lugar de recreo de Goethe pero, sobre todo, porque allí se construyó el campo de concentración de Buchenwald. *(N. de la T.)*
<<

[37] El texto corresponde a la conferencia de Herta Müller en el coloquio celebrado en Badenweiler en 2001. < <

[38] En alemán existe la palabra *Inselglück*, la «felicidad de retirarse a una isla», de vivir aislado y lejos de las prosaicas preocupaciones de la vida real, y se utiliza con frecuencia, no sólo en sentido metafórico sino también como simple reclamo turístico. La «felicidad de la isla» fue el tema central del coloquio de 2001, aunque en castellano se hubiera remitido a lo mismo con alguna expresión del tipo: «Lejos del mundanal ruido». *(N. de la T.)* <<

[39] Toda esta reflexión está basada en la pluralidad de significados de la palabra alemana *Glück*, que significa tanto «felicidad», usado como abstracto o en adjetivos derivados (*glücklich sein* – «ser feliz»), como «suerte» (con el verbo *Glück haben*, «tener suerte») .*(N. de la T.)* < <

[40] Siglas del Partido de los Trabajadores del Kurdistán. *(N. de la T.)* <<

[41] «Aquí, en Alemania» se escribió como conferencia para la edición de 2000 de los Römerberggespräche, las jornadas para el debate cultural de mayor repercusión en el país que se celebran en Frankfurt desde 1973. <<

[42] Aunque la traducción literal de la flor que en alemán denominan comúnmente *Löwenmäulchen (antirrhinum barrelie)* sería «boquitas de león», la imagen que sugiere la autora es equivalente con uno u otro animal. También existe el término «bocas de león» en español pero no es el más usado. *(N. de la T.)* <<

[43] El diptongo *ie* se pronuncia como *i*. *(N. de la T.)* <<

[44] El adjetivo *toll*, literalmente «loco, desquiciado, descontrolado», se usa en ese sentido de «estupendo, genial», o incluso como equivalente de «¡Qué bien!». *(N. de la T.)* <<

[45] El pan inventado por E. Paech fue uno de los primeros panes de fabricación con moldes industriales, un producto revolucionario desde la Primera Guerra Mundial. Es muy conocido en Berlín por sus grandes carteles publicitarios, siempre acompañados de rimas fáciles y pegadizas. En este caso, el original reza: «Beim
Ja-Wort
schweigt die junge Braut, weil sie noch ein Paech-Brot kaut». *(N. de la T.)* <<

[46] El apellido Paech es casi homófono de la palabra *Pech*, que significa «mala suerte, infortunio, desgracia», y el juego de palabras es tan inmediato como efectivo en este texto que se concibió como conferencia antes que como artículo. *(N. de la T.)* < <

[47] Literalmente: «Hijos en lugar de indios», aunque de forma más libre podría traducirse en español con algún lema como «Más descendencia y menos condescendencia». *(N. de la T.)* <<

[48] La palabra alemana para los inmigrantes es, en efecto, *Gastarbeiter*. *(N. de la T.)* <<

[49] El adjetivo utilizado en el original es *windig*, y sobre la raíz de *Wind* se forman muchas más palabras que en castellano, por ejemplo: *winden* - girar, dar un giro o dar la vuelta, *Windung* - giro, con todas las acepciones que tiene en castellano, *überwinden* - superar, etc. *(N. de la T.)* <<

[50] Las palabras que utiliza en el original son *Angstbeisser* (*beissen* significa morder) y *Angstmacher*. Son inventadas, pero el alemán permite este procedimiento como algo normal. Habría sido posible hacer un juego de palabras en castellano con «susto» y «asustar», pues existen los «asustadores», utilizado, por ejemplo, para referirse a los ogros y brujas de los cuentos y a otras figuras para dar miedo a los niños. Tanto por lo que expone en este artículo como por el contenido de sus novelas y declaraciones en numerosos medios, para la autora resultaría, sin duda, demasiado débil y demasiado positivo un término que puede asociarse con los cuentos infantiles. *(N. de la T.)* <<

[51] La expresión alemana es *Schlüsselkind*, literalmente: «niño de las llaves», y se utiliza igual que en español para referirse a los niños que siempre llevan encima las llaves de su casa porque sus padres trabajan y vuelven solos del colegio. *(N. de la T.)* <<

[52] Frente al «aire libre» y el «cielo descubierto» del español, en alemán sólo existe la expresión *unter freiem Himmel*. Para mantener el énfasis en la palabra «libre», es inevitable tomarse ciertas libertades y desplazar las alusiones al «cielo», introduciendo el elemento del «aire». Para ello, por otra parte, podemos apoyarnos en el título del artículo: «… hay algo en el aire…». *(N. de la T.)* <<